

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LO SAGRADO EN LA POESIA DE JAIME SABINES

Tesis que para obtener el título de Licenciada  
en Lengua y Literaturas Hispánicas presenta ,

MARIA GUADALUPE FLORES LIBERA



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
EN LENGUA Y LITERATURAS HISPANICAS

FALLA DE ORIGEN

México, D. F., noviembre de 1990



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

Introducción .....	1
Horizonte cultural de Jaime Sabines y sus nexos con la poesía religiosa en México .....	7
<b>I. El concepto de lo sagrado y sus nexos con la religión, la poesía y el conocimiento</b>	
1. El concepto de lo sagrado .....	24
2. El sentimiento de lo sagrado en Jaime Sabines .....	27
3. Poesía y vida .....	40
4. El poeta como un vidente. Poesía y profecía en Jaime Sabines .....	49
5. Poesía y conocimiento .....	58
6. Poesía, religión y conocimiento en Jaime Sabines ..	60
<b>II. El conocimiento que nos entrega el <u>Nuevo recuento</u> <u>de poemas</u></b>	
1. El catolicismo de Jaime Sabines. Religión y moral. 81	
1.1. El bagaje bíblico .....	95
a) El Génesis y La Caída .....	95
b) Los profetas .....	109
c) Job .....	128
2. Las cuatro dimensiones bíblicas del amor .....	140
2.1. El amor a uno mismo .....	141
2.2. El amor por los otros .....	147
a) Analogía amor paterno- amor divino .....	156
b) El amor conyugal .....	162
c) Los hijos: infancia, Paraíso y trascendencia .....	168
2.3. El amor al mundo .....	173
2.4. El amor a Dios .....	177
3. Habla la muerte .....	182
<b>Conclusiones .....</b>	<b>203</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>209</b>
<b>Hemerografía .....</b>	<b>217</b>

## INTRODUCCION

---

En su libro Dos poetas y lo sagrado Ramón Xirau discurre sobre el problema de la desacralización y la crisis del mundo moderno y contemporáneo a través de dos poetas que responden en su obra al asunto de la pérdida de la fe y a la voluntad de recuperarla.<sup>1</sup>

El fenómeno de la vacuidad --la carencia de un centro para apoyarnos-- es un problema que aqueja al hombre moderno que abre los ojos y se encuentra instalado en el misterio: El dolor y el gozo, la existencia del mundo y la pregunta sobre su origen, la zozobra y la maravilla frente a algo infinitamente grande que a veces lo llena y otras veces se extingue para él.

Testigos de los estragos que causa la civilización nos preguntamos si esto es todo, nacer y morir, cuando ciertos instantes se abren como abismos inesperados y nos conmueve el presentimiento de algo soberano que se coloca más allá de nuestra existencia, que se opone radicalmente al mundo de lo cotidiano y que se refiere a algo profundo y esencial en nosotros.

Eso es lo sagrado, aquello que nos provoca temor y confianza, algo que infunde fuerza y que compromete nuestra existencia, que nos aleja de las preocupaciones vulgares y que nos introduce en otra dimensión del mundo.<sup>2</sup>

---

1 Ramón Xirau, Dos poetas y lo sagrado. Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Joaquín Mortiz, México, 1980, 109 pp.

2 Roger Caillois, El hombre y lo sagrado, Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 155.

Uno es ese destino que penetra  
la piel de Dios a veces,  
y se confunde en todo y se dispersa...<sup>3</sup>

dice Jaime Sabines, un poeta cuya obra ha crecido a la sombra de un cristianismo en crisis, regida por la idea de un dios "tremendo" a cuya vera el hombre vive continuamente angustiado, agarrado al clavo ardiente de una fe que se convierte en objeto de duda y de preocupación y que afecta su relación con la vida.

¿Qué constituye nuestra cultura?, se pregunta Sabines, ¿qué elementos cotidianos se convierten en símbolos y componen el escenario de un período apocalíptico? Desde el epígrafe de Horatius --su primer libro publicado en 1950-- hace ya un llamado al hombre de su tiempo: estamos viviendo --hemos estado desde tiempo inmemorial viviendo-- dentro de la esfera de un engaño; ha de llegar el momento, señala con voz profética que surge de la experiencia de vivir en una época de tintes apocalípticos, en que habremos de despertar con el alma vacía. La realidad para él es anuncio de una catástrofe que antes de alcanzar la dimensión universal está tocando la del género humano.

Creo que la poesía es una forma de conocimiento, una forma de revelación acerca del hombre y de su vida, un conocimiento que alumbraba acerca de su realidad tanto interna como externa, que "El acto mediante el cual el hombre se funda y revela a sí mismo es la poesía",<sup>4</sup> que ésta "hace patente una actitud del hombre ante

---

<sup>3</sup> Jaime Sabines, Nuevo recuento de poemas, 2a. edic., Joaquín Mortiz, México, 1980, p. 20. (En adelante citaré al pie de cada cita como NRP.)

<sup>4</sup> Octavio Paz, El arco y la lira. El poema. La revelación poética. Poesía e historia, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 156.

el mundo a través de su atemperada hondura esencial"<sup>5</sup> pues está sometida a la totalidad ético-espiritual de lo humano y que, en este sentido, la poesía de Jaime Sabines está íntimamente ligada a lo sagrado, ya que abre vías al conocimiento del mundo, al conocimiento del hombre y al conocimiento de la presencia de Dios a través del hombre y del mundo: "Ser poeta es tanto un acto del instinto y de la voluntad como una gracia."<sup>6</sup>

La poesía es revelación del ser, la religión es interpretación del ser, ambas tienen, pues, un origen común, las palabras en que se realizan constituyen el núcleo de la experiencia.

Mi tesis es que la poesía de Jaime Sabines es un conocimiento que revela algo acerca de lo sagrado a partir de un pensamiento religioso de raíces judeocristianas --que encuentra su contexto en el catolicismo de México y que se relaciona con la poesía de tipo religioso de este país-- que lo lleva a alumbrarse acerca de sí mismo y, en general, acerca del destino del hombre en el mundo.

Este es el punto que me interesa tratar respecto de su obra, es, por lo demás, un asunto apenas tocado en las páginas escritas a propósito de su poesía. Creo que antes de seguir adelante con otro tipo de enfoque es importante tratar de entender lo que para él significa el acto de la escritura, qué dimensión alcanza dentro de su vida, para qué escribe, para qué publica, y qué tipo de experiencia es el que quiere compartir con sus lectores, qué nexos --además-- tiene con la poesía religiosa en México.

---

5 Johannes Pfeiffer, La poesía. Hacia la comprensión de lo poético, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 53.

6 Ramón Xirau, Poesía y conocimiento. Borges, Lezama Lima, Octavio Paz, Cuadernos de Joaquín Mortiz, núm. 49, México, 1978, p. 66.

Dentro de la infinidad de temas que toca --el inmenso territorio del hombre-- asoma insistentemente la pregunta de lo que para el hombre actual --él mismo también-- significa vivir en un mundo desacralizado, un mundo donde el hombre ejerce, supuestamente, un señorío indisputable pero al que, sin embargo, afronta como un misterio ante el cual su reflexión evoca una intimidad perdida. La religión en su caso no es un ceremonial sino una convicción que lo conduce a una verdad que se expresa en la poesía.

No sé si consiga mi propósito. El tema ha sido tocado por otros poetas, por muchos críticos. Lo que pretendo es situar la obra de un poeta que me atañe, que me ha acompañado durante mucho tiempo.

En el primer capítulo trataré de precisar ideas sobre lo sagrado conforme a las teorías de estudiosos conocidos; trataré, asimismo, de precisar ideas acerca de la poesía que autores que la han relacionado con lo sagrado han explicado ya y trataré de establecer los vínculos con la poesía de Sábines, básicamente conforme a las interpretaciones que sobre el sentido de la poesía vierte Octavio Paz en El arco y la lira y en Las peras del olmo y Ramón Xirau en Dos poetas y lo sagrado y en Poesía y conocimiento. Finalmente intentaré definir su concepto personal de lo sagrado y sus vínculos con su labor poética. Como muchas de sus ideas encuentran su forma de expresión --sin que esto signifique influencia directa-- en filosofías existencialistas --por otro lado muy en boga en el tiempo en que Sábines empieza a publicar-- me apoyaré en varias ocasiones en ellas, básicamente en Kierkegaard y en Heidegger, ya que ellos explican filosóficamente lo que en la obra de Sábines está presente como temas o asuntos poéticos o bien como un tipo de expresión muy semejan-

te al que en diversos momentos ambos filósofos expresaron. El propósito es esclarecer cómo la poesía, como una experiencia radical de su vida, forma parte de su experiencia de lo sagrado y cómo se convierte en vía para comunicar una verdad personal que puede convocarnos al diálogo y a la acción transformadora.

En el segundo y último capítulo trataré de aplicar lo expuesto anteriormente en asuntos más concretos como la relación de lo sagrado con su fe cimentada en el ejemplo judeocristiano, que de nuevo adquiere valor y contemporaneidad en este momento de la historia a los ojos de Sábines, y cómo otros aspectos de su vida tienen su origen en este concepto de lo sagrado; cómo es elemento consubstancial de su vida cotidiana, de su relación con los otros y de una vocación para la escritura que puede convertirse no sólo en instante de reflexión, sino de comunión y respuesta que le confirme la validez de esta lucha por echar raíces en esta tierra antes de enfrentarnos con el rostro impávido de la muerte.

Mientras tanto, y como el propósito fundamental es poner de relieve el valor poético y humano de la obra de Jaime Sábines, intentaré en las páginas que siguen a esta introducción establecer los vínculos con la poesía religiosa en México, pues la fe está presente en el pensamiento de nuestros poetas más representativos. Lo anterior sobre todo en razón de que lo que Sábines propone es común a quienes cohabitan con él un espacio que le es esencial para llevar a la práctica su experiencia de lo sagrado como propuesta de transformación de esta realidad comparada.

Su obra se integra a una tradición, la enriquece y la erige como propuesta de un conocimiento que nos devuelva un sentido para la existencia, una respuesta a la necesidad de vol-

ver a ser uno con el mundo que ha dejado de sernos familiar y con los otros con quienes compartimos este tiempo y este espacio.

Horizonte cultural de Jaime Sabines y sus nexos con la poesía religiosa en México

Ciertamente el mundo del que Sabines forma parte se incorpora en su obra como un elemento importante que se le ofrece como una oportunidad para la reflexión acerca de sí mismo y, más en general, del destino del hombre. Su percepción crítica se basa en el pensamiento bíblico en gran medida y la moral profética se levanta como una respuesta a la decadencia y el envilecimiento que lo rodean. Como ha sido testigo de los estragos que causa la "civilización" --fundamentalmente la desacralización del mundo y la falta de un apoyo substancial para el hombre-- pugna por un regreso a los orígenes, a la vida sencilla y en cumplimiento de una moral superior. Se opone al triunfalismo tecnológico que ha causado la ruina moral y que ha devorado a la provincia hasta convertirla en paraíso perdido.

Su visión de las cosas es ya absolutamente citadina: azotens con ropas secándose al sol, gatos caminando por ellas, antenas y tinacos, automóviles y claxonazos, los balcones del edificio de enfrente... el paisaje de la segunda mitad del siglo XX urbanizado e industrializado. Su gente: la sociedad de consumo, el peatón anónimo que corre al trabajo, va al cine, se preocupa por el dinero, se sienta en un parque y toma frente a la existencia una actitud que lo separa y aleja de lo sagrado, inmerso en un mundo donde ya no hay lugares privilegiados para el contacto con Dios sino que todo está en función de la ciudad corrompida y mecánica. La sensibilidad religiosa de las poblaciones se ha empobrecido sensiblemente y la vida del hombre ya no está abierta hacia el cosmos.

Para Sabines hay sin embargo una verdad profunda y esencial

que el hombre no quiere ver pero que existe, immanente en él pero que su conducta clausura. Existe en Sabines un sentimiento de respeto que inmuniza su fe contra cualquier polémica y la coloca más allá de cualquier razón, pues la experiencia de lo sagrado vivifica su sentimiento religioso, así como su creencia en que si bien lo sagrado es una potencia que lo petrifica también es lo único de donde puede esperar consuelo, ya que sólo esto le da la certeza de algo soberano que dota a su vida de una significación, una verdad immanente y eterna que puede hacerse actual con sólo que el hombre se despoje de su banalidad y recu- pere en sí mismo al hombre primordial.

Sabines canta a un paraíso que se está perdiendo y revive un espacio melancólico y familiar donde el mundo era un asombro cotidiano y uno se levantaba "temprano para esperar diariamente la vida" (NRP, p. 247).

José Joaquín Blanco escribe en su Crónica de la poesía mexicana que:

En un acto de irresponsabilidad y de audacia, desde la segunda mitad del siglo pasado, diversos filósofos, artistas, científicos y aventureros de toda índole, decidieron asesinar a Dios. Este acto, que fue maldito y temerario, ha venido ratificándose: la sociedad moderna pudo perfectamente prescindir de Dios, de su liturgia --los rituales cristianos sólo perduran como ornamento, a la manera de la monarquía inglesa-- aunque no de la ética cristiana, que desprendida de sus orígenes y fundamentos religiosos sigue actuando: la ley es decálogo, el pecado se llama delito y las antiguas virtudes son normas de buena ciudadanía.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> José Joaquín Blanco, Crónica de la poesía mexicana, Katún, México, 1931, p. 149.

Sobre esto se hablará en el capítulo I de este trabajo, acerca de una desacralización producto de las exigencias de una vida profana que exige cada vez más del individuo una actitud que sirva a otros intereses que los de la fe, que reduce la vida religiosa a lo privado o donde lo religioso pasa a significar otras formas que invaden el terreno de la ética, como las nociones de honradez, respeto, etc., ética que si no tiene relación con lo divino no tiene fundamento sólido sin embargo.

En la literatura --añade Blanco-- también se practicaron estos prestigios éticos, por ejemplo en el quebrantamiento de normas que partía primero de las de la vida social y que se llevaban luego a la obra sin certezas morales ni existenciales fundadas en la esperanza. "La literatura moderna parece tener sólo ojos para el instante y para el desastre. La agonía del cristianismo en la literatura se registra con peculiar dramatismo ya sea queriendo revivir a Dios con transfusiones de nuevos prestigios (humanismo) o transfiriendo a doctrinas no religiosas el impulso mesiánico cristiano."<sup>8</sup>

Sin embargo el problema de la fe y el conflicto de la vacilación han estado presentes en nuestra literatura desde sus orígenes y aunque mi propósito no es una análisis exhaustivo de este tema quisiera intentar sólo un acercamiento que ayude a comprender algo más acerca de la obra de Jaime Sabines como contribución a esa búsqueda de lo sagrado que emprenden otros escritores de su generación.

A decir verdad, la gran mayoría de nuestros poetas, sin excluir de ningún modo a los mayores, fueron creyentes,

---

<sup>8</sup> Idem , p. 149.

aunque muchos con fe más o menos lánguida. Declaradamente ateo no conozco yo otro caso fuera del Nigromante, y si algún día hubiera de hacerse una antología de la poesía religiosa mexicana, no creo que pudiera omitirse El fantasma, el más perfecto retrato de Cristo en lengua española, y por más que su autor, hasta donde sabemos, no se hubiera parado jamás en la iglesia. Ni tampoco podría excluirse a González Martínez, quien jamás se confesó católico, y que, sin embargo, evoca el juicio final en los versos siguientes: "hasta la hora / en que rompan los muertos su clausura / al toque de clarín de nueva aurora". De manera, pues, que la fe del pueblo mexicano, aunque más o menos difusa, no deja de estar presente en sus poetas más representativos.

Yendo un poco más hacia el pasado podríamos recordar a fray Miguel de Guevara para quien la certeza del sufrimiento de Cristo y la fe en la inminencia de Dios y en la realidad de Su amor se convierten en su vida en una verdad que lo sostiene a pesar de la incerteza de una vida futura, o a Matías de Bocanegra que habla de la libertad y sus peligros y los resuelve conforme a la doctrina teológica de su época. Al respecto, José Joaquín Blanco en La literatura de la Nueva España<sup>10</sup> discrepa sobre la posible autenticidad del sentimiento religioso durante esa época y lo atribuye a un ardid pedagógico para que la ignorancia y superstición de los propios españoles no degenerara en herejía. Considera a la mayoría de estos poemas más bien sermones o una oratoria disfrazada de anécdotas para transmitir los dogmas de la fe católica de modo sencillo y también debido a un clima intimidatorio que trataba de evitar la especulación del Santo Oficio. También Sor Juana pone su obra al servicio de la fe católica, pero

---

9 Antonio Gómez Robledo, "López Velarde y Nervo: Simpatías y diferencias", en Vuelta, núm. 162, de mayo de 1990, p. 28.

10 Véase t. I, Conquista y Nuevo Mundo, Cal y Arena, México, 1989, esp. pp. 162-189.

en el tono más sonriente de los villancicos, las celebraciones y episodios religiosos, si bien es posible que sólo los escribiera por encargo, como afirma de su obra en la Respuesta a Sor Filotea.

De cualquier manera no pienso que haya sido ésta la tradición que recogió Sabines, más bien creo que su obra recoge los temas más valiosos del Romanticismo mexicano en su sentido más alto y más elaborado, sobre todo los que dominaron después del triunfo del liberalismo, cuando la poesía patriótica dio paso al sentimiento y dejó los excesos nacionalistas para tocar temas más intensos que encuentra en la intimidad. Si Sabines no canta al pasado indígena al menos sí se deja llevar por la nostalgia del paraíso perdido de la infancia y sus conflictos los cifra en la dicotomía ciudad-provincia. El amor, la fe, el gozo de vivir, el núcleo familiar, los dominios del corazón y la memoria definen sus preferencias temáticas; el espacio público entra en relación (y en oposición) con el espacio privado poblado de reflexiones y de cultos.

La fuerza de su poesía depende del sentimiento personal y de la intensidad con que se entrega a la conciencia de la fugacidad del momento. Habla de sí mismo, se convierte en su protagonista y desnuda el alma en una desnudez que implica la imagen paradisiaca de la integridad frente a lo Absoluto ante quien no valen hojas de parrn. Defiende su derecho a emocionarse y sentir y sabe que recicla la emoción colectiva y que él mismo es voz de los que no pueden expresarse. La vida lo invita a la meditación y sirve a sus necesidades expresivas. Abre su recámara: el amor no es un pecado ni el contacto sexual es mera sugerencia. Une a la profecía con la poesía y ve en los tiempos que cambian una carga bíblica y profética que le permite interpretarlos.

Hay casos en la poesía mexicana donde la Biblia forma parte consubstancial del pensamiento poético. En Manuel Carpio, por ejemplo, la mayor parte de su poesía está dedicada al tratamiento y la reconstrucción de temas bíblicos; José Joaquín Pesado es otro amante de estos motivos para llegar a meditaciones visionarias a partir de revelaciones bíblicas; en nuestros días podríamos pensar en Alf Chumacero quien también ha bebido de esa tradición que resuena a lo largo de su obra.

En cuanto a las resonancias intimistas podemos pensar de nuevo en el Romanticismo: en Acuña y su sentimentalismo que lo lleva también al conflicto de la imposibilidad de acción en un mundo pragmático que lo inhibe; en el erotismo de Manuel M. Flores; en la poesía del hogar y de lo cotidiano de Juan de Dios Peza; en Rosas Moreno y la nostalgia de la infancia y del terruño. A Ignacio Ramírez lo unen sobre todo sus poemas tardíos, la llegada de la vejez y el dolor ante la renuncia erótica, único bálsamo ante los sufrimientos de la vida y la juventud que se va.

Con respecto a Peza, Luis Miguel Aguilar establece en La democracia de los muertos<sup>11</sup> asociaciones con la obra de Sábines, básicamente con relación a ciertas canciones de cuna que aparecen en Tarumba y en el motivo del hijo, el Juan de Peza y el Julito de Sábines.

Nervo es otro poeta que bebe, ya dentro del modernismo, de la tradición católica a la que lleva casi al terreno de la mística, la fe bebida en la infancia que busca en los años subsecuentes lo infinito y lo arcano y la comunión con las cosas, que adelanta el sanfranciscanismo de Pellicer, por ejemplo, así como el de Sábines.

---

<sup>11</sup> Luis Miguel Aguilar, La democracia de los muertos. Ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921, Cal y Arena, México, 1988, p. 262.

Con relación a la obra de Placencia pueden encontrarse también muchas similitudes. Como Placencia, que nada tuvo que ver con la mística, su fe está tamizada de altercados con Dios pero también de ese elemento franciscano que forma nexos con el mundo. Tutea a Dios, lo insulta, se dirige a Él en un lenguaje lleno de coloquialismos, de remordimiento por no saber escucharlo y de arrepentimiento por una soberbia que a veces intenta recuperar su dignidad herida mediante la imprecación. Asimismo existe una constante reminiscencia de sus muertos a quienes todo lo retrotrae. Sus conversaciones y sus litigios con Dios adelantan ya algo de lo que será la poesía de Sabines, a quien recordamos al leer los versos de Placencia ("¿Por qué me tiene Dios aquí, tan solo / sobre el peñón más duro de la vida?"), así como por el tema del viaje al Edén que es la niñez y la existencia anterior a la amargura que representa el conocimiento de la muerte y del dolor. Ambos emprenden su viaje a la armonía como los modernistas lo emprendieron antes con su "vuelta edénica".

Como González León, Sabines retoma sus recuerdos "y con voz de quien está perdiendo el mundo en que vivió" canta a ese paraíso que sugiere "un espacio sencillo, melancólico, sin ambiciones ni sueños de grandeza, atenido al sol y al pan de cada día, entre oraciones y sentimientos hogareños",<sup>12</sup> como puede verse por ejemplo en el poema a su madre doña Luz de Sabines.

Muchas veces su cristianismo en crisis nos recuerda al López Velarde obligado a vivir en una capital que siente que lo pierde y lo envilece, que le ofrece paraísos artificiales que lo seducen y lo hunden y llevan su vida al plano de la antítesis que enfrenta cotidianamente el paraíso provinciano a la ciudad que lo arra-

---

12 J.J. Blanco, Crónica de la poesía mexicana, p. 121.

sa. Como él, encuentra a Dios y lo descubre en las cosas milagrosas y simples, agarra al pecado tentándolo y transformándole la cara los verdaderos pensamientos que lo entregan a la tentación y se duele de la constante oscilación entre la dificultad de salvarse y caer. También en la obra de López Velarde se hace sentir la presencia de la Biblia que ya anotaba Villaurrutia "como un alimento indispensable a la nutrición del espíritu y a la expresión de su personalidad".<sup>13</sup> Como él, Sabines también tiene su son del corazón, el oído del mundo, la memoria, ese microcosmos "tendido al sol" que a ambos lleva a la fraternidad pues se trata de ser leales al corazón. Así escribe Sabines: "Si alguien se queja en algún lado / si alguien se duele o goza de algún modo, / estoy, no cabe duda, soy yo en algún momento", y que a Velarde lo hizo decir: "Aunque toca al poeta / roerse los codos, / vivo la formidable / vida de todas y de todos". Hay incluso un elemento más que los une, esa sensualidad hebreo-árabe que dice Blanco resueto de López Velarde y que está tan presente en Sabines.

Sabines forma parte poéticamente de una tradición religiosa guiada por un impulso espiritual, mesiánico, que viene de todos estos poetas y pasa por Pellicer (quien incluso dedica algunos de sus poemas a Sabines), por Owen, Gorostiza, Concha Urquiza, Manuel Ponce, Alf Chumacero, Margarita Michelena, por mencionar algunos que afirman en su obra un espíritu cristiano frente a la visión de Dios como un espacio en que se vive y que enfrenta cada quien a su modo, desde la culpa de Owen donde la homosexualidad es el no paraíso y el fuera de Dios que lo atormenta y exacerba la conciencia teológica, hasta un Pellicer invadido

---

13 A. Gómez Robledo, art. cit., p. 29.

por la alabanza al Creador y a la vida por El creada que le despiertan un sentimiento de hermandad franciscana guiada por la confianza simple de su corazón que canta el asombro y lleva a la comunión con lo creado, o Chumacero en quien el "cristianismo es el cristianismo desesperado de la conciencia moderna, en la que la ausencia divina hace más punzante la presencia del mal. Sólo aquel que ha perdido la certeza de la eternidad puede saber realmente el significado de la palabra mortal".<sup>14</sup> Significado que también alcanza Sabines con su obra.

Su visión de la vida urbana --donde se realiza el destino-- procede del sentimiento de seducción ambigua que la ciudad representa, que pasa por López Velarde y Villaurrutia, por Renato Leduc y Huerta, todos ellos testigos del crecimiento donde la ciudad está revestida de lirismo y de melancolía o de humor, hasta llegar a Sabines que la recoge con su paisaje y un amor por ella a pesar de todo.

Más que su visión de lo sagrado fue su representación de la ciudad y el lenguaje para hablar de ella lo que hizo que se volvieran los ojos a su obra, básicamente después de ya surgida otra generación que provenía de 1968 y que pugna por una literatura "comprometida" a la que tomaban como bastión para ejercer la poesía como algo inseparable del cambio de la sociedad.

Tal vez el único antecedente que en ese momento se reconoció para este nuevo tipo de expresión fue la obra de Efraín Huerta --antes también menospreciada-- en quienes la mayoría de los jóvenes reconocía sus experiencias de desdicha social y los asuntos de la vida urbana antes apenas tocados en sus diversos matices de

---

14 Octavio Paz, "Alí Chumacero, poeta", en México en la obra de Octavio Paz. Generaciones y semblanzas. Escritores y letras de México, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pp. 497-500.

una realidad de opresión y miseria, que otra poesía escrita en el mismo tiempo soslayaba para replegarse en el acento cultista, como Octavio Paz, García Terrés, Bonifaz Nuño o Tomás Segovia.

Con la obra de José Revueltas existen también enormes semejanzas, a Revueltas también se le marcó con el estigma de "escribir mal" porque en ese momento los conceptos de escritura eran sensiblemente diferentes de los actuales.<sup>15</sup> Se trata, asimismo, de obras construidas a la luz de acontecimientos sociales y políticos que tuvieron facultades para irritar la sensibilidad de sus propios compañeros de clase al grado de exasperarlos porque se inscribían en la conmoción de su época y llamaban a la reflexión acerca de las nuevas fuerzas económicas que se desplegaban en esos años.

Básicamente, podría afirmarse que hasta finales de los setenta comienza a leerse con otros ojos porque había empezado a imponerse ya otro tipo de retórica.

Cuando en 1960 se publica, por ejemplo, La espiga amotinada, Juan Bañuelos habla de que les "ha tocado vivir los años del desorden, del atropello y la catástrofe más desorientadores del hombre" y de que en este contexto la poesía se volvía profética porque no hacía falta revelar el porvenir sino "revelar algo del eterno presente o del eterno pasado". Su credo era que "ningún hombre es verdaderamente artista hasta que se libra de la mediocridad, de la vanidad y del entusiasmo baratos". Óscar Oliva hablaba de que no había otra salvación posible que el trabajo diario y la acción porque al hacer su voluntad el hombre hace su destino. Jaime Augusto Shelley hablaba de aprender a caminar con

---

15 Véase el libro de Jorge Rufinelli, José Revueltas, ficción, política y verdad, Universidad Veracruzana, México, 1977, 139 pp.

los hombres y no sólo entre ellos, y Eraclio Zepeda pugnaba por una poesía clara y sencilla, casi un ponerse a hablar con un amigo, poesía que debía ser impresión de una verdad hecha carne y que se manifestara como un "producto de hombres dirigida a hombres y no otra cosa". Y para Jaime Labastida "nuestra época es de crisis" y el artista "conquista la realidad, no se somete a ella"; el deber del poeta para ellos es no olvidar que la poesía nace del hombre y no del espíritu y que como al poeta le pertenece la vida su deber es un arte que la nombre.<sup>16</sup>

Este era el credo que Sabines venía dejándonos con su obra desde 1950. Cuando en 1960-1970 se intentaba descubrir el "deber" de la poesía y se intentaba una revaloración de "lo mexicano" así como revisar "la esencia de lo nacional", Sabines había ya dado otro salto y anteponía su fe en una revisión más amplia y más absoluta: la del hombre en el mundo.

Sabines tiene la voluntad de crear otra realidad extirpándole a ésta lo que tiene de corrompido y volverla a lo que fue; tiene, igualmente, la intención de lanzarse hacia adelante para llevarnos a la revelación de nuestra condición a través de la comunión poética. A través de su obra en pugna con la sociedad se inserta en el fluir de una tradición que arranca con la visión de la ciudad como una incertidumbre donde se juega el destino y el privilegio de la vida rural que tensa su descontento y lo lleva a buscar una solución que encuentra en Dios y en la fe.

Su búsqueda de lo sagrado lo remonta a los orígenes de la religión cristiana, hoy el poeta es el peatón que sólo tiene acceso a su vida privada porque otros espacios le cierran la participación, además ya no hay glorias que contar sino su propia humanidad

---

16 La espiga amotinada, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, 240 pp.

que bien mirada es una Odisea que lo enfrenta a la complejidad del hecho de la existencia, de la vida y la muerte, de la creación y la procreación que le abren canales hacia lo Absoluto.

Otros escritores emprenden a través de este motivo su búsqueda de lo sagrado, cada quien a su modo y con diferentes significaciones que no son necesariamente religiosas, sino probablemente éticas o estéticas. Inés Arredondo, por ejemplo, busca la revelación de otras dimensiones de la experiencia humana y explora territorios que hablan de una coincidencia general por crear un "nuevo sagrado" o descubrir un sentido oculto tras de las cosas y las apariencias. José Revueltas había revelado ya que el descubrimiento de uno mismo es ya el enfrentamiento a una realidad sobrecogedora. A su modo, Juan García Ponce representa lo sagrado unido a la erótica y a la estética, percibe la ambigüedad esencial del universo y descubre la dualidad de que todo es uno y uno es todo.<sup>17</sup> Así como Octavio Paz, quien afirma que sin ser creyente sí dialoga con "esa parte de mí mismo que es más que el hombre que soy porque está abierta al infinito".<sup>18</sup>

Adolfo Castañón afirma que:

La gran literatura mexicana es y ha sido una literatura con raíces religiosas: expresa un sentido religioso que trasciende a la iglesia y es más amplio que ésta. El realismo milenarista de Carlos Fuentes, la evangelización cívica de Carlos Monsiváis, el Antiguo Testamento indígena de Fernando Benítez, la mística de Gorostiza --citada por cierto por Castaneda--, la alquimia de Owen, el sacerdocio nocturno de Villaurrutia, la equívoca liturgia de López Velarde, el sacrificio de Elizondo, la teología de García Ponce, la creación incesante de José Revueltas

---

17 Octavio Paz, " 'Encuentros' de Juan García Ponce", en México en la obra de Octavio Paz, pp. 604-609.

18 "Alguien me deletrea", entrevista a Paz por Carlos Castillo Peraza, Vuelta, núm. 162, mayo de 1990, pp. 50-52.

despliegan una gnosis mexicana que difícilmente encuentra cierto contrapunto en el examen de conciencia de Octavio Paz o en el escepticismo de Alfonso Reyes. En los poemas de Gabriel Zaid adivino una educación religiosa de los sentidos y de los sentimientos. Al apocalipsis de Fuentes lo presagian o lo confirman los de Lizalde, del Paso y Aguilar Mora. El interés por la magia patente en la obra de Emiliano González se confunde en el acorde religioso de una generación de poetas --Alberto Blanco, Javier Sicilia, Gloria Gervitz-- en quienes la yogación literaria participa de la experiencia religiosa.<sup>19</sup>

Realmente, como apuntaba Clemente Ricci, no hay creación humanística en cuya trabazón no intervenga la religión como elemento substancial.<sup>20</sup> Para afirmarla, para negarla, para hacerse preguntas y formularse una respuesta, parece que inevitablemente el hombre antepone a su capacidad exigua de otorgar respuesta la percepción de algo trascendente en que supone que debe apoyarse la existencia de las cosas y de donde el mundo que habitamos debe provenir. En la filosofía, en las ciencias sociales o en las naturales, en el arte en todas sus manifestaciones, la religión aparece como elemento que devuelve al hombre a la mentalidad primitiva donde el mundo era una paradoja trágica, multiforme, misteriosa y terrible, frente a la cual el hombre sólo alcanza a definirse como lo absolutamente opuesto.

Ad. E. Jensen afirma que:

No cabe duda alguna que una poesía vivida como verdadera contiene una afirmación acerca de la realidad que no se deja experimentar por medio de una consideración lógico-causal. Y éste es precisamente el núcleo de aquellos me-

---

19 "De los días. La posibilidad de la cultura religiosa", en Vuelta, núm. 162, mayo de 1990, p. 65.

20 El origen de la religión, seminario dirigido por Clemente Ricci, curso de 1933, Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1939, p. 2.

dios de comunicación entre los hombres, tales como los que los poetas ponen en nuestras manos.<sup>21</sup>

Así Sabines por una disposición interior, como una afirmación acerca de la realidad que no se deja experimentar, por necesidad psicológica frente a la absoluta solitariedad del hombre en el mundo y porque algo que las cosas le revelan lo mueve hacia la reflexión, vuelve los ojos hacia eso que Paz llama la "otredad". Sabines se plantea el problema de la existencia y la religión le da una respuesta. Sus percepciones se entretajan con el pensamiento bíblico y la caída del hombre se convierte en el leit motiv que lo devuelve a reflexionar sobre la pretensión del hombre de haber querido compararse con la divinidad. La soberbia precipitó al hombre en el vacío y la soberbia lo sigue precipitando en la iniquidad.

La meditación que emprende acerca del mundo en el que está insertado lo devuelve a su dimensión carnal, pero el segundo paso para Sabines para llegar a ser uno con el mundo en que vive procede de otra meditación: la palabra "humildad" es para él la clave para que el hombre recupere algo de la esencialidad perdida y el corazón el pulso cotidiano, la conciencia íntima del verdadero significado del instante, la memoria y la clave, el reconocimiento de algo magnánimo que nos habla de nuestra dimensión carnal y temporal. Esta memoria cósmica depositada en nuestro interior debe engendrar en nosotros el sentimiento de cercanía con Dios, el cual debe expresarse en el amor por las cosas creadas por El. La ley escrita en el corazón de que hablaba Jeremías se refiere al conocimiento de Dios que es inherente a la aplicación

---

21 Ad. E. Jensen, Mito y culto entre los pueblos primitivos, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, p. 37

de la justicia ya que refiere a una moral que pertenece a la constitución espiritual del hombre.

Hasta ahora, esperamos que haya quedado claro el hecho de que la religión no es una teoría sino una respuesta y que en este sentido el hombre que escribe está situado en un tiempo y un espacio y que su obra, por tanto, responde a las inquietudes de una comunidad de la que forma parte. En esto no hay contradicción pues "el escritor de genio es precisamente aquel cuya sensibilidad coincide con un gran movimiento social e histórico".<sup>22</sup>

Por esto el sentido de esta introducción ha sido referir su obra a un contexto más general social y culturalmente; a pesar de la brevedad esperamos que haya quedado claro que su obra actualiza las percepciones de un conglomerado más amplio en el que se integra y al que enriquece con su visión particular para ofrecer a su vez una respuesta a similares inquietudes.

Espero que el contenido de este trabajo sirva para ilustrar en cierta medida por qué la búsqueda de lo sagrado es tan esencial en la obra de Sabines y que esto ayude a comprender, al menos parcialmente, a otros escritores de su tiempo.

Sabines no ignora y más bien simpatiza con las protestas colectivas de quienes ponen en tela de juicio la solidez de nuestras estructuras sociales. Su libro es un ejemplo de su preocupación por la calidad moral de nuestra vida que puede llevar a situaciones aún más lamentables que las del año 68. Frecuentemente recalca que él sólo ha escrito con el material que el tiempo ha puesto en sus manos. Pero lejos de lo que se cree Sabines no es el poeta de la muerte sino el de la vida en sus momentos de reflexión en tiempos coyunturales que lo llevan a adoptar

---

22 Alfredo de Faz, La crítica social del arte, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, p. 114.

una actitud emotivo-valorativa frente a la que concluye que el ser del hombre es lo primordial y la poesía un intento de salvar la soledad y de comunicarse.

La pluralidad de sus temas constata la variabilidad de la vida retratada en su cotidianidad. Cada poema está precedido por experiencias que definen sus ideas acerca de la poesía y la vida frente a la enajenación y la brutalidad de un mundo que lo arrastra a perderse y en el que pone en tela de juicio sus costumbres de clase, sus valores anquilosados y su preocupación por afirmarse consciente y humano frente a la desesperación y el caos.

Sabines se vuelve hacia las raíces de la poesía, intenta ese lenguaje "más cerca del hueso" de que hablaba Pound,<sup>23</sup> esa poesía que se mueve en contra de la patraña y cuya fuerza reside en su verdad exenta de estruendo retórico y adjetivos coloridos: "austera, directa, libre de babosa emoción", que parte de la vida que afecta a todos los hombres y que representa totalidades a través de su personal experiencia y de su problemática moral y existencial.

---

23 Ezra Pound, El arte de la poesía, Joaquín Mortiz, México, 1978, pp. 20-21.

I. EL CONCEPTO DE LO SAGRADO Y SUS NEXOS CON LA RELIGIÓN  
LA POESÍA Y EL CONOCIMIENTO

## 1. El concepto de lo sagrado

Cuando el hombre abre los ojos al mundo en el que está, cuando despliega la mirada a lo que se extiende en torno a él, se despierta en su ser una vaga conciencia de lo divino: hay algo que nos trasciende. "Contemplar" es ya iniciarnos en un rito donde la vida se convierte en camino que remite a instancias superiores, es aprehender el misterio, eso oculto, secreto, que se ve y no se ve, que se percibe, que no se concibe o se entiende. La experiencia que lo sume en la angustia.

Rudolf Otto<sup>1</sup> invita a sus lectores a que actualicen en su memoria y examinen un momento de fuerte conmoción, lo más exclusivamente religiosa que sea posible, y pide a quien no consiga representárselo que renuncie a leer su libro. Pero quien continúe deberá evocar un momento que le provoque la emoción singular de la solemnidad, algo que évoque la diferencia entre lo absoluto y lo relativo, lo perfecto y lo intrascendente. La consecuencia inmediata nos remitirá a una prepotencia de la que sólo puede tenerse idea por el tono y contenido peculiar del sentimiento de reacción que hemos de experimentar en nuestro interior, y esta reacción será el sentimiento de criatura arrojada al mundo, el sentimiento de una peculiar condición mía con lo otro, ese más al que Otto llama lo numinoso y que se refiere a algo exterior.

---

1 Rudolf Otto, Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios, Alianza Editorial, Madrid, 1980, pp. 17-21.

Mircea Eliade<sup>2</sup> coincide y asimismo remite a la definición que de lo sagrado hace Roger Caillois:

(...)lo único que puede afirmarse valaderamente a propósito de lo sagrado se halla contenido en la misma definición del término: que se opone a lo profano.<sup>3</sup>

y acepta que el hombre entra en conocimiento de lo sagrado porque éste se le manifiesta, "porque se muestra como algo diferente por completo de lo profano".<sup>4</sup>

Ambos afirman que pretender precisar la naturaleza de la modalidad de esta oposición tropieza con obstáculos, pero que el hecho es que donde lo sagrado se manifiesta lo real se desvela, el tiempo pierde su caracter homogéneo y continuo porque remite al tiempo de lo absoluto y de la eternidad, presenta roturas, escisiones. "Se trata siempre del mismo acto misterioso: la manifestación de algo 'completamente diferente', de una realidad que no pertenece a nuestro mundo, en objetos que forman parte integrante de nuestro mundo 'natural', 'profano'".<sup>5</sup>

Para Caillois

el hombre religioso es ante todo aquel para el cual existen dos medios complementarios: uno donde puede actuar sin angustias ni zozobras, pero donde su actuación sólo compromete a su persona externa, y otro donde un sentimiento de dependencia íntima retiene, contiene y dirige todos sus impulsos y en el que se ve comprometido sin reservas.<sup>6</sup>

---

2 Mircea Eliade, Tratado de historia de las religiones, Era, México, 1981, p. 20.

3 Op. cit., p. 7.

4 M. Eliade, Lo sagrado y lo profano, Guadarrama, Barcelona, 1979, p. 18.

5 Idem., p. 19. Eliade utiliza el término "hierofanía" para significar "algo sagrado que se nos muestra".

6 Op. cit., p. 11.

Estos dos mundos son el de lo sagrado y lo profano, sólo se definen rigurosamente el uno por el otro y remiten a las categorías de lo eterno y de lo temporal, de lo finito y de lo infinito, de una modalidad que exagera en el hombre el sentimiento de espanto, el misterio ante lo tremendo, la majestad que emana de la superioridad divina, el temor religioso que provoca la revelación de una potencia, el "Dios vivo", ante cuyo sentimiento al sujeto se le revela su yo disminuido, como el de una criatura pequeña y nula, "polvo y ceniza".

No se trata de un simple juicio ético, sino de una categoría peculiar de valoración que procede del sentimiento que tiene el sujeto de su absoluta profanidad.<sup>7</sup>

El objeto realmente misterioso es inaprehensible e incomprendible, no sólo porque mi conocimiento tiene respecto a él límites infranqueables, sino además porque tropiezo con algo absolutamente heterogéneo, que por su género y su esencia es inconmensurable con mi esencia, y que por esta razón me hace retroceder espantado.

Así, esta sensación de estar ante lo sobrenatural es el punto de partida de toda experiencia religiosa. Para Octavio Paz lo sobrenatural se manifiesta

en primer término, como sensación de radical extrañeza (que) pone en entredicho la realidad y el existir mismo, precisamente en el momento en que los afirma en sus expresiones más cotidianas y palpables.<sup>9</sup>

---

7 Otto, op. cit., p. 79.

8 Idem, p. 42.

9 El arco y la lira, p. 127.

De esta extrañeza radical brota el temor sagrado y la consecuencia es que el hombre se siente empujado, perdido en la inmensidad y solo. Esta actitud religiosa nos descubre que sólo hay camino de lo Divino al hombre mediante la revelación y que no lo hay a la inversa; se trata de una gracia que proviene del exterior y le descubre al hombre su situación en relación con lo sagrado en un momento histórico.

Para los cristianos lo sagrado se llama Dios y el único conocimiento verdadero puede ser el del reconocimiento de Dios en la creación --en el mundo por Él creado-- y en cualquier manifestación de vida que el hombre contemple; el mundo se convierte en objeto del conocimiento y lugar de la revelación: algo nos dice sobre la naturaleza del hombre que contempla a Dios y a través de Él a sí mismo.

## 2. El sentimiento de lo sagrado en Jaime Sabines

Al recibir el premio Elías Sourasky en 1982, Jaime Sabines relató la coincidencia de ese hecho con su estancia en Pichucalco en el instante en que el volcán comenzaba a hacer estragos, en ese momento premio y poetas le parecieron vanos. Y añadió:

El volcán genera de inmediato la conciencia de la pequeñez humana, el terror, la impotencia, el desamparo. Ante aquel energúmeno, creador de páramos, que arroja impunemente piedras y muertes y desolación, el hombre actual se encuentra como el hombre primitivo, incapaz de hacer nada, desarmado, impotente, ridículo, insignificante. ¿De qué sirven el conocimiento y la ciencia ante una montaña de piedras calientes que vienen volando? En ese instante magnífico y terrible, sólo el

impulso de la fuga o de la protección impera, sólo el querer huir o refugiarse. Elemental frente a los elementos, en contacto con su propia fragilidad, el hombre es llamado a sus esencias y abre los ojos ante el prodigio de la vida con absoluta humildad.<sup>10</sup>

Asimismo, Marco Antonio Campos transmite en un artículo<sup>11</sup> palabras de una conversación con Sabines que le parecieron reveladoras: "La poesía debe llegar a los orígenes, que todo vuelva a ser de nuevo, las palabras, las cosas. No perder nunca el asombro virginal frente al mundo."

También al recibir en 1983 el Premio Nacional de Literatura, Sabines explicó que el poeta escribe por necesidad fisiológica, por necesidad ontológica, por fatalismo: "La poesía, más que una vocación, es un destino."<sup>12</sup>

La poesía es el descubrimiento, el resplandor de la vida, el contacto instantáneo y permanente con la verdad del hombre. La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que le puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma.<sup>13</sup>

Frente a la poesía el poeta no es más que un instrumento y la libertad no existe. Más aún, es un hombre común "con un poco menos de piel que el resto de los hombres",<sup>14</sup> así es que cuando tiene un complejo de emociones humanas que necesita sa-

---

10 "Palabras de Jaime Sabines al recibir el premio Elías Sourasky", en Mónica Mansour, Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos, SEP, México, 1988, p. 343.

11 "Jaime Sabines: por la vida y por la muerte", en M. Mansour, op. cit., p. 352.

12 "Palabras de Jaime Sabines al recibir el Premio Nacional de Literatura", en M. Mansour, op. cit., p. 359.

13 Idem.

14 Cristina Pacheco, "La poesía donde todos bebemos", idem, p. 384.

car de él toma su cuaderno.<sup>15</sup> Pero escribe siempre "bajo la influencia que ejerce Dios sobre nosotros cada día".<sup>16</sup>

Esto que se le revela y que por fatalismo lo hace escribir es una entidad majestuosa frente a la cual se define a sí mismo:

Este que fui, prestado  
a la eternidad,  
cuando nací moría.  
Surgió, surgi dentro del sol  
al efímero viento  
en que amanece el día.  
Hombre. No sé. Sombra de Dios  
perdida.

(NRP, p. 11)

+++

Muro de agua, la angustia, se levantó.  
Humo rojo en mis venas. Transfigurado cielo.  
De polvo a polvo soy.

(NRP, p. 18)

+++

Uno es el hombre.  
Uno no sabe nada de esas cosas  
que los poetas, los ciegos, las ramerías,  
llaman "misterio", temen y lamentan.  
Uno nació desnudo, sucio,  
en la humedad directa,  
y no bebió metáforas de leche,  
y no vivió sino en la tierra  
(La tierra que es la tierra y es el cielo  
como la rosa rosa pero piedra).

---

15 Idem, v. 385.

16 Idem, v. 389.

Uno apenas es una cosa cierta  
que se deja vivir, morir apenas,  
y olvida cada instante, de tal modo  
que cada instante, nuevo, lo sorprenda.

Uno es algo que vive,  
algo que busca pero encuentra,  
algo como hombre o como Dios o yerba  
que en el duro saber lo de este mundo  
halla el milagro en actitud primera.

Fácil el tiempo ya, fácil la muerte,  
fácil y rigurosa y verdadera  
toda intención de amor que nos habita  
y toda soledad que nos perpetra.  
Aquí está todo, aquí. Y el corazón aprende  
--alegría y dolor-- toda presencia:  
el corazón constante, equilibrado y bueno,  
se vacía y se llena.

Uno es el hombre que anda por la tierra  
y descubre la luz y dice: es buena,  
la realiza en los ojos y la entrega  
a la rama del árbol, al río, a la ciudad,  
al sueño, a la esperanza y a la espera.

Uno es ese destino, que penetra  
la piel de Dios a veces,  
y se confunde en todo y se dispersa.

Uno es el agua de la sed que tiene,  
el silencio que calla nuestra lengua,  
el pan, la sal, y la amorosa urgencia  
de aire movido en cada célula.

Uno es el hombre --lo han llamado hombre--  
que lo ve todo abierto, y calla, y entra.

(NRP, pp. 19-20)

Creo que un acercamiento a la poesía de Jaime Sabines no puede excluir que la urdimbre de su obra se entreteje alrededor de sus creencias religiosas y vitales. En su caso el poeta, el hom-

bre religioso y el hombre común son el mismo que intenta dar una respuesta a sus preguntas esenciales y tender a través de la palabra un puente para llegar al hombre, pues la poesía no es un fin en sí misma sino un instrumento para comunicarse.

Frecuentemente Sabines vierte en su poesía reflexiones que dibujan un perfil del hombre frente a lo sagrado, las líneas fundamentales refieren al pensamiento bíblico como origen y piedra de toque de su universo poético. Permeado por el existencialismo en boga, Sabines entreteje sus percepciones y se muestra como un preocupado por los problemas de su tiempo, no como un nostálgico de tiempos mejores pero ya idos. Es partidario de la restitución de esos tiempos mediante una moral que revivifica las relaciones patriarcales como sinónimo del funcionamiento armónico de las sociedades. Consciente de que vivimos un tiempo desacralizado cree que el poeta es un hombre común y corriente que no debe exigir privilegios sino luchar por transformar a la sociedad en que vive.<sup>17</sup> "Estoy en manos de la realidad y soy mi circunstancia", dice.<sup>18</sup>

Para Sabines el poeta es el testigo del hombre, pero antes de serlo debe ser un hombre común y corriente, oficiante de todos los oficios, actor de todos los dramas, las tragedias y las comedias del mundo, ya que no valdría la pena ser poeta si se fracasara como hombre. Esfuerzo de comunicación, la poesía es para él un intento de frustrar a la soledad y también un medio de conocimiento.

Yo siempre he pensado que la poesía no es nada más el canto sino el descubrimiento de la verdad, la revela-

---

17 Javier Molina, "No he querido ser un poeta maldito: alegría y dolor es mi tarea", La Jornada, 28 de julio de 1986, p. 31.

18 Idem.

ción de la verdad; es decir, la verdad está ahí, y las cosas están ahí y el hombre, el poeta va y las descubre. En este sentido pienso que el poeta le corta la vuelta al filósofo. Lo que el filósofo hace por el camino del razonamiento, el poeta lo hace por el camino de la intuición. Pero el objetivo es el mismo. Es decir, la vida, la verdad acerca de las cosas.<sup>19</sup>

Voz clamando en el desierto, a veces se compadece de sí mismo en lo que a individuo le toca --como género humano--, pero nunca como una individualidad seccionada de un contexto. Todas sus percepciones se unen en un mismo punto: una llamada de alerta acerca del destino del hombre; es necesario rescatar la conciencia, la sensibilidad, los sentimientos de humildad y de humanismo para alcanzar la salvación de un mundo que se desmorona. Verdadera labor mesiánica, la poesía no es un privilegio sino una imposición que obliga al poeta; la realidad se le abre y frente a lo numinoso se define la situación del hombre ante el mundo que le fue dado.

Sabines apela frecuentemente a los conceptos bíblicos como medio para sacudirnos acerca de la inminencia de la podredumbre y de la enajenación que nos enfrentan al vacío y a la desesperación. Su obra propone un diálogo, una reflexión y una toma de conciencia con la realidad que nutre su pluma y nos invita a dar ese salto hacia la transformación de este mundo desacralizado que acentúa la radical soledad del hombre.

Porque nos pasa a veces, nos sucede que el mundo --no sólo el mundo-- se complica, se amarga...

(NRP, p. 25)

---

19 Mary Lou Dabdoub, "Poesía y antipoesía de Jaime Sabines", Diograma de la cultura, 23 de octubre de 1977, n. 6.

dice Sabines, y más adelante:

Roto, casi ciego, rabioso, aniquilado,  
hueco como un tambor al que golpea la vida,  
sin nadie pero solo,  
respondiendo las mismas palabras para las mismas cosas  
siempre,  
muriendo absurdamente, llorando como niña, asqueado.  
He aquí éste que queda, el que me queda todavía.  
Háblenle de esperanza,  
díganle lo que saben ustedes, lo que ignoran,  
una palabra de alegría, otra de amor, que sueñe.

(NRP, p. 26)

Su poesía nos llama a la búsqueda de un sentido para la vida, al enfrentamiento con el tiempo y la muerte, al conflicto del hombre que busca un apoyo y sólo encuentra el vacío; cada acto de su vida está alimentado por el propósito de insertarse en lo real que es lo sagrado al convertir cada acto en una ceremonia. Adopta la actitud del hombre primigenio abierto a los milagros cotidianos donde la vida se convierte en revelación. Mediante esta revelación toma conciencia de su posición en el universo: frente a lo Absoluto él es sólo una contingencia, y es efímero frente a lo Eterno:

¿Qué otra cosa sino este cuerpo soy  
alquilado a la muerte para unos cuantos años?  
Cuerpo lleno de aire y de palabras,  
sólo puente entre el cielo y la tierra.

(NRP, p. 174)

Muchos de los aspectos de su obra deben verse como inmersos en un sistema de símbolos capaz de integrar las revelaciones particulares. Basta repasar muchos de los elementos bíblicos,

religiosos, sacros que aparecen en su obra para pensar que nos encontramos frente a un sistema articulado en un pensamiento religioso. El día y la noche, la muerte y el misterio de la vida, la creación y la disolución, la redención y la caída, lo temporal y lo eterno, lo sacro y lo profano, se erigen como un lenguaje al alcance de quienes comparten sus mismas experiencias vitales pues revelan algo de una común condición social, histórica y humana. Sabines se solidariza a través de su obra con el hombre inmerso en el mismo destino, intenta romper los límites que lo fragmentan, comunicarse con Dios y con los demás:

(...)

Un desgraciado como yo no ha de ser siempre desgraciado.  
He aquí la vida.

Puedo decirles una cosa por los que han muerto de amor,  
por los enfermos de esperanza,  
por los que han acabado sus días y aún andan por las  
calles

con una mirada inequívoca en los ojos  
y con el corazón en las manos ofreciéndolo a nadie.  
Por ellos, y por los cansados que mueren lentamente en  
buhardillas

y no hablan, y tienen sucio el cuerpo, altaneros del  
hambre,

odiadores que pagan con moneda de amor.

Por éstos y los otros, por todos los que se han metido  
las manos

debajo de las costillas  
y han buscado hacia arriba esa palabra, ese rostro,  
y sólo han encontrado peces de sangre, arena...

Puedo decirles una cosa que no será silencio,  
que no ha de ser soledad,

que no conocerá ni locura ni muerte.

Una cosa que está en los labios de los niños,  
que madura en la boca de los ancianos,

débil como la fruta en la rama,  
codiciosa como el viento:  
humildad.

Fuedo decirles también  
que no hagan caso de lo que yo les diga.  
El fruto asciende por el tallo, sufre la flor y llega  
al aire.  
Nadie podrá prestarme su vida.  
Hay que saber, no obstante,  
que los ríos todos nacen del mar.

(NRP, pp. 29-30)

"Lento, amargo animal...", "La tovarich", "Uno es el hombre",  
"El llanto fracasado", "La caída", "Poemas de unas horas místi-  
cas", son sólo ejemplos de una poesía que intenta alcanzar la  
comunicación y compartir una revelación que se le convierte en  
aprehensión de una verdad. Conforme a ésta, Sábines alcanza mu-  
chas veces la tonalidad de la súplica:

que todos mueran a tiempo, Señor,  
que gocen, que sufran hoy.

Desampárame, Señor,  
que no sepa quién soy.

(NRP, p. 17)

de la blasfemia:

Mono de la aflicción, hombre de trapo,  
hilo del Gran Titiritero,  
enséñame tu cara, a ver: un gesto,  
ríe, llora, gracioso, pide, pordiosero.

(NRP, p. 76)

de la oración:

Para tu amor, Señor, no tengo apenas  
otra cosa qué dar que mi tristeza,  
mis dos hijos, mi cama y mis penas,  
mis esperanzas y mis noches buenas.

(NRP, p. 163)

Si existe un sentimiento que llegue a aflorar en repetidas ocasiones es el de la piedad por el destino del hombre, por el destino moral, la degradación del mundo físico y la culpa genética por permitir que el mundo sea lo que es, con un acento que muchas veces llega al patetismo:

Igual que la noche de la embriaguez,  
igual fue la vida.  
¿Qué hice?, ¿qué tengo entre las manos?  
Sólo desear, desear, desear,  
ir detrás de los sueños  
igual que un perro ciego ladrándole a los ruidos.

(NRP, p. 187)

En su obra la fe se convierte en objeto de duda y de preocupación: ¿por qué si el hombre tiene un origen divino su destino no lo es igualmente sino que la existencia en la temporalidad lo envilece en la medida en que lo enfrenta a su desintegración en su cuerpo corrompiéndose? En la pregunta va implícita la respuesta.

Su poesía se mueve en el mundo de la religiosidad, hay enigmas y misterios que no consigue explicar y él mismo depende del deseo de algo que lo fundamente y de lo que no puede sustraerse sin riesgo de caer en la vacuidad. Asimismo, habla de los prodigios de la naturaleza, de la misteriosa obra creadora en incesan-

te producción y regeneración, de la mirada abierta al milagro, de la muerte; otras veces apela a la comprensión y a la necesidad del amigo o de la mano de Dios que lo levanten de la desesperación de su ser solitario y devastado acechado por la muerte y la decrepitud, la enfermedad y la tristeza:

Y estoy aquí, sí estoy,  
a pesar de mí mismo,  
alucinado y torpe,  
airado y sin memoria y sin olvido  
igual que si colgara de mis manos  
clavadas sobre un muro carcomido.

Mira el odiado llanto,  
mira este mudo llanto embrutecido,  
sacúdelo del árbol de mis ojos,  
arráncalo del pecho sacudido,  
no me dejes raíces de congoja  
abriéndome el oído,  
no quede en mí una amante,  
ni un luchador, ni un místico.

Señora de la luz, te mando, te suplico,  
óyeme hablar sin voz,  
oye lo que no he dicho,  
con este amor te amo,  
con este te maldigo,  
tengo en la espalda rota,  
roto, un cuchillo.

(NRP, p. 54)

y en otras ocasiones su voz es gratitud a pesar de la contingencia que es existir:

En el corazón de la cebolla,  
con el sabor de Dios,  
crece mi alma.  
Mi alma crece a todas horas hasta hacerse pequeña.

Sigo el vuelo magnífico de las moscas,  
me atraen el escarabajo y las hormigas,  
amo el grano de arroz con que alimento  
la paloma sin alas.  
Apasionadamente estoy en las cosas del día,  
desesperadamente.  
No puedo negarme a lo que viene  
con manos a tocarme,  
a lo que está con bocas y con ojos llamándome,  
a lo que soy con diferente nombre.  
Así, sudo mi alma,  
dejo mi corazón como una letra,  
me doy igual que una moneda.

(NRP, p. 159)

En su libro Vida y poesía<sup>20</sup> Wilhelm Dilthey discurre sobre la influencia en la poesía de la labor poética de las épocas anteriores; todo influye para que cada época viva la plenitud de la poesía. Así, desde que ésta se hallaba informada por el espíritu común de comunidades político-militares, hasta el progreso de la cultura, el paso por el cristianismo, la lírica y épica caballerescas, el mundo medieval, los dogmas eclesiásticos, el orden político-feudal y la sujeción a la historia, hasta la acción conjunta de las diversas artes y más tarde, el momento en que las ciencias y la filosofía interponen una nueva ordenación de los conceptos acerca del mundo, se llega a un tipo de poesía que no busca ya en el Cielo el sentido de la vida, sino que se lanza por otros derroteros a la comprensión de la existencia individual y a la percepción de los ritmos de la vida. "En la literatura se impone un tipo de hombre independiente, no vinculado ya a las condiciones históricas dominantes."<sup>21</sup> Creo que en muchos sentidos esto se refiere al problema de la

---

20 Fondo de Cultura Económica, México, 1978, pp. 17-18.

21 Idem, p. 18.

desacralización del mundo.

Sin embargo, Sabines devuelve la poesía a la imagen del hombre en arreglo a una ley exterior y trascendente; impone en su obra un tipo de hombre "dependiente", vinculado a condiciones históricas y sociales; extrae del mito sus motivos y personifica el ideal primigenio de la comunidad espiritual y la vida secular desarrollada conforme a la acción de un ideal religioso y moral que corresponde al de la religión judeocristiana.

Entra en relación con la divinidad, descubre en el orden de la naturaleza las mismas leyes que rigen el devenir del hombre y pretende convertir a la poesía en el lugar de indagación de las relaciones que existen entre los actos del hombre, sus sufrimientos y la muerte, así como las razones últimas a que obedece su existencia.

Observa a la vida encarnada en el tiempo, metonimia de un tiempo universal que cada existencia y cada momento que transcurre actualiza y recrea. Encuentra una línea que remite al Tiempo Absoluto y primigenio en el reconocimiento de los hechos del presente y su relación con la tragedia de la existencia humana.

Como muchos de los poetas del Romanticismo siente ante los hombres limitados y oprimidos de su época la misión de un pedagogo: lo mueve la voluntad de interpretar el movimiento del mundo. Frente a un orden que sólo le ofrece fines demasiado pequeños de los cuales es imposible enorgullecerse, se refugia en el mundo de los principios morales. Si su obra cobra efectividad es porque quien la lee descubre en ella rasgos de vidas comunes y perceptibles. Sus vivencias descubren rasgos que revelan al lector aspectos de la misma existencia y de las mismas in-

terrogantes.

No quisiera afirmar que se trata de una influencia directa sino, como afirma Dilthey, de una trayectoria común, de una fuerza latente en la poesía que lo antecedió y que actúa sobre su obra, lo ayuda a conformar su sensibilidad y le permite proponer una actitud frente a los hechos que nos permita actuar en el mundo para transformarlo.

Con respecto a este asunto todavía quedan muchos cabos sueltos, explicar el problema de la desacralización y precisar con mayor detalle aspectos como el catolicismo de Sábines, su relación con hechos concretos de la vida cotidiana y la relación de la relación de la poesía con la vida. Por lo pronto me ha interesado solamente ubicar y señalar el contenido de este trabajo a partir de la demarcación de ciertas instancias, así como resaltar que para Jaime Sábines la religión no es un ceremonial, sino una convicción que conduce a una vida justa y a una respuesta.

### 3. Poesía y vida

La obra sin diálogo con su entorno es conceptualmente imposible, mientras más afirma ésta su autonomía más reafirma su calidad de arte por el arte. Pero no es éste el caso de Sábines, ya que su obra remite frecuentemente a una visión del mundo y a un entorno reconocible y familiar para sus lectores, además de que intenta convertirse en el puente que lleve a la comunicación.

Juan García Ponce afirma que la verdadera biografía de todo poeta está en sus poemas, que éstos son los datos esenciales que

lo configuran como hombre.<sup>22</sup> Así, Sabines "entrega la visión del mundo que actúa sobre él, que lo forma como persona y lo obliga a definirse, a ser".<sup>23</sup>

Para Jaime Sabines la vida es el punto de partida de la creación poética. No es representación de la vida, sino actualización de un hecho que la poesía vuelve absoluto y total:

Pues toda auténtica obra poética destaca en el corte de la realidad que representa una cualidad de la vida que antes nunca se había visto de este modo. Al mismo tiempo que pone de relieve una conexión causal de procesos o de actos, hace que se revivan los valores que, dentro de la trabazón de la vida, corresponden a un acaecimiento y a las diferentes partes que lo forman.<sup>24</sup> El acontecimiento tratado cobra así su significación.

Cuando Sabines habla de experiencia personal incluye también la comprensión de estados ajenos, vivencias, en fin, que guardan una relación profunda con su poesía siempre que le revelen algo acerca de la vida. Debe pensarse, por ejemplo, que la muerte es una experiencia que comprende porque lo ha tocado muy de cerca y de la cual sería imposible que hablara si la hubiera vivido en carne propia, pues una de las cualidades esenciales de la muerte es la incapacidad de expresarse el muerto, pues su silencio es sinónimo del estado en que se encuentra. La no comunicación es la muerte, y de haberla vivido no como vivencia sino como una experiencia no hubiera podido jamás hablar de ella.

Dilthey dedica páginas de su libro a poner de relieve la esen-

---

22 Juan García Ponce, "Sabines y nuestro mundo", en Trazos, UNAM, México, 1974, p. 16.

23 Idem, p. 17.

24 Dilthey, op. cit., n. 140.

cia de la obra de Shakespeare, "un genio cuya vida entera discurre en un proceso de experiencia efectiva, de minuciosa observación involuntaria de cuanto le brindan nuevos círculos de experiencia".<sup>25</sup>

Sabines pasa por experiencias múltiples que se integran en su poesía: el traslado de la provincia a la ciudad, la selva chiapaneca y el asfalto de México, sus estudios de medicina y de literatura, su experiencia como vendedor de telas, de forrajes, etc., diversas situaciones de vida y ocupaciones varias tamizadas por los acontecimientos personales como el matrimonio, la paternidad, la muerte de los seres queridos... Vive y asume su vida y se rebela ante todo lo que signifique acartonamiento de los sentidos y hasta la formación intelectual si ésta falsifica la personalidad. Por el contrario, se siente con derecho a escribir no sólo porque la escritura es algo que se le impone como una obligación y un castigo, sino porque no ha sido espectador de la vida sino actor de todas las obras, los goces y las tragedias. Ha asumido un modo shakespeariano de vivir atento a todo lo que respira y se mueve, asumiendo la abigarrada experiencia de la vida agitada y en pugna con la realidad que le suministra el material de su horizonte empírico.

Léase si no Tarumba, Diario semanario, Maltiempo...

(...)detrás del mostrador, me puse a aprender humildad y paciencia, y sentí que debía disciplinarme, y que la vida está antes y por encima de la poesía. Quiero decir que comprendí que no se debe vivir a lo poeta sino a lo hombre. (...)

Yo me dije desde un principio, "hay que arriesgarse. No valdría la pena ser poeta si se fracasara como hom-

---

25 Idem, p. 143.

bre. ¿Por qué no poder ser hijo, esposo, padre, comerciante, oficinista, hombre común y corriente, perdido y encontrado entre todos los hombres?" (...)

Porque, de veras, cada vez que me siento crecer en comprensión y en humildad, me siento crecer en la poesía. Creo con toda el alma, que hay que vivir perdonándonos a nosotros mismos, por los crímenes que cometen los demás y por los nuestros. (Otra vez quiero decir algo: toda arte poética debe estar comprendida, subordinada al arte humano, al arte de vivir.)<sup>26</sup>

Pasajes de su vida se entretrejen con personajes de la vida real, de su Chiapas natal --su ombligo del mundo--, de las colonias del centro de la ciudad de México, y el contraste entre estas dos realidades exacerba sus percepciones de la vida, las dificultades para salir adelante, la valoración del ámbito familiar que consigue consolidar a base de esfuerzos.

En su prólogo a Tarumba Sabines advierte sobre la necesidad de no tomar la parte por el todo:

El lamento no es el dolor.  
El canto no es el pájaro.  
El libro no soy yo, ni es mi hijo,  
ni es la sombra de mi hijo.  
El libro es sólo el tiempo...

(NRP, p. 93)

El libro, advierte, es el testimonio de lo que no decimos; se reúne el tiempo, el dolor, los ojos, las manos, los corazones ensayados y se traen al libro respecto del cual el autor queda más grande y más miserable.

"Para qué queremos un arte 'perfecto', 'puro', 'autónomo',

---

26 "Palabras de Jaime Sabines al recibir el premio Chiapas", en M. Mansour, Uno es el poeta, pp. 130-131.

si nosotros no somos así, si no nos vamos a reconocer en él?", dice Sabines, "¿para qué va a servirnos?".<sup>27</sup>

Volviendo a Dilthey, añade sobre Shakespeare que su experiencia como actor, el hecho de vivir bajo diferentes encarnaciones, fue determinante en su obra como escritor, pues no sólo le entregó el conocimiento de la escena y la capacidad de transformarse en personajes distintos, sino que la misma época y la ciudad en que escribió le significaron una coyuntura incomparable para captar las diferentes escenas de la vida humana que lo impulsaron a escribir lo que veía. No seguía un interés científico sino solamente humano: "su meditación sostenida se dirige a las grandes conexiones del carácter, la pasión y el destino en la vida humana".<sup>28</sup>

Recuérdese el binomio poeta/actor que ha mencionado Sabines; lo que él escribe es la vida misma percibida por los ojos de hombres distintos --por los suyos primero--. No le interesa consolarnos o engañarnos sino destacar algo de la naturaleza humana, la diversidad de la vida en sus hechos cotidianos y el destino del hombre inmerso en esos acontecimientos.

Hablo de este dolor y de esta ausencia,  
de tu dolor y de tu ausencia es que hablo.  
De tu pleito de anoche con tu hermano,  
de tu tristeza, huérfano, de tu disgusto, enamorado,  
de tu esperanza, pobre, de tu ternura, desgraciado.  
Hablo de todo lo que tiene origen  
en este estar aquí desesperado  
y hablo también de lo que no lo tiene

---

27 Ignacio Solares, "Jaime Sabines: Quisiera bailar la poesía, no escribirla", Diorama de la cultura, 6 de septiembre de 1970.  
28 Dilthey, op. cit., p. 150.

y nos zozobra dentro y nos golpea  
como un pájaro ciego enajenado.

Mi sangre es sangre de hombre  
y yo no la compré ni la regalo.  
Cae gota a gota de mi lengua cuando hablo  
porque tengo la lengua en mi quijada  
clavada con un clavo.  
Pero mi sangre abunda,  
viene de todos los desamparados,  
de todos los que no esperan nada esperanzados.

(NRP, p. 61)

Sabines llama a los poetas "hombres con un poco menos de piel", Dilthey los llama "temperamentos demoníacos" que difieren de los hombres en el más alto grado; comoquiera que pueda llamárseles su aguda percepción les revela que ningún aspecto de la realidad excluye a otro, que ningún hecho es en sí mismo huérfano, sino que está saturado de tiempo y esto significa dos cosas: que guarda vínculos impuestos por un orden superior y que se halla entretelado con el destino de otros hombres. Recuérdese que para Sabines el objeto de la poesía no es la realidad en sí, sino el conocimiento acerca de ella que nos remite a conocernos nosotros y a través de nosotros a algo inmanente. El poeta busca lo significativo y la poesía nos abre la comprensión de la vida. Parte de la vida, de lo que ella revela, y remite otra vez a la vida misma, pero con un conocimiento sobre ella.

Para Sabines no hay por un lado la vida práctica y por otro la vida creadora. Ambas son una y la misma o al menos esa debe ser la tarea del hombre si quiere llamarse así y no "burro de noria", como los llama Gabriel Zaíd.<sup>29</sup> "No valdría la pena ser

29 La poesía en la práctica, PCE, México, 1985, p. 49.

poeta si se fracasara como hombre", dice Sabines.

Dentro de poco vas a ofrecer estas páginas a los desconocidos como si extendieras en la mano un manojo de yerbas que tú cortaste.

Ufano y acongojado de tu proeza, regresarás a echarte al rincón preferido.

Dices que eres poeta porque no tienes el pudor necesario del silencio.

¡Bien te vaya, ladrón, con lo que le robas a tu dolor y a tus amores! ¡A ver qué imagen haces de ti mismo con los pedazos que recoges de tu sombra!

(NRP, p. 135)

Existe siempre en su obra una crítica dirigida a los que pueden establecer una diferencia entre lo poetizable y lo no poetizable, a los poetas que son como quinceañeras que siempre están ensayando su vals de presentación en sociedad como una proeza. Para Sabines la poesía es "sangre y huesos de la vida".

LA MUSICA --dice Igor Stravinski-- no expresa nada: expresa solamente la música.

Ahora me explico porqué (sic) no me gusta, porqué (sic) siempre me ha molestado la música de Stravinski.

La música expresa la música. La pintura expresa la pintura, la poesía expresa la poesía. Cada vez somos más inteligentes, más abstractos, más espirituales. ¿Llegará el hombre a ser sólo un pensamiento del hombre?

(NRP, pp. 279-280)

"La poesía no es un privilegio para salvar a nadie de vivir y padecer como hombre. La poesía no me excluye --dice Sabines--, sólo me salva de mí mismo. También me ayuda para no sentirme cul-

pable, para poder decirlo todo."<sup>30</sup>

Este sería otro punto de acercamiento a la filosofía existencialista, pues el existencialismo

representa también una rebelión tardía contra el gusto ilustrado de la raison y el conceptualismo de la filosofía tradicional, de la misma manera en que el decadentismo poético consagra y exacerba, en la defensa de la poesía pura, la reacción contra toda forma de clasicismo poético, condenado como retórica, conceptualismo decorativo y así sucesivamente.<sup>31</sup>

Sabines busca lo real en lo trascendente, siente horror por lo banal y lo convencional y ansía lo extraordinario en la búsqueda de lo "singular", pero sin olvidar que la poesía es sangre y huesos de la vida y que la escribe el hombre.

O como diría Zaíd: "¿Hay alguna razón para que un poeta lo sea menos si practica seriamente algún deporte, sabe llegar puntualmente a una cita o administrar un presupuesto?"<sup>32</sup> También para Sabines lo creador debe ser una cierta forma de negarse a padecer, una negación creadora que trasmute el padecimiento en acción, la opresión en comunión, la necesidad en libertad; que dejen de ser circunstancias desdichadas para convertirse en oportunidades creadoras:<sup>33</sup> "El lugar de la inspiración es el lugar de los encuentros concretos."<sup>34</sup>

Por esta misma razón la poesía no excluye sus dudas y sus vacilaciones; con respecto a su fe la poesía es una forma de lo sa-

---

30 Cristina Pacheco, art. cit., p. 393.

31 Norberto Bobbio, El existencialismo. Ensayo de interpretación, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 37.

32 Op. cit., p. 68.

33 Idem, p. 69.

34 Idem, p. 129.

grado porque proviene de una imposición exterior, pero es una relación que no asume como un drama intelectual, sino como parte fundamental de su labor en el mundo: vivir y comunicar; para él esto es el hombre porque el silencio sólo significa dos cosas: que se ha encontrado a Dios y que quien ha conocido Su verdad no necesita decir ya nada, o bien que se está muerto, anímica o físicamente; la vida puesta en las páginas --"el libro es sólo el tiempo"-- habla de la intensidad para vivir que se ha puesto en la variedad infinita de los hechos en que se manifiesta la existencia:

Después de leer tantas páginas que el tiempo escribe  
con mi mano,  
quedo triste, Tarumba, de no haber dicho más,  
quedo triste de ser tan pequeño  
y quedo triste y colérico de no estar solo.  
Me quejo de estar todo el día en manos de las gentes,  
me duele que se me echen encima y me aplasten  
y no me dejen siquiera saber dónde tengo los brazos.

(NRP, p. 109)

y un hombre sólo debe sentirse culpable si no tiene nada que decir. Si su manera de expresarse en el mundo es el arte éste debe estar comprendido, "subordinado al arte humano, al arte de vivir".

La poesía parte del asombro ante una realidad cotidiana que de pronto se revela como algo nunca visto, comparte semejanzas con la experiencia de lo sagrado, no sólo porque ambas parten de la misma fuente, sino porque intentan recobrar nuestra naturaleza y comprender nuestra condición original; también son tentativas por abrazar lo otro y a los otros, emprender la comunicación y actuar sobre la vida. La poesía es la posibilidad de

ver las posibilidades de la vida, de descubrir sus potencialidades.

(La poesía) no es una experiencia que luego traducen las palabras, sino que las palabras mismas constituyen el núcleo de la experiencia. La experiencia se da como un nombrar aquello que, hasta no ser nombrado, carece propiamente de existencia. Así pues, el análisis de la experiencia incluye el de su expresión. Ambas son uno y lo mismo.<sup>35</sup>

La poesía revela algo sobre la vida y remite a una instancia superior.

#### 4. El poeta como un vidente. Poesía y profecía en Jaime Sabines

Creo que es posible afirmar que en el caso de Jaime Sabines no hay una diferencia de especie entre el poeta y el profeta; la relación de ambos con la escritura es en esencia la misma.

A través de la escritura las cosas revelan un significado profundo, el pasado se eleva hacia la comprensión y el presente se convierte en una grieta. Lo humano aumenta su valor pues se convierte en una experiencia radical, en una situación límite por sí misma.

"Por ser hombres como cualquier otro, los profetas se expresaron a sí mismos al hablar, pero por ser profetas recibieron su mensaje de Dios."<sup>36</sup> Cada uno de los profetas, a través de su carácter y de su experiencia, expresó a su modo su experiencia de lo divino. "Por tener temperamentos muy diversos, los

<sup>35</sup> Octavio Paz, El arco y la lira, p. 157.

<sup>36</sup> Israel I. Mattuck, El pensamiento de los profetas, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 26.

profetas recibieron su respectiva revelación de diversa forma y usaron de diferente lenguaje para expresar las ideas consiguientes."<sup>37</sup>

Los profetas eran los hombres que afirmaban ser canales de comunicación con Dios, son "los que anuncian", "los llamados"; tienen conciencia del origen divino de su mensaje. El profeta tiene conciencia de no ser más que un instrumento, sus palabras son suyas y no lo son, sabe que ha recibido la palabra y que debe comunicarla. Su inspiración se funda en la iluminación interior y en un impulso irresistible, pues tiene conciencia de estar dominado por Dios. Tiene la convicción de haber sido seducido por Dios (Jeremías), tomado de la mano y conducido (Isaías), levantado y arrebatado (Ezequiel).

Los profetas permanecen dentro del marco de la vida humana. Su misticismo no implica una cualidad sobrenatural en sus vidas. Ellos serían los primeros en rechazar firmemente una actitud que los separara de los demás hombres. Participan de nuestra humanidad común, de tal modo que revelan sus grandes posibilidades. Todos los hombres pueden tener, en cierta medida, el conocimiento de Dios que en ellos llega a un grado tan alto. Ellos refutan la psicología que reduce al hombre y a sus impulsos a simples instintos físicos.<sup>38</sup>

Para los profetas todos los hombres pueden escuchar la voz de Dios si desean oírla y no necesitan intermediarios. Su conocimiento de las cosas proviene de la aplicación de ciertos principios éticos y sagrados: Dios gobierna el curso de la vida y la historia humanas, y todas sus palabras surgen de las

---

37 Idem.

38 Idem., p. 24.

enseñanzas de Dios y de Su ley moral. Pero esta comprensión de la moral requiere de un sentido muchísimo más profundo que la norma social, puesto que remite a la justicia y el amor como rectores del pensamiento donde lo que interesa es lo que "debe" y no lo que se acostumbra, conforme a la Palabra.

Para Jaime Sabines:

La poesía cae sobre todos los hombres, en un momento dado o para todo el tiempo, como un ala de estaño que les abre los ojos y el corazón para la luz de la vida. La poesía es el don de la comunión,<sup>39</sup> el momento de la entrega a la gravitación terrestre.

También afirma que no hay que tomar muy en serio a la poesía, pues ésta "ocurre de todos modos como un accidente, un atropello, un enamoramiento, un crimen: ocurre diariamente, a solas, en la soledad purísima, cuando el corazón del hombre se pone a pensar en la vida".<sup>40</sup>

Su poesía está llena de una intensísima conciencia de Dios y de la tribulación de ver un mundo regido por la injusticia y el desinterés en el dolor de los otros, de ahí que el pensamiento de los profetas encontrara cauce natural en su lenguaje poético:

Todo lo que digo de ti es cierto  
cuando te bendigo,  
cuando hablo mal de ti:  
es lo que Tú dices de Ti,  
yo soy tu instrumento.  
Con esta misma mano con que escribo  
me he llevado en este momento el pan a la boca

---

39 Javier Molina, art. cit.

40 Idem.

y he olido que mi mano huele, reciente,  
a ese doloroso olor del sexo femenino  
que hasta en las vírgenes no resiste a las horas.  
He comido mi pan con olor  
mientras pensaba y pienso que entre tú y yo hay  
alambradas  
en que queda sólo la piel de uno, del más débil,  
del más deseoso.

Yo no me lamento.  
Yo siento que estoy bien,  
que está bien todo lo que has hecho o desecho.  
Tú eres el más fuerte.

(NRP, p. 157)

No quiero decir con esto que Sabines pretende erigirse en un tocado por la gracia de la revelación y que se piensa un profeta moderno, sino que se trata de un recurso que lo ayuda a expresar su sentimiento de criatura que indaga abandonada en el tiempo. La Biblia es para él una guía de acción humana. Frente a lo sagrado es el sentimiento de Abraham el que reencarna en su lenguaje poético, un recurso que lo ayuda a expresar su concepción de criatura impotente y nula, tierra y nada, que en la desestima de sí mismo vale sólo por Quien fue creado y ante quien reacciona su sentimiento de la pequeñez.

Así como en los casos de Oseas y de Miqueas, el impulso hacia la misión profética le viene de experiencias comunes que alcanzan por su significado un alto grado de intensidad en el contexto de su vida. Sabines observa a su alrededor la realidad de un país sumido en la iniquidad, olvidado de la ley de Dios; como Miqueas, se siente movido por las tristes y trágicas experiencias de sectores desprotegidos de la población que sufren la opresión de los poderosos y del Estado. Esto lo mueve a denunciar las condiciones de su tiempo y a pedir una reforma. Yu-

ria y Testimonios son un ejemplo.

A veces, como Jeremías, se duele de que su corazón que tanto anhela la paz, tenga que ser testigo de tantas desgracias y que esté obligado a comunicarlas:

En cuanto a la de poeta, hasta la fecha no tengo la convicción de serlo. En realidad la poesía no es más que un acto constantemente diferido, siempre está por delante de uno. A veces yo me siento como un utensilio, un instrumento; no precisamente de la poesía, sino del destino; quién sabe... Yo soy medio fatalista en eso, como que hay un predeterminismo en mí y en todo.

Como a Jeremías le tocó vivir el trágico periodo en que se preparó y se consumó la ruina de Judá, a Sábines le toca presenciar un tiempo igualmente caótico que lo lleva a refugiarse en el mundo de los principios morales, pero que no puede sustraerse de comunicar:

Quiero decir con esto que el poeta es el condenado a vivir. No hay distracción posible, no hay diversión, no hay posibilidad de salirse del mundo. Todo debe ser escrito, todo debe hacerse constar. El poeta es el escribano a sueldo de la vida. Y esto es odioso y repugnante muchas veces. ¿Es que hice el amor sólo para hablar del amor? ¿Es que me enamoré de los árboles y el viento sólo para hablar del campo? ¿Es que se murió mi padre y se murió mi madre y se murieron mis amigos porque era necesario que yo hablase de la muerte y estuviese chupando de su tubo infinito?

A esta condición de instrumento, de simple instrumento, el poeta no se resigna. Y allí viene su pelea contra los dioses y contra el destino. Y quiere la comodidad pero no tanta, y desea la sensatez pero la

desprecia, y pide la cordura en la asamblea de locos. Contradicción, incertidumbre, reunión de opuestos, es el poeta, unidad verdadera y profunda.<sup>42</sup>

Sabines ansía un conocimiento pleno del hombre a partir de la comprensión intelectual de la existencia de Dios a quien puede conocer por medio de su fe y por medio de lo que las cosas le revelan solamente, porque además de su pequeñez eso indefinible lo hace percibir la ambigua condición de instrumento que, sin embargo, no pierde la libertad que con su condición humana le fue entregada: "una gran libertad desconocida", como la llama en "La tovarich" (NRP, p. 14)

"El poeta desaloja al sacerdote y la poesía se convierte en una revelación rival de la escritura religiosa",<sup>43</sup> dice Octavio Paz y esto es aplicable al caso de Sabines: a sus ojos el ejemplo judeocristiano de nuevo adquiere valor y contemporaneidad. Tenemos afuera lo prometido, pero no hemos satisfecho la esperanza y el deseo, y la muerte todavía existe. En esta búsqueda de la luz la poesía comparte el desengaño, la ansiedad, la culpa, la furia y la piedad por el destino del hombre. Sabines defiende la importancia histórica de la religión cristiana, sobre esta base desarrolla su "don" de vidente o de profeta que interpreta los símbolos de la realidad y los lleva hasta los límites de su propio ser. Retomando la perspectiva judeocristiana interpreta que la arreligiosidad equivale a una nueva "caída" del hombre en la conciencia desgarrada. Supera la idea del tiempo cíclico y se concentra en el tiempo histórico y en su carácter irreversible.

---

42 "Palabras de Jaime Sabines al recibir el Premio Nacional de Literatura", en M. Mansour, op. cit., pp. 359-360.

43 Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia, Seix Barral, México, 1987, p. 75.

Mi corazón me recuerda que he de llorar  
por el tiempo que se ha ido, por el que se va.

Agua del tiempo que corre, muerte abajo,  
tumba abajo, no volverá.

Me muero todos los días  
sin darme cuenta, y está  
mi cuerpo girando  
en la palma de la muerte  
como un trompo de verdad.

Hilo de mi sangre, ¿quién te enrollará?

Agua soy que tiene cuerpo,  
la tierra la beberá.

Fuego soy, aire compacto,  
no he de durar.

El viento sobre la tierra  
tumba muertos, sobre el mar,  
los siembra en hoyos de arena,  
les echa cal.

Yo soy el tiempo que pasa,  
es mi muerte la que va  
en los relojes andando hacia atrás.

(NRP, pp. 141-142)

Retoma el tema de la fidelidad bíblica, es decir con relación a las promesas que Dios hizo al pueblo que escogió; la justicia tiene relación con la fidelidad a esa fe y con el compromiso con ciertos principios regidos por el amor y que sólo puede realizar Dios en colaboración con los hombres. No se trata de una conducta solamente sino de una Alianza. Justicia es equidad e igualdad, es amor; esa es la Alianza y ese es el sentido de la vida que para Sábines han perdido los hombres responsables y nadie más que ellos de su situación en el mundo. Sin embargo, él

mismo reconoce que es partícipe de esa situación y que su conducta ha colaborado en el silencio de Dios en la Alianza:

HE REPARTIDO mi vida inútilmente entre el amor y el deseo, la queja de la muerte, el lamento de la soledad. Me aparté de los pensamientos profundos, y he agredido a mi cuerpo con todos los excesos y he ofendido a mi alma con la negación.

Me he sentido culpable de derrochar la vida y no he querido quedarme en casa a atesorarla. Tuve miedo del fuego y me incinuré. Amaba las páginas de un libro y corría a las calles a aturdirme. Todo ha sido superficial y vacío. No tuve odio sino amargura, nunca rencor sino desencanto. Lo esperé todo de los hombres y todo lo obtuve. Sólo de mí no he sacado nada: en esto me parezco a las tumbas.

¿Pude haber vivido de otro modo? Si pudiera recomenzar, ¿lo haría?

(NRP, p. 283)

+++

El diablo no hace caso de mis citas, y Dios es sordo desde hace tiempo...

(NRP, p. 133)

Amor a Dios y al hombre, a lo Absoluto y a lo temporal, a lo Eterno y a lo perecedero... el encuentro sólo se realiza en el corazón del hombre y se reanuda la Alianza. Quien es incapaz de amar sólo oye el silencio y percibe su soledad.

Hasta aquí, por lo pronto, dejaremos el tema de los nexos de la poesía de Sábines con el pensamiento profético, pues el propósito de este inciso no ha sido ahondar todavía en cómo se expresa, sino poner en evidencia que muchos de los elementos de su obra derivan del pensamiento bíblico, no sólo su actitud an-

te la vida, también su idea de la poesía como un hecho impuesto que para poder revelar algo acerca de la vida debe conjuntarse con el reconocimiento de Dios en las cosas y en la interpretación de la Palabra y su relación con los hechos en el cumplimiento de la Alianza.

He querido referirme más que nada al paralelismo profeta/  
Palabra-poeta/poesía y al origen de la revelación. Así, al referirnos al poeta como un vidente esto deberá entenderse en el sentido del hombre capaz de interpretar ciertos hechos y proyectarlos hacia el futuro en consecuencia con el conocimiento que tiene de la historia, no como alguien que adivina por iluminación, sino como el que relaciona los hechos, y "ve" porque interpreta algo que se le impone exteriormente.

Después quedarás tirado a un lado  
como un saco vacío  
(guante de cuero que la mano de la poesía usó),  
pero también quedarías tirado por nada.  
Yo me quejo, Tarumba, de estar sirviendo a la poesía  
y al diablo.  
Y a veces soy como mi hijo, que se orina en la cama,  
y no puede moverse, y llora.

(NRP, pp. 109-110)

Cuando hablamos de la influencia de los profetas en la poesía de Sabines nos referimos no solamente a la actitud del poeta ante la escritura, sino también al contenido de sus versos, pues los profetas además de videntes fueron hombres que arremetieron contra el orden establecido en su tiempo y fustigaron contra los vicios que provocaron en el hombre una segunda "caída".

Sabines levanta su voz como producto de una imposición que

la revela algo, pero también porque esa visión se la da la conciencia del mal en el mundo y la del destino inexorable si no se consigue restablecer la Alianza y redimir con ello el destino del hombre. Su actitud bíblica es también un recurso para fustigar la moral y las costumbres corrompidas, así como un acto de contrición por saberse cómplice de los hechos.

Este recurso lo lleva a elevar la voz contra el hombre de su tiempo para advertirlo sobre algo. La levanta como un acicate, pues sabe que basta abrir los ojos y querer mirar para poder "ver" el desenlace; somos la causa de la ruina y ésta no es sólo ya nuestra tragedia personal, sino de potencias superiores que amenazan a toda la humanidad.

Pero éste es tema del siguiente capítulo.

## 5. Poesía y conocimiento

Para terminar de precisar el sentido del conocimiento en lo poético volveré al libro de Ramón Xirau Poesía y conocimiento, pues he basado muchas de las ideas de este trabajo en sus teorías. Junto con él creo que a la palabra "conocimiento" debe dársele un sentido mucho más rico que el que acostumbra dársele en el lenguaje común, pues el poeta no sólo emplea imágenes sino también conceptos. Xirau relaciona a la poesía con la filosofía porque ambas son formas de un conocer más amplio, de un conocer religioso.<sup>44</sup>

También creo que la religión, la poesía y la filosofía dan

---

44 Cf. el cap. I, pp. 11-19.

al hombre un conocimiento acerca del sentido de la realidad entera, aunque no sin diferencias esenciales:

(Conocer) significa también dirigirse a obtener una imagen del mundo, un cierto sentido de la vida, un conocer que, fundado en la emoción, es también una visión del universo y acaso una metafísica.<sup>45</sup>

He aquí el tipo de conocimiento que la poesía ofrece: mediante la palabra adquirimos un conocimiento del mundo, del hombre, de nosotros mismos, de la presencia de Dios a través del hombre y del mundo. Distinto del solamente religioso que procede de "una certeza recibida por el hombre, dada por Dios gratuitamente: revelada"; del filosófico que quiere "una certidumbre radical universal que además es autónoma; es decir, la filosofía se justifica a sí misma, muestra y prueba constantemente su verdad; se nutre exclusivamente de evidencia, el filósofo está siempre renovando las razones de su certeza".<sup>46</sup> El conocimiento poético encierra, además, vivencias personales y de comprensión de estados ajenos,

la ampliación y profundización de la vivencia por medio de ideas. El punto de partida de la creación poética es siempre la experiencia de la vida, como vivencia personal o como comprensión de la de otros seres, presentes o pasados,<sup>47</sup> y de los acontecimientos en que estos seres cooperan.

Se trata, pues, de una convicción desde la cual el poeta interpreta la totalidad de su vida. Vehículo para llegar al mundo

---

45 R. Xirau, Poesía y conocimiento, p. 137.

46 Julián Marías, Historia de la filosofía, Alianza Editorial, México, 1989, p. 2. El subrayado es del autor.

47 W. Dilthey, op. cit., p. 140.

--conocer-- la poesía es un acto de fe.

Sobre estas bases se desarrolla el don de vidente del poeta, que nos instruye acerca de nosotros mismos y acerca del mundo, acerca de las últimas profundidades asequibles de la naturaleza humana y acerca de la plenitud de las individualidades.<sup>48</sup>

La poesía es "saber que versa sobre lo real en toda su múltiple dimensión".<sup>49</sup> También es teoría y conocimiento, el poeta es crítico; en su actividad la imaginación adquiere la dimensión de forma de conocimiento porque revela, alumbrando, despliega los objetos ante el entendimiento, la razón y la sensibilidad. "La imaginación es, primordialmente, un órgano de conocimiento, puesto que es la condición necesaria de toda percepción."<sup>50</sup>

La poesía es un participar a otros un contenido, "hacer que otros tomen parte de lo que tenemos dentro",<sup>51</sup> en ocasiones como una invitación a pensar y conocer lo que el poeta piensa y conoce y en otras haciéndonos sentir y vivir lo que él mismo ha sentido y vivido: que lo acompañemos en sus ideas o que compartamos las vibraciones de una disposición interna: la poesía es ese lugar de encuentro.

## 6. Poesía, religión y conocimiento en Jaime Sabines

La poesía adquiere sentido, como la religión, frente al misterio de la existencia; como el rezo, es la brecha que abre la comuni-

48 Idem, p. 141.

49 Angel Alvarez de Miranda, La metáfora y el mito, Taurus, Madrid, 1963.

50 O. Paz, El arco y la lira, p. 234.

51 Johannes Pfeiffer, La poesía, FCE, México, 1986, pp. 15-17

cación con lo que nos trasciende: se convierte en el lenguaje mediante el cual el poeta tiene acceso a lo sagrado, a Dios, y en el camino que le revela algo sobre su propia condición. Además "El hombre es la gran paradoja de un ser finito que habla del infinito. Un ser material que habla de lo esencial y radicalmente ajeno a la materia, y que sin embargo es lo más propio".<sup>52</sup>

"La actitud ante lo sagrado cristaliza en el ruego, en la oración",<sup>53</sup> la religión es diálogo, diálogo con el Creador, diálogo con el mundo por Él creado. "También el poeta lírico entabla un diálogo con el mundo; en ese diálogo hay dos situaciones extremas: una, de soledad; otra de comunión."<sup>54</sup> Pues ese es el objetivo del poeta: unirse con su objeto, moverse hacia lo desconocido a partir de un íntimo deslumbramiento y comunicarse. Movidó por el mismo fervor que mueve al hombre religioso intenta alcanzar la comunión y romper así su soledad radical. Rezo o blasfemia, afirmación de la soledad congénita o el éxtasis del amor dichoso que alcanza su objeto.

En la comunión el poeta descubre la fuerza secreta del mundo (pero) no sólo la descubre y se hunde en ella: la muestra en toda su aterradora y violenta desnudez al resto de los hombres, latiendo en su palabra, viva en ese extraño mecanismo de encantamiento que es el poema.<sup>55</sup>

Entonces su experiencia con lo sagrado deja de ser personal porque se vuelve conciencia sobre el hombre e iluminación sobre la humanidad, la palabra convoca y eleva a los hombres al ins-

---

52 Eduardo Nicol, Formas de hablar sublimes. Poesía y Filosofía, UNAM, México, 1990, p. 8.

53 O. Paz, Las peras del olmo, p. 97.

54 Idem.

55 Idem, p. 100

tante de la revelación y de la participación que la vida rutinaria oculta, pues la poesía nos presenta un trozo de tiempo, el íntimo y personal que es al mismo tiempo el histórico y el social.

Porque es lectura y recitación es participación, entonces el poeta y el lector se convierten en dos momentos de una misma realidad. "Así, el examen del poema nos lleva al de la experiencia poética (...). El mundo de lo divino no cesa de fascinarnos porque, más allá de la curiosidad intelectual, hay en el hombre moderno una nostalgia."<sup>56</sup>

La religión tiene su origen en el sentido de lo sagrado, eso que nos revela algo de nuestra condición esencial, "es conocimiento y sentimiento de la dependencia de una (o de varias) fuerzas personales extramundanas, con quienes entra el hombre en mutua relación".<sup>57</sup> Además, la religión se diferencia de la filosofía porque hay un dios que la filosofía no reconoce. La poesía tiene un origen común con la experiencia religiosa, pues parte de algo que se nos revela y que se apoya también en la palabra poética para ser expresado, es, asimismo, una gracia, algo exterior que desciende sobre el poeta y que habla por su boca a través de las fibras de su alma conmovidas por la experiencia de lo trascendente en contraste con su condición de criatura insertada en el tiempo y en la historia: "La poesía es revelación de la condición humana y consagración de una experiencia histórica concreta."<sup>58</sup>

Son, sin embargo, los golpes de fortuna los que despiertan en el hombre la creencia ancestral en una providencia. Su pa-

56 O. Paz, El arco y la lira, p. 117.

57 Guillermo Schmidt, Manual de historia comparada de las religiones, Espasa-Calpe, Madrid, 1932, p. 18.

58 Paz, El arco y la lira, p. 231.

vor sagrado sólo se despierta ante el misterio, observa su destino implacable, el tiempo que transcurre inexorablemente; se exagera su sentimiento de soledad y lo estremece la idea de que nadie, ni Dios, se ocupa de él. Entonces, Dios es la imagen del misterio; la vida y la muerte descansan en ese misterio como hechos que existen antes de la vida, durante la vida y después de ella.<sup>59</sup>

Solo el hombre y sin seguridad sobre nada, la religiosidad alcanza otra dimensión. "Su fundamento verídico y natural es el sentimiento ético: la certidumbre de la auto-responsabilidad. El hombre es su propia providencia: sólo de él depende su destino esencial",<sup>60</sup> solo y libre en el mundo que a su alrededor se extiende, sabe que ya no hay intimidad con él, y que su reflexión evoca al hombre de la intimidad perdida, la cual no le es extraña pues guarda reminiscencias de ella, "pero esto es justamente lo que le reexpide fuera de un mundo en el que no hay nada que responda a la nostalgia que tiene de ella".<sup>61</sup>

En este mundo, incluso las cosas, sobre las que hace versar su reflexión, están separadas profundamente de él, y los seres mismos están mantenidos en su individualidad incommunicable. Por eso la trascendencia no tiene para él en lo absoluto el valor de una separación, sino de un retorno.<sup>62</sup>

Se ha repetido una y otra vez, dice Ramón Xirau, que vivimos en una época desacralizada y que ésta es una afirmación que merece ser meditada y aclarada.

---

59 Paul Diel, Los símbolos de la Biblia, pp. 18-20.

60 Idem, p. 20. El subrayado es del autor.

61 Georges Bataille, Teoría de la religión, Taurus, Madrid, 1975, p. 78.

62 Idem.

Una de las principales diferencias que separan al hombre moderno del hombre de las culturas arcaicas reside precisamente en la incapacidad en que se encuentra el primero de vivir la vida orgánica como un sacramento. "No son más que actos fisiológicos para el hombre moderno, mientras que para el hombre de las culturas arcaicas son sacramentos, ceremonias cuyo intermediario sirve para comunicar con la fuerza que representa la vida misma."<sup>63</sup>

La sacralidad de la vida orgánica era percibida como una realidad operante que se manifestaba en múltiples mitologías a través de los temas de la vida y la muerte, la fecundidad y todo lo que con ella se relacionara. Su actividad remitía casi sin excepción a otro estado de cosas en el tiempo originario, el mundo giraba alrededor de un eje y el mundo llevaba consigo un orden de renovación, pero esto llegó a su fin y fue sustituido por la forma de ser actual.

La civilización comienza a decaer, opina Emile Cioran en su Breviario de podredumbre, a partir del momento en que la Vida se convierte en su única obsesión. Y éste es el problema de nuestra sociedad, existir y durar, conservarse o extinguirse antes que admitir un cambio.

El hombre religioso es para Eliade el que asume un modo de existencia específico en el mundo, es el hombre que cree en una realidad absoluta, en lo sagrado, en algo que trasciende a este mundo pero que en él se manifiesta y lo hace real, el que cree que la vida tiene un origen sagrado y que la existencia humana actualiza todas sus potencialidades en la medida en que participa de esa realidad. Mientras que el hombre no religioso es el que vive en la relatividad de la "realidad", rechaza la trascen-

---

63 M. Eliade, Tratado de historia de las religiones, p. 54.

dencia y hasta duda del sentido de la existencia o, más aún, de que lo tenga; es, además, el que se reconoce como agente de la historia y no acepta modelo de humanidad fuera de la condición humana, que se hace a sí mismo y es más libre en la medida en que mata al último dios.<sup>64</sup>

Para Caillois esta desacralización ha sido el producto de las exigencias de la vida profana que exige cada vez más del individuo para que la sociedad funcione conforme a ciertos intereses y que lo sagrado se reserve para la vida privada; esto trajo el divorcio de lo espiritual y de lo temporal. Entonces lo sagrado pasó a significar algo ajeno a lo religioso y significó aquello a lo que uno se consagra, lo que venera y a lo que le sacrificaría su existencia. Esto pasó a ser el núcleo cerrado de lo personal, lo que nadie tolera que se le discuta o toque: el dinero, la bebida, las mujeres, la patria, el trabajo, la vida familiar... lo que se confunde con la fe del creyente porque la actitud es la misma, entrega y abnegación, compromiso incondicional con aquello en lo que se cree. Y lo profano se vuelve todo lo demás que uno sí juzga, pone en duda, discute, de lo que sí se habla y hasta de lo que se ríe y lo que no constituye en su vida un fin.<sup>65</sup>

Pero quien regula su conducta y adhiere su ser a un principio se construye un ambiente. Lo sagrado ahora se presenta bajo nuevas formas, invadiendo el terreno de la ética y transformando en valores absolutos nociones como la honradez, la fidelidad, la justicia, el respeto a la verdad y la palabra empeñada, porque significan la renuncia a otras ambiciones y la consagración a una conducta.

---

64 M. Eliade, Lo sagrado y lo profano, pp. 170-171.

65 R. Caillois, El hombre y lo sagrado, pp. 151-153.

Lo sagrado y lo profano como deberían ser entendidos, en función de espacios sacros y profanos, virtud y mancha, la fiesta, el rito y la consagración del mundo, no resisten el cambio y degeneran. Sin embargo, lo sagrado subsiste aunque sea bajo otras formas en la medida en que el hombre no se libera del todo psíquicamente y necesita valores que substituyan a los ritos y que le garanticen la vía hacia lo sagrado, pues lo sagrado es lo que compromete la existencia, lo que separa al hombre de sus semejantes en cuanto a que lo aleja de las preocupaciones vulgares, lo hace salvar obstáculos y peligros y lo introduce en otra dimensión del mundo. Ciertamente que entonces se encuentra encerrado en sus propios límites y vislumbra algo que no puede aprehender: él mismo.

Las épocas de decadencia --y un ejemplo es la nuestra-- se caracterizan por la desorientación angustiada con relación a los valores éticos, los cuales incluso pueden ser negados o falsificados. Esto mismo puede ser, sin embargo, lo que renueva la reflexión sobre el sentido de la vida y lo que recrudezca en algunos individuos el impulso de superación que los libere de la desorientación reinante, además de lo que los ayude a reencontrar y reafirmar valores que les devuelvan cierta lucidez perdida acerca de sí mismos.<sup>66</sup> Para el hombre religioso lo que puede entonces reafirmarse es su sentido de la sabiduría y de la voluntad de Dios, la iluminación por medio de la fe vivificante para el esclarecimiento del sentido de la vida que atraviesa por el esclarecimiento del hombre y la lucidez acerca de sí mismo.

Para Norberto Bobbio la filosofía de nuestro tiempo es la filosofía de la existencia por la razón de que es la filosofía

66 Cf. Paul Diel, op. cit., p. 286.

de la crisis y la crisis es la manera de ser de nuestra situación espiritual: mil verdades indiferentes, la apatía frente a los valores y la entrega a la corriente de la sociedad y de las cosas.<sup>67</sup> Y añade:

Puede decirse, en general, que en la raíz de una crisis espiritual se halla el hecho del menoscabo de una autoridad, de algo colocado en el centro de toda manifestación del espíritu como principio constitutivo de las explicaciones teóricas y como criterio regulativo de las valoraciones prácticas. El mundo de hoy ya no reconoce en el campo de la teoría ni de la conducta ninguna de las soberanías espirituales que, de tiempo en tiempo, se van colocando en el vértice del saber como puntos de sostén y como guías de dirección, y a los cuales se recurre en última instancia para cerrar con una sentencia definitiva, o aceptada como tal, el camino abierto por el inexorable proceso crítico del saber.<sup>68</sup>

Frente a la crisis, sin embargo, pueden tomarse varias actitudes, entre ellas la de quien acepta el desorden y se lanza al aniquilamiento "como una pena que hay que expiar hasta la destrucción de nosotros mismos"<sup>69</sup> o la de quien hace de la crisis un trampolín para un salto hacia adelante. Dentro de esta última esfera se halla Jaime Sabines.

Para Norberto Bobbio:

Toda una experiencia cultural, nueva, difundida particularmente en la poesía y en el arte, ha expresado en las formas más diversas y visibles esta actitud de autodenigración, formas ora altamente sugestivas ora polémicamente audaces; la misma dio origen, a fines del

---

67 N. Bobbio, El existencialismo, p. 14.

68 Idem, p. 17.

69 Idem, p. 20.

siglo pasado y a comienzos de éste, a un gusto y a un hábito que tanto partidarios como adversarios --los unos con aire de desafío, los otros con propósito de escarnio-- han bautizado con un nombre que después han reconocido para aceptarlo o para cabiarlo: decadentismo.<sup>70</sup>

En este sentido, la poesía de Jaime Sabines es un esfuerzo de interpretación de la realidad, un acercamiento a los problemas de un país en crisis provocada por una época que creyó en el milagro, pero que no asentó bien sus bases y que empezó a ver las consecuencias de sus fallos en la década de los sesenta y la agudización de la crisis en los años setenta. Este tiempo se convierte en el humus sobre el que constituye sus ideas y en el que reafirma sus creencias.

A través de la carga emocional que predomina en él como hombre y como poeta proyecta el haz de sus preocupaciones sobre el mundo contemporáneo frente al cual se siente tan responsable como afectado.

Su expresión encuentra su cauce muchas veces en la nostalgia que cede al pesimismo (a veces cinismo) definido o determinado por el clima espiritual y social de una generación que vuelve los ojos y se pregunta a dónde fueron los buenos tiempos. Sabines busca una respuesta y muchas veces se topa con la caducidad de muchas perspectivas; los valores fugaces de una juventud que en sus primeros libros sintió cómo se le escapaba se expresaron con dolor y con rebeldía, y en los últimos libros como una resignación dolida acosada por la duda:

---

70 Idem, p. 21.

Con ganas de llorar, casi llorando,  
traigo a mi juventud, sobre mis brazos,  
el paño de mi sangre en que reposa  
mi corazón esperanzado.

Débil aquí, convaleciente, extraño,  
sordo a mi voz, marcado  
con un signo de espanto,  
llego a mi juventud como las hojas  
que el viento hace girar alrededor del árbol.

Pocas palabras aprendí  
para decir el raro  
suceso de mi estrago:  
sombra y herida,  
lujuria, sed y llanto.

Llego a mi juventud y me derramo  
en ella como un licor airado,  
como la sangre de un hermoso caballo,  
como el agua en los muslos  
de una mujer de muslos apretados.

Mi juventud no me sostiene, ni sé yo  
lo que digo y lo que callo.  
Estoy en mi ternura  
lo mismo que en el sueño están los párpados,  
y si camino voy como los ciegos  
aprendiéndolo todo por sus pasos.

Dejadme aquí. Me alegro. Espero algo.  
No necesito más que un alto  
sueño, y un incesante trabajo.

(NRF, pp. 66-67)

+++

¿Pude haber vivido de otro modo? Si pudiera recomenzar,  
¿lo haría?

(NRF, p. 283)

y se refugia en esa nostalgia como una seguridad aparente que  
lo salva del presente disperso, incierto, caótico:

Allí había una niña.  
En las hojas del plátano un pequeño  
hombrecito dormía un sueño.  
En un estanque, luz en agua.  
Yo contaba un cuento.

Mi madre pasaba interminablemente  
alrededor nuestro.  
En el patio jugaba  
con una rama un perro.  
El sol --qué sol, qué lento--  
se tendía, se estaba quieto.

Nadie sabía qué hacíamos,  
nadie, qué hacemos.  
Estábamos hablando, moviéndonos,  
yendo de un lado a otro,  
las arrieras, la araña, nosotros, el perro.  
Todos estábamos en la casa  
pero no sé por qué. Estábamos. Luego el silencio.

Ya dije quién contaba un cuento.  
Eso fue alguna vez porque recuerdo  
que fue cierto.

(NRP, p. 38)

pero que dura lo que tarda la realidad en metérsele otra vez  
por los ojos. Sabines no es ajeno a los problemas del diario  
acontecer de la vida cotidiana, ni lo es a los problemas que  
ocurren en el mundo: Corea, Vietnam, el París o el México del  
68 lo golpean hasta derrumbarlo y ponerlo de frente con su pro-  
pia ceguera que es culpa y complicidad ante los hechos:

Le vendí al diablo,  
le vendí a la costumbre,  
le vendí al amor consuetudinario,  
mi riñón, mi corazón, mis hígados.  
Se los vendí por una pomada para los callos,  
y por el gusto,  
y por sentirme bien.

Nadie, desde hoy, podrá decirme  
poeta vendido.  
Nadie podrá escarbar y jalarme los huesos.  
Estoy con la República de China Popular.  
Le curo las almorranas a Neruda,  
escupo a Franco.  
(Nadie podrá decir que no estoy en mi tiempo.)  
Detrás del mostrador soy el héroe del día.  
Yo soy la resistencia. Oídme.  
Soporto el hundimiento.  
Desde el balcón nocturno miro al sol.  
Desde la empalizada submarina.

(NRP, p. 114)

Esta nostalgia se mezcla con la cautela ante el presente en relación con el pasado, la infancia y la vida familiar, la ciudad que fue habitable y ahora mira desfigurada por la tecnología; esto se convierte muchas veces en un ejercicio narcisista en apariencia, porque el fin es el retorno a la realidad: retorna a la infancia donde creía que reinaba el Paraíso y el terruño era la seguridad que se le vuelve añoranza histórica y añoranza social también por las formas anteriores del cosmos y de la familia.

En el presente se duele de que la familia ya no es el modelo reproductivo y patriarcal que era.

A lo largo de su Nuevo recuento de poemas Sábines retrata los diferentes matices nostálgicos de toda una generación coyuntural de una época de paso de la industria a la postindustria; por su obra transitan las figuras familiares de nuestro mundo industrializado, los pequeños empresarios, tenderos, vendedores, técnicos... las ciudades grandes y las pequeñas, así como los empleados de nivel medio, los burócratas, las amas de casa, las criadas y hasta los poderosos, los intelectuales... todos los que anhelan y los que fracasan, así como la comunidad revolucio-

naria, los conservadores, los entusiastas de la vida natural y al natural. Las diferentes formas de la disidencia frente al presente que hablan de una falta de confianza frente al futuro.

Sabines es el personaje de un drama cultural, él mismo es protagonista de su poesía, pero su nostalgia no es un sentimentalismo carente de crítica, sino del reconocimiento de que vamos de mal en peor. Su voluntad de disidencia es expresión de búsqueda, pues la búsqueda de la justicia social es el denominador de su crítica y de su protesta. No es voluntad de grito, sino de llamada de atención y confesión de su propia complicidad o

será como el que tiene hambre y  
sueña, y parece que come, mas .  
cuando despierta, su alma está vacía...

como dice citando a Isaias (29, 8) en el epígrafe que ampara a sus poemas de Horal.

Por esto, su expresión halla también su cauce natural, aparte de los profetas, en ciertas filosofías existencialistas, básicamente en Heidegger, en Kierkegaard y en Marcel. Bobbio recuerda en su libro que el existencialismo es el producto tardío o póstumo del decadentismo en el campo del pensamiento, donde encuentra su afirmación teórica.

Este camino es el existencialismo, el cual se presenta como aquella filosofía que, consciente y abiertamente, a la esperanza opone la desesperación, a la consecución de la meta el naufragio final, a la continuidad del ser la quiebra entre ser y existencia, a la coherencia del pensamiento racional lo inconsecuente y huidizo de un estado de ánimo, al gozo inefable frente al ser la angustia frente a la nada, en suma a la fe del espíritu creador del hombre, que es propia del idealismo y del positivismo, la incredulidad y la voluntad de destrucción.<sup>71</sup>

A la actitud que adopta su generación, Sabines opone una propuesta de reivindicación a través del modelo judeocristiano: re- vitalizar la palabra bíblica, devolverle a la vida un sentido y convertirla en práctica liberadora.

Cristo no tuvo madre. Lo digo como lo dicen los mexica- nos, porque en realidad no tuvo ni madre, ni padre, ni hijos, y de este modo no es difícil ser dios.

No te ensucies el alma con este mugroso amor terres- tre a tu mujer que pelea, a tus padres que regañan, a tus hijos que no agradecen, a tus hermanos que traicio- nan, a tus amigos que olvidan: dedícate al divino amor de todos, al acuoso amor que perdona las ofensas no re- cibidas y la gloriosa crucifixión.

(NRP, p. 279)

Muchas veces su sinceridad llega al grado del enfrentamiento doloroso consigo mismo:

HE REPARTIDO mi vida inútilmente entre el amor y el de- seo, la queja de la muerte, el lamento de la soledad. Me aparté de los pensamientos profundos, y he agredido a mi cuerpo con todos los excesos y he ofendido a mi alma con la negación.

Me he sentido culpable de derrochar la vida y no he querido quedarme en casa a atesorarla. Tuve miedo del fuego y me incineré. Amaba las páginas de un libro y co- rría a las calles a aturdirme. Todo ha sido superficial y vacío. No tuve odio sino amargura, nunca rencor sino desencanto. Lo esperé todo de los hombres y todo lo obtu- ve. Sólo de mí no he sacado nada: en esto me parezco a las tumbas.

(NRP, p. 283)

Sabines es un hombre heideggeriano que afronta su libertad, pero como una libertad para la muerte; acorde con su existencialis- mo, lleva hasta la exasperación el motivo romántico de la per-

sonalidad humana, la atormentada búsqueda del "yo" que parte de la revelación y de la confesión que revive el motivo bíblico de la caída. Como Kierkegaard cuando se enfrenta a las enseñanzas del cristianismo, encuentra que el pecado engendra la muerte y el sufrimiento. Para Sabines la interpretación de los textos bíblicos obedece al deseo de hallar palabras autoritarias acerca de nuestra existencia, además de consuelo e iluminación; la Biblia es una posibilidad de comprender la existencia de la humanidad, pues es la palabra de Dios dirigida a sus criaturas; Heidegger, la posibilidad de acercarnos al problema del ser y de su situación con respecto al tiempo, de este existir que es un estar en el mundo; Kierkegaard, el ejercicio de la libertad para llegar a ser personas, pues vivir es solamente elegir: "no vivimos en absoluto a menos que libremente queramos hacerlo".<sup>72</sup>

Sabines cree que la naturaleza no vale por lo que se aprehende de ella, pues en este sentido es desesperadamente gris y convencional, sino que vale en función de lo que revela, de lo que es no como realidad sino como símbolo. La libertad esencial del hombre frente a la vida la da la realidad de la muerte, que es libertad para elegir el tipo de vida que se quiere:

Esta mañana imaginé mi muerte:  
despeñado en el coche o de un balazo.  
Me tuve lástima. Lloré por mi cadáver un buen rato.  
Hablé, luego, de vacas, del gobierno,  
de lo cara que cuesta ahora la vida,  
y me sentí mejor, un poco bueno.  
Iba a decirte que estoy realmente enfermo.  
Como sin piel, herido por el aire,  
herido por el sol, las palabras, los sueños.  
Se me ha trepado en la nuca un cabrón diablo  
y no me deja quieto.  
Ulcerado, podrido, hay que vivir  
a rastras, a gatas, apenas, como puedo.

(NRP, pp. 215-216)

<sup>72</sup> James P. Curse, Muerte y existencia, FCE, México, 1987, p. 494.

La muerte moral también es un resultado de la crisis, de ese estado de caída en que el hombre se encuentra desde un principio y por lo general, como diría Heidegger,<sup>73</sup> sin que haya habido decisión de su parte. Pero para Sabines permanecer en ese estado o buscar la salida es una decisión: convertirse en el hombre banal o en el Hombre, con el significado de quien consigue superar esa banalidad y reconciliarse con la existencia, ya que "El hombre banal es aquel que no se encara con el problema sino que lo esquivava, y al esquivarlo presume haberlo resuelto".<sup>74</sup>

Sabines no asume la existencia del hombre banal, sino que afronta su existir y con él la muerte, lucha por separarse de la muchedumbre y llegar a ser "singular", es decir, por ser "él mismo": "inconfundible con otros y en comunicación 'existencial', es decir, realmente integradora con los demás"<sup>75</sup> que deben ser considerados como "mismos".

Sabines busca su integración en la soledad, sufre a esta última, pero intenta superarla; sabe que está solo también a causa de sí mismo, aunque comprende que a través de esa soledad es posible recuperar su propia autenticidad y que en la medida en que lo consiga tendrá algo que ofrecer a los otros, esos "mismos" junto a los cuales es posible moldear el destino.

Soledad, márcame con tu pie desnudo,  
aprieta mi corazón como las uvas  
y lléname la boca con su licor maduro.

(NRP, p. 60)

El momento peor del enfrentamiento con la verdad es cuando

---

73 N. Bobbio, op. cit., p. 57.

74 Idem, p. 58.

75 Ibid, p. 60.

se llega a la conclusión de que la vida que se hizo no fue sino una intrascendencia, lo cual debe ser entendido con el sentido cristiano que es también el kierkegaardiano: la vida personal es algo que, paradójicamente, sólo podemos dar a los otros, pero únicamente como un don que puede ser recibido en tanto que continuemos dándolo. La vida recibida para conservarla es el vacío y la inutilidad de la existencia, la nada, la no vida:

No me vuelvan a hablar de los hombres. Mi rencor es infinito: nada pude darles.

(NRP, p. 268)

Sabines se aparta, como Kierkegaard, de la muchedumbre --la no verdad-- y busca lo singular. Cree firmemente que "Quien se abandona a la multitud está perdido, ya que a nadie le está cerrada la posibilidad de devenir un 'singular', sino a aquellos que por sí mismos se la cierran al querer ser muchedumbre":<sup>76</sup>

Habría que bailar ese danzón que tocan en el cabaret de  
abajo,  
dejar mi cuarto encerrado  
y bajar a bailar entre borrachos.  
Uno es un tonto en una cama acostado,  
sin mujer, aburrido, pensando,  
sólo pensando.  
No tengo "hambre de amor", pero no quiero  
pasar todas las noches embrocado  
mirándome los brazos,  
o, apagada la luz, trazando líneas con la luz del cigarro.  
Leer o recordar,  
o sentirme tufo de literato,  
o esperar algo.  
habría que bajar a una calle desierta  
y con las manos en las bolsas, despacio,

---

76 N. Bobbio, op. cit., p. 76.

caminar con mis pies e irles diciendo:  
uno, dos, tres, cuatro...  
Este cielo de México es obscuro,  
lleno de gatos,  
con estrellas miedosas y con el aire apretado.  
(Anoche, sin embargo, había llovido,  
y era fresco, amoroso, delgado.)  
Hoy habría que pasármela llorando  
en una acera húmeda, al pie de un árbol,  
o esperar un tranvía escandaloso  
para gritar con fuerzas, bien alto.  
Si yo tuviera un perro podría acariciarlo.  
Si yo tuviera un hijo le enseñaría mi retrato  
o le diría un cuento  
que no dijera nada pero que fuera largo.  
Yo ya no quiero, no, yo ya no quiero  
seguir todas las noches vigilando  
cuándo voy a dormirme, cuándo.  
Yo lo que quiero es que pase algo,  
que me muera de veras  
o que de veras esté fastidiado,  
o cuando menos que se caiga el techo  
de mi casa un rato.

La jaula que me cuente sus amores con el canario.  
La pobre luna, a la que todavía le cantan los gitanos,  
y la dulce luna de mi armario,  
que me digan algo,  
que me hablen en metáforas, como dicen que hablan,  
este vino es amargo,  
bajo la lengua tengo un escarabajo.

¡Qué bueno que se quedara mi cuarto  
toda la noche solo,  
hecho un tonto, mirando!

(NRP, pp. 56-57)

A pesar de que Sábines expresa frecuentemente el sentimiento de la pérdida de Dios, difiere de muchos existencialistas que como Sartre pierden a Dios y llegan a la conclusión de que es inútil buscarlo:

A ti, Dios, acudo,  
para rayarte la espalda terca  
y pegarte en la oreja hasta que vuelvas a verme,  
padre mío, justo.

(NRF, p. 155)

Sabines cree que la naturaleza del hombre es esencialmente nacimiento, un hacerse todos los días; con frecuencia recurre a la metáfora del "recién nacido", a los "ojos de tres meses" o al hombre adánico que abre la mirada al mundo por vez primera todos los días y todos los momentos:

Al pie del día,  
de la mano de una madre estelar,  
mi corazón sonríe y espera.  
Como esos niños de ojos grandes y misteriosos,  
tocado de gracia, mi corazón  
mira en las cosas las profecías cumplidas.  
Dueño de mi corazón que me sostiene,  
estoy pensando en el riguroso vivir  
mientras la hora desciende hasta la soledad radical  
de mis huesos sobrevivientes.  
Esta es mi substancia comunicada,  
ni dentro ni fuera de mí, yo mismo,  
un mismo aire, yo, surtidor del mundo.  
Soy exacto en el contorno de todas las cosas,  
aunque a veces sólo sé que soy un hombre,  
este hombre, esta limitación.

(NRF, pp. 148-149)

Cree que la muerte es la única posibilidad que le es propia y que nadie puede sustituirlo en esta experiencia, la cual lo hace sentir piedad y amor por los otros; cree, además, que de no olvidarlo depende la salvación de su propia existencia.

Ando buscando a un hombre que se parezca a mí

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

para darle mi nombre, mi mujer y mi hijo,  
mis libros y mis deudas.

Ando buscando a quién regalarle mi alma,  
mi destino, mi muerte.

¡Con qué gusto lo haría,  
con qué ternura me dejaría en sus manos!

(NRP, p. 161)

Para Sábines, la vida es el reconocimiento de un destino frente al cual se realiza la libertad; ésta consiste en separarse de la vida anónima de la muchedumbre y asumir la humanidad para consumirla por decisión como algo que se entrega.

Igual que para Kierkegaard, en su alma se abre paso frecuentemente la analogía entre el amor paterno y el amor divino; esto le da la seguridad de que el verdadero hogar del hombre no es otro que la fe en el amor paternal de Dios por los hombres.<sup>77</sup> La nostalgia por volver al hogar se puede resolver con el retorno al amor de Dios, el verdadero ombligo del mundo para el hombre que busca un punto de apoyo en la realidad. Si este amor se transfigura en todas las relaciones, se habrá conseguido liberar a la vida del seno de la muerte en que la hemos colocado.

---

77 Cf. J. Collins, El pensamiento de Kierkegaard.

II. EL CONOCIMIENTO QUE NOS ENTREGA EL NUEVO RECuento DE POEMAS

## 1. El catolicismo de Jaime Sabines. Religión y moral

---

Hasta ahora, hemos visto cómo de la realidad despojada de ideales surge para Sabines "la señal", la percepción de una situación humana, de una experiencia de la vida como una situación límite --la muerte, la culpa, el acaso, la desconfianza que despierta el mundo, por ejemplo-- por el que ésta atraviesa a otra dimensión y se resimboliza. Creo que éste es el hilo conductor de sus poemas: la actitud frente a la vida que la revela y devela y donde el arte, la poesía, es concepción religiosa del mundo que parte de la categoría a priori de lo sagrado.

Estamos siempre en situaciones. Las situaciones cambian, las ocasiones se suceden. Si éstas no se aprovechan, no vuelven más. Puedo trabajar para hacer que cambie la situación. Pero hay situaciones por su esencia permanentes, aun cuando se altere su apariencia momentánea y se cubra de un velo su poder sobrecogedor: no puedo menos de morir, ni de padecer, ni de luchar; estoy sometido al acaso, me hundo inevitablemente en la culpa. Estas situaciones fundamentales de nuestra existencia las llamamos situaciones límites. Quiere decir que son situaciones de las que no podemos salir y que no podemos alterar.<sup>1</sup>

Creo que no es posible olvidar que quienes habitamos este país, creyentes o no, nos hemos desarrollado bajo la sombra de una tradición católica y que frente a ciertas situaciones en el mundo, las enseñanzas de una doctrina casi olvidada cobren de nuevo vigencia. Marcados por el síndrome del progreso y la mo-

---

<sup>1</sup> Karl Jaspers, La filosofía desde el punto de vista de la existencia, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 17

ternidad hemos olvidado que el hombre es otra cosa. Continuamente estamos negando el pasado, olvidamos, y volvemos a tropezar una y otra vez con la misma piedra. Nacimos desnudos e ignorantes y morimos de la misma forma, sin llevarnos nada.

¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados  
los brazos y las piernas y la cara,  
arrendados al hoyo, entretenidos  
los jugos en la cáscara?  
¿para exprimir los ojos noche a noche  
en el temblor obscuro de la cama,  
remolino de quietas transparencias,  
descendimiento de la náusea?

(NRP, pp. 240-241)

Nacidos a la vida y a la historia desde el catolicismo español  
e imitando a una sociedad que no es la de nuestro origen,

¿No se explicará así el desgarramiento permanente, la doble vida, la hipocresía, ese horror que es aparentar, simular que estamos de acuerdo con la lógica de la sociedad industrial, con los valores políticos modernos y con la economía neoliberal contemporánea cuando, en realidad, no se corresponden con el mundo en el que hemos nacido y los valores en los que nos hemos formado?

¿Es una casualidad que en una época problemática se volvieran los ojos a un poeta que llevaba ya veinte años produciendo una obra que nos invitaba a reflexionar sobre estos hechos? Horas es ya la búsqueda de un rumbo, el planteamiento de una problemática, la reflexión y las preguntas frente a ciertas constantes que permanecerán a lo largo de toda su obra. En este libro reina la sen-

sación de lo impalpable, la no pertenencia, la ajenidad, serse extraño a sí mismo, que todo le sea extraño, llegar a habitar un mundo ancestralmente habitado del que no se tenía noticia y verse en él insertado de pronto. La preocupación social Sabines la explica mediante la percepción de un fatalismo de raíz bíblica y cristiana. A los códigos que rigen a nuestra sociedad "moderna" traspone los del mundo bíblico: Job doliente, Dios traicionado en su Alianza, Adán caído en el sufrimiento y en el trabajo, en el tiempo y la muerte.

Su material poético es la vida misma en acción en sus momentos de crisis, cuando un modo de actuar se ha vuelto ya inoperante, cuando la vida cotidiana no solamente choca contra lo que es sino también contra la realidad autoritaria y autócrata de un Estado intolerante que lleva a un Tlatelolco 68 y, más lejos, otro que lleva a Cuba, a Vietnam, a China... a volver los ojos y recordar Río Blanco y Cananea.

Como Jeremías (6, 16), Sabines aconseja hacer un alto en el camino y preguntar por las sendas de antes, seguir las para hallar la paz en el alma:

Yo quiero cantar algún día esta inmensa pobreza de nuestra vida, esta nostalgia de las cosas simples, este viaje suntuoso que hemos emprendido hacia el mañana sin haber amado lo suficiente nuestro ayer.

(NRP, p. 127)

Sabines "ve" en la realidad otra subyacente que le permite transformar las imágenes y escenas de la vida exterior en una unidad donde confluyen los valores y sentidos profundos de la vida cristiana. Por otro lado, el fundamento religioso es el sostén de la cultura de cada pueblo, y el nuestro está fundado

en las escrituras judeocristianas del Antiguo y el Nuevo Testamento, en los mitos del Génesis, la Caída y la Resurrección.

Sabines apela a esta mitología para poder hallar una respuesta, y encuentra que el sufrimiento es causa de sus acciones cuyas consecuencias recibe tarde o temprano, que debe detenerse a examinar su vida y comprender que el sufrimiento también tiene la acción positiva de la expiación que trae el perdón de Dios y la transformación de la vida.

En el artículo ya citado, González Pedrero trata algunas otras cuestiones presentes todos los días, pero olvidadas de tan cotidianas y en las que es posible que muchos de nosotros nunca nos detengamos a reflexionar.<sup>3</sup> Se trata del hecho de una cultura engendrada en el protestantismo, con apoyo en la tecnología, difundida de manera tan aplastante que otras manifestaciones de cultura casi se han borrado ante la presencia pulverizante de ésta, que bien podría afirmarse que ha pasado a ser la cultura universal. La uniformidad del mundo es preocupante y para González Pedrero es la oportunidad de regresar a temas más hondos planteados por el protestantismo contemporáneo que arranca con Kierkegaard y su concepto de la angustia. Angustia que es también el punto de arranque de las percepciones de Sabines ante la realidad uniforme y carente de otros ideales que no sean los del progreso.

Esta angustia kierkegaardiana, propia también de Sabines, debe entenderse en el mismo sentido que le daba el filósofo danés o con el sentido de la inquietud de Marcel, que no es en ninguno de estos casos simple aprensión o temor ante el porvenir inmediato que a menudo experimenta el más cotidiano de los hombres, sino en el sentido de lo que destruye los cimientos de la falsa seguridad y nos obliga a interrogarnos sobre nosotros mismos y ver la necesidad de una superación existencial. Esta angustia sigue in-

3 Véase la nota 2 de este capítulo.

mediatamente de la toma de conciencia de la ambigüedad fundamental, de que no somos nunca totalmente lo que creemos ser, sino que en nosotros hay una mezcla asombrosa de finito e infinito, tiempo y eternidad, necesidad y libertad.

Kierkegaard percibió muy bien que si el hombre no fuera pecador no conocería la angustia. Y así es, ya que el pecado ha quebrantado la unidad del ser, ha puesto la división en lo más profundo de nuestro yo espiritual.<sup>4</sup>

En Sabines se da el mismo proceso que en estos filósofos para poder llegar a una verdad, cree en los mismos dogmas y profesa la misma doctrina cristiana que los lleva a concluir que la existencia no es otra cosa que una tarea, de la que dice Kierkegaard:

Debe inventarse a sí misma en cada instante de su duración. Si no tomamos en serio esta tarea, si no orientamos y dirigimos nuestro devenir, sufriremos pasivamente las leyes biológicas, psicológicas, morales, sociológicas, en lugar de servirnos de ellas en función de nuestro proyecto existencial. De ahora nos convertiremos en esclavos.<sup>5</sup>

Sabines se llama a sí mismo, se busca en el río revuelto de lo cotidiano, perdido entre sus propios límites; se afirma diferente, pero extraviado:

La mujer gorda, Tarumba,  
camina con la cabeza levantada.  
El cojo le dice al idiota: Te alcancé.  
El boticario llora por enfermedades.  
Yo los miro a todos desde la puerta de mi casa,

---

<sup>4</sup> Ignace Lepp, Filosofía cristiana de la existencia, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1965, pp. 95-96.

<sup>5</sup> Idem., p. 29.

desde el agua de un pozo,  
desde el cielo,  
y sólo tú me gustas, Tarumba,  
que quieres café y que llueva.  
No sé qué cosa eres,  
cuál es tu nombre verdadero,  
pero podrías ser mi hermano o yo mismo.  
Podrías ser también un fantasma,  
o el hijo de un fantasma,  
o el nieto de alguien que no existió nunca.  
Porque a veces quiero decirte: Tarumba,  
¿en dónde estás?

(NRP, p. 95)

Como Marcel, descubre en el corazón de la existencia la exigencia de la Trascendencia que no es simple superación sino que apunta a la Trascendencia absoluta, que tiene por nombre Dios y que no es el Dios de los filósofos sino el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Jesucristo.<sup>6</sup> Esta reflexión lo vuelve más que nunca al sentimiento del hombre arrojado-al-mundo, dislocado y dividido, enfrentado a la angustia que tiene por misión restablecerlo en su unidad que el pecado ha roto y hacerlo pasar de lo cotidiano inauténtico a la existencia auténtica.

Creo que podría afirmarse que a partir de Tarumba las percepciones que en los libros anteriores estaban presentes, empiezan a echar raíces más robustas y concretas en esta realidad del aquí-ahora. Continuamente Sabines opone al triunfalismo de nuestra época otra realidad con fundamento en la carne del hombre que no consigue abolir la vejez, la soledad, la muerte, el desamor al que lo conduce lo cotidiano inauténtico; se coloca una y otra vez frente al espejo de su conciencia de clase, su "ideología" frente a la cual su vida es un sinsentido y un absurdo. Sabines sabe que él

---

6 Idem., p. 88

también ha sido tragado por las convenciones y ataca los fundamentos de una existencia basada en pretensiones de ética universal, en realidad carente de moral y enajenada y frente a la que se siente ridículo:

Los días inútiles son como una costra  
de mugre sobre el alma.  
Hay una asfixia lenta que sonríe,  
que olvida, que se calla.  
¿Quién me pone estos sapos en el pecho  
cuando no digo nada?  
Hay un idiota como yo andando,  
platicando con gentes y fantasmas,  
echándose en el lodo y escarbando  
la mierda de la fama.  
Puerco de hocico que recita versos  
en fiestas familiares, donde mujeres sabias  
hablan de amor, de guerra,  
resuelven la esperanza.  
Puerco del mundo fácil  
en que el engaño quiere hacer que engaña  
mientras ácidos lentos  
llevan el asco a la garganta.  
Hay un hombre que cae días y días  
de pie, desde su cara,  
y siente que en su pecho van creciendo  
muertes y almas.  
Un hombre como yo que se avergüenza,  
que se cansa,  
que no pregunta porque no pregunta  
ni quiere nada.  
¿Qué viene a hacer aquí tanta ternura fracasada?  
¡Díganle que se vaya!

(NRP, pp. 67-68)

En el Nuevo recuento de poemas aflora frecuentemente el sentimiento de culpa, el dolor de no haber escapado al oprobio moderno de ponerle un precio a las cosas:

A la casa del día entran gentes y cosas,  
yerbas de mal olor,  
caballos desvelados,  
aires con música,  
maniqués iguales a muchachas;  
entramos tú, Tarumba, y yo.  
Entre la danza. Entra el sol.  
Un agente de seguros de vida  
y un poeta.  
Un policía.  
Todos vamos a vendernos, Tarumba.

(NRP, p. 94)

Sabines quiere salvarse de la frivolidad, mira el tiempo que habita, los juegos en que está inmerso, la fugacidad de la vida y las cosas que lo rodean, el trayecto de la cuna al sepulcro y el olvido que vendrá frente a quien no ha hecho otra cosa de su vida que vivirla inauténticamente:

En medio de los remolinos, Tarumba,  
quisiera escribir mi testamento:  
te dejo a ti la virtud que no tengo,  
a ti mi cabellera,  
a ti mi primer libro,  
a ti mis uñas.  
Estoy tan definitivamente ahito,  
tan envenenado, tan podrido,  
tan cayéndome en costras,  
que no quiero ya un pedazo de esta vida feliz  
ni un trozo de eternidad para roer.  
En medio de estos remolinos otra vez,  
sacudido de cóleras inútiles,  
hundido en el estiércol inefable,  
minuciosamente asesinado,  
me acuesto a las seis de la tarde pensando en las horas  
que vienen.  
Oigo una gota, tomo un trago,  
pienso en el cadáver que haría,  
me estiro.

¿Qué testamento escribiré algún día?  
No te dejo nada.  
Te dejo nada más mi entierro.

(NRP, pp. 112-113)

Su obra significa una toma de conciencia del "yo" en el mundo y el descubrimiento del valor del destino individual, el de la conciencia moral, la necesidad de la perfección espiritual frente al enigma del mundo, un acercamiento al problema del bien y del mal, el origen y el fin del hombre, el problema de la libertad y sus encrucijadas, todo enmarcado en una cotidianidad que no ofrece salidas y cuyo único destino es la muerte.

Sus conceptos de la moral arrancan de la Biblia básicamente y adquieren vigencia nuevamente merced a la atmósfera de injusticia y rudeza que hace al poeta sentir que igual que los profetas clama en un tiempo adverso frente al que propone la persecución de lo grande y de lo bello como primer paso que cada quien debe dar para cambiar el rumbo de su vida. En general, todo el Nuevo recuento de poemas está cuajado de sentencias y máximas de tono u origen bíblico que proponen la persecución de una moral superior y la reflexión sobre el presente, básicamente acerca del hecho de que ningún acto nuestro es independiente ni se pierde en el olvido --ni en lo moral ni en lo físico-- sino que todo repercute y todo fecunda. Si hay un deseo de proponer esta moral aunque no olvida la libertad esencial del hombre para tomar o dejar lo que él propone y que ofrece como un producto de sus reflexiones que proceden de una concepción del mundo basada en la Palabra, así como en las Escrituras.

Su conocimiento de Dios es un conocimiento de fe pues sabe que sólo puede conocerlo en virtud de una convicción que le permite

aceptar el milagro a partir de una revelación que lo reduce a una dimensión de criatura dependiente y nula. Frente a lo majestático y numinoso se define como polvo y nada, impotencia y fugacidad camino de la desintegración. Esta concepción del hombre como agua y sombra, humo y aliento, parte de la literatura hebrea donde son sinónimos de la fragilidad humana, es, además, la misma concepción del Eclesiastés: "Todo es vanidad de vanidades" (Eclesiastés 1, 2); todo es falaz, "todo es vanidad y atrapar vientos (1, 14): "Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, como ha venido" (5, 14).

Sabines sigue la moral bíblica de un Dios Santo y Todopoderoso al que opone la impureza del hombre, pues abunda en su obra la conciencia del pecado, a sus ojos todavía lleno de misterio en muchos aspectos, pero indudable y comprobable ante las fallas cotidianas que a causa de su soberbia el hombre comete. Sabines intuye que lo que separa al hombre de Dios es el pecado, porque atenta contra la justicia, el amor, contra la solidaridad del hombre por el hombre; además, se extiende al género humano, corrompe naciones y se manifiesta incapaz de conversión. Sabines clama por la valoración de la vida y de lo bello en ella como la posibilidad de llegar al amor del bien y, finalmente, entrar por ese medio en relación con Dios. Para él es importante la conversión individual, pues para encontrar a Dios hay que vivir en profundidad, caminar en rectitud, vivir con humildad; renovar la Alianza en la voluntad y en el ejemplo y fomentar la capacidad de perdonar y de vivir en paz en el conocimiento de Dios, aunque insiste siempre en Su naturaleza insondable, pero recalcando que Su silencio es sólo culpa del hombre sordo a la Palabra.

Sabines apela al desarrollo de las capacidades del alma para

aprehender las realidades espirituales: en el orden de la naturaleza, en la vida cotidiana, en la historia... "Dios sólo puede ser visto por su propia luz",<sup>7</sup> pero es necesaria la fe para que se haga palpable Su presencia. Por ello cree también en la virtud redentora del sufrimiento (Salmos) y en la expiación por medio del sufrimiento en el dolor de uno mismo. El sufrimiento causado por el pecado tiene un poder reformador: causa el arrepentimiento. Sólo la fe profunda y la confianza ciega en Dios son un desafío para el sufrimiento, sólo esto elimina el dolor y el arrepentimiento establece un nexo hacia Dios. Un ejemplo de esto pueden ser sus "Poemas de unas horas místicas".

En su obra, Dios es el Dios vivo de Israel, cuya mano actúa en todas partes y cuya cercanía se experimenta en todos los fenómenos de la naturaleza o de la vida; es una realidad que lo abarca y lo penetra todo.

Sabines retoma los paradigmas religiosos de la Biblia como dogmas que aún funcionan en la organización de nuestra sociedad, juega con la antítesis de la naturaleza encadenada a leyes inmutables y el hombre libre en sus elecciones, aborda los problemas metafísicos que están en la Biblia referentes a la definición del hombre como elemento de la naturaleza creada, el TÚ del hombre frente al YO de Dios, y encuentra frecuentemente nexos entre el hombre de hoy y el hombre primigenio. Lejos de repetir episodios bíblicos retoma a los personajes como símbolos que le permiten indagar en el drama humano y adopta frente a la moral, las costumbres corrompidas y la ciudad como el sitio donde se juega el porvenir del hombre y de la humanidad la misma

---

7 Israel I. Mattuck, El pensamiento de los profetas, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 150.

actitud bíblica. Ahora los tiempos patriarcales como los tiempos ideales donde las costumbres colectivas se sobreponían a las individuales y contribuían al buen funcionamiento del mundo en el apego a una moral superior; recobra, como producto de la angustia que lo remite a la idea del hombre despeñado en el tiempo, el tema de la Caída, el de la muerte y la trascendencia y el de la renovación de la Alianza en el amor, y el cumplimiento del destino humano en apego a la Ley, así como el tema de la linealidad de la historia. Parte, también, de la idea de que no es Dios quien se ha alejado del hombre sino al contrario a causa del pecado y que la única manera de volver a Él es por el camino de la Ley y por la renovación de la Alianza.

¿Tiene uno, como la naturaleza, sus estaciones, sus ciclos de vida? En el curso de quince o veinte días pasa una primavera y un verano en el fondo del alma, y luego viene un día violento en que nos quedamos sin hojas, y fríos, e inmóviles.

Alma mía, cosechadora de lo que siembro con el sudor de mi frente, con el frío sudor de mi frente, ¿puedes decirme a que horas nos encontramos, en que sitio desierto vamos a vernos?

El diablo no hace caso de mis citas, y Dios es sordo desde hace tiempo: ven tú, alma mía, testigo mío, dame todo lo que no tienes en tus manos, lo que no te pertenece, tu sonrisa, tus lágrimas.

¿Qué voy a hacer con ello? Nada. Quisiera echarte gasolina encima y prenderte fuego, alma mía. Para recuperarme.

(NRP, p. 133)

Viene, Señor, de todos los días  
una agria memoria  
más lenta, más fuerte, más honda  
que este deseo.  
Viene mi rostro de quince años  
y vienen otras caras y mi cadáver.

A lo largo de todos  
me extendo  
como una vara de humo,  
y mi corazón es largo igual que la música.

Y ahora sigo tu rastro,  
olfateo como un sabueso cansado.

(NRP, pp. 156-157)

El cristianismo tiene sus primeros orígenes en un movimiento judío, aparece al principio como un fenómeno que interesa sólo a la vida religiosa de Israel y que entonces era inconcebible fuera del mundo judío. Pero "Fue el apóstol Pablo quien comprendió más profundamente que la verdad encarnada por Jesús no concierne ya solamente al pueblo simbólicamente elegido, sino a la humanidad entera".<sup>8</sup> Para el cristianismo el destino se halla inscrito en el propio corazón del hombre y la fatalidad está constituida por las pasiones que lo llevan a la perdición.<sup>9</sup> Ahondando en repliegues y rincones recónditos la religión descubre en el hombre la complicidad en el mal, latente en su ser aún antes de que tome conciencia de esto. Esta flaqueza radical es el pecado contra el espíritu, pues es la máscara invertida del amor que atenta contra la caridad, fundamental en la base del cristianis-

---

<sup>8</sup> Paul Diel, Los símbolos de la Biblia, La universalidad del lenguaje simbólico y su significación psicológica, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, p. 289.

<sup>9</sup> Charles Moeller, Sabiduría griega y paradoja cristiana, Juventud, Barcelona, 1963, p. 52

mo, de modo que la otroz soledad del hombre no es sino la deformación de la Palabra de Dios y el olvido de Su Ley, que es el amor. Asimismo, el pecado es el que ha roto la unidad interior y ha arrojado el desorden en el mundo.

El cristiano es el que asume su situación en el mundo, se solidariza con los demás hombres, no se conforma con permanecer al margen sino que mira hacia un mundo mejor, pues nada es más contrario a un cristiano que estar conforme con el "orden establecido", ya que este orden de abajo nada tiene que ver con la Ciudad de Dios, de manera que trabaja contra lo inauténtico y contra lo que lleva en general la marca del pecado.

Igual que para Kierkegaard, puede decirse que Sabines llega a la conclusión de que la fe en Dios es lo que da sentido a nuestra existencia, pero que esta fe no es consuelo sino temor y temblor:

Me dueles.  
Mansamente, insoportablemente, me dueles.  
Toma mi cabeza, córtame el cuello.  
Nada queda de mí después de este amor.

Entre los escombros de mi alma búscame,  
escúchame.  
En algún sitio mi voz, sobreviviente, llama,  
píde tu asombro,  
tu iluminado silencio.

Atravesando muros, atmósferas, edades,  
tu rostro (tu rostro que parece que fuera cierto)  
viene desde la muerte, desde antes  
del primer día que despertara al mundo.

¡Qué claridad tu rostro, qué ternura  
de luz ensimismada,  
qué dibujo de miel sobre hojas de agua!

Amo tus ojos, amo, amo tus ojos.  
Soy como el hijo de tus ojos,  
como una gota de tus ojos soy.  
Levántame. De entre tus pies levántame, recógeme,  
del suelo, de la sombra que pisas,  
del rincón de tu cuarto que nunca ves en sueños.  
Levántame. Porque he caído de tus manos  
y quiero vivir, vivir, vivir.

(NRP, p. 218)

## 1.1. El bagaje bíblico

### a) El Génesis y La Caída

Las causas de la "pérdida del Paraíso" y la "ruptura de la Alianza" son los temas constantes del Antiguo Testamento. El destino de Adán se ha convertido en el símbolo del destino de cada hombre, el cual se cumple durante su vida por la vía de la justicia. Se trata de la responsabilidad del hombre frente a su vida y de su capacidad para elegir entre lo falso y lo verdadero, el bien y el mal, la justicia y la injusticia: Si el hombre escucha al llamado del espíritu, a la supraconciencia ética y a la armonía, la vida de sus sentimientos no se pervertirá.

Para el pensamiento judeocristiano el mundo natural y el histórico no deben ser confundidos con Dios porque Él es substancialmente distinto de ellos; son su dominio, pero no son Él mismo. En la Biblia, Dios y la humanidad no se mezclan, sino que permanecen independientes y unidos sólo por un trato que es la Alianza. Dios creó la naturaleza, pero ésta no es extensión de Su divinidad ya que una vez que la crea se sitúa por

encima de ella. Como el reino de Dios es el reino de lo hablado, el de Su Palabra, Su reino es la historia, pues su propósito es conceptualizar un plan y llevarlo a cabo. Así, la humanidad que Él creó debe cubrir la Tierra y dominarla, pero no debe rendirle culto ni a ella ni a lo que hay en ella.

Dios creó al hombre, pero no le dio el conocimiento de todo, sino sólo el del bien y el mal, es decir, el de cómo debe comportarse en comunidad. Lo creó para que llevara a cabo Su plan y lo hizo libre para decidir el camino a escoger. Conocer la verdad significa descubrir el plan de Dios y creer en él; y hacer la verdad, vivir en ella, significa comprometer la libertad personal en la realización del plan de Dios. Pero para conocer la verdad hay que conocer la Palabra.

Según el Génesis, Adán y Eva quisieron ser como Dios para decidir sobre el bien y el mal, quisieron tomarse a sí mismos por medida y rompieron la relación de amor que Dios había establecido con ellos desde el Principio; negaron el amor de Dios y se Le escondieron. Su pecado fue la soberbia, ésta rompió la armonía entre los hombres: Adán le echó la culpa a Eva, Eva a la serpiente, y entonces se estableció el reinado del más fuerte. Desde entonces el hombre anda errabundo sin entender que sólo la restitución del amor lo devolverá al Paraíso, porque el pecado no está sólo en sus actos sino en su corazón: la injusticia es obra suya y sólo él puede transformar su destino puesto que es libre de hacerlo.

Desde antiguo el pecado original es un pecado de soberbia, el primer hombre quiso definirse y definir su vida sin tomar en cuenta a Dios como una realidad a la que debe dirigir sus acciones, por eso no pudo constituirse independiente, porque no pudo usurpar el lugar de Dios, porque no sabe discernir ni conocer el bien del mal y no puede alcanzar la sabiduría. Para

Sabines ésta es una verdad innegable, una Palabra a la que hay que volver para reconstruir la vida corrompida y dotarla de un sentido, pero bajo una guía que la propia experiencia nos muestra, la de lo inmanente, la de lo eterno, lo supremo que no nos es dado comprender pero sí sentir y "conocer". El hombre no puede, no debe, constituirse en norma última de actuación porque es imperfecto, mortal y finito; porque es ignorante no puede alcanzar la autonomía moral.

En su poema "Adán y Eva" Sabines nos muestra a estos personajes que sufren porque no son uno solo, porque se incomunican y representan dos mundos que se desarrollan y evolucionan de manera diferente, en dirección opuesta y con diferente ritmo. Son dos soledades que coexisten y que se desconocen porque no se comunican:

--Ayer estuve observando a los animales y me puse a pensar en ti. Las hembras son más tersas, más suaves y más dañinas. Antes de entregarse maltratan al macho, o huyen, se defienden ¿Por qué? Te he visto a ti también, como las palomas, enardeciéndote cuando yo estoy tranquilo. ¿Es que tu sangre y la mía se encienden a diferentes horas?

Ahora que estás dormida debías responderme. Tu respiración es tranquila y tienes el rostro desatado y los labios abiertos. Podrías decirlo todo sin aflicción, sin risas.

¿Es que somos distintos? ¿No te hicieron, pues, de mi costado, no me dueles?

Cuando estoy en ti, cuando me hago pequeño y me abrazas y me envuelves y te cierras como la flor en el insecto, sé algo, sabemos algo. La hembra es siempre más grande, de algún modo.

Nosotros nos salvamos de la muerte. ¿Por qué? Todas las noches nos salvamos. Quedamos juntos, en nuestros brazos, y yo empiezo a crecer como el día.

Algo he de andar buscando en ti, algo mío que tú eres y que no has de darme nunca.

¿Por qué nos separaron? Me haces falta para andar, para ver, como un tercer ojo, como otro pie que sólo yo sé que tuve.

(NRP, pp. 82-83)

Por su desobediencia fueron castigados hombre y mujer, ella con el dolor en el parto, él con el trabajo y ambos con la muerte; fueron arrojados, precipitados en el tiempo. Entonces el hombre se convirtió en histórico y en mortalidad.

La caída de Adán significa la ruptura del paradisiaco presente eterno: el comienzo de la sucesión es el comienzo de la escisión. El tiempo en su continuo dividirse no hace sino repetir la escisión original, la ruptura del principio: la división del presente eterno e idéntico a sí mismo en un ayer, un hoy y un mañana, cada uno distinto, único. Ese continuo cambio es la marca de la imperfección, la señal de la Caída. Finitud, irreversibilidad y heterogeneidad son manifestaciones de imperfección: cada minuto es único y distinto porque está separado, escindido de la unidad. Historia es sinónimo de caída.<sup>10</sup>

Cuando Sabines siente que su sistema de justificaciones lo asfixia entonces lo confronta e intenta una recapitulación de sus actos que lo lleve al por qué: por qué llora, por qué se duele, por qué se desvela, por qué y para qué vive, qué busca y qué motor mueve su vida. Queda cara a cara con la angustia de existir, es decir, frente a lo misterioso y lo irracional donde el hombre se halla en relación en extremo conflictiva con Dios porque no Lo comprende, no Lo siente cerca y ni siquiera sabe si Lo ha escuchado bien o sólo Lo ha interpretado.

---

10 Octavio Paz, Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia, Seix Barral, México, 1987, pp. 34-35.

Para Kierkegaard uno es grande siempre en proporción a la grandeza del objeto de su amor y en relación con su expectativa; por eso Abraham es a sus ojos "el más grande de todos", "porque poseyó esa energía cuya fuerza es debilidad, grande por su sabiduría, cuyo secreto es locura, grande por la esperanza cuya apariencia es absurda y grande a causa de un amor que es odio a sí mismo".<sup>11</sup> Abraham por su fe abandonó el país de sus antepasados y por su fe fue extranjero en la tierra que le había sido indicada; por su fe entendió. Y esta fe debe también ejercerse en cosas de esta vida para que podamos cumplirnos en ella.

Sabines entiende que la palabra de Dios es terrible para quien no sepa comprender su significado y que quien no sepa comprenderlo ni tenga el valor de ponerlo en práctica no tiene derecho de llamarse hombre y mucho menos ser poeta. Creo que es posible hacer el mismo paralelismo con el llamado de Dios a Abraham (o a los profetas) que tan íntimamente conmovió a Kierkegaard, o con el hombre que queriendo edificar su torre acepta que no está en condiciones de hacerlo, pero es sólo a causa de que no tuvo el valor de intentarlo, pues añade:

...habrá que tener la necesaria honestidad para no tratar de hacer pasar por humilde lo que es falta de valor, pues, muy al contrario, es orgullo, ya que el único valor humilde es el de la fe.<sup>12</sup>

De modo que el amor absoluto que exige Dios es el mismo amor que el hombre debe poner en su vida y en su trabajo porque significan la fe a lo que en ello se les revela. Escribir

---

11 Søren Kierkegaard, Temor y temblor, Edit. Nacional, Madrid, 1975, p. 71.

12 Idem., p. 146.

significa para Sabines que no hay desamor o indiferencia por los seres o cosas que nos atañen, porque el mismo amor que se tiene por el mundo y los hombres es prueba del amor que se puede tener por algo infinito en lo que se cree. La vida es algo que le fue entregado y la poesía algo que se le impuso; proceden además de la misma fuente. Sabines está consciente de que éste es un deber terrible porque exige entrega absoluta e incondicionalidad ya que, hablando en términos kierkegaardianos, su objeto es mostrar a los demás el camino que los vuelva a lo general, aún afrontando el espanto que produce hablar de lo grande y lo grande en este caso son las experiencias límite.

Eso "general" hacia lo que el poeta quiere volvernos se entiende en Kierkegaard como la morada amable y vitalicia en este mundo, siempre dispuesto a recibir con los brazos abiertos a quien manifiesta el deseo de habitarla.<sup>13</sup> Este último es el tipo de hombre al que el filósofo llama "el caballero de la fe", que no duerme nunca y está constantemente sometido a prueba con la posibilidad latente de que dé marcha atrás y reingrese a lo banal.

Con el mismo sentido cristiano, Sabines comprende su libertad como la capacidad de elegir entre hacer el bien y el mal, actuar responsable o irresponsablemente. Cree con firmeza que si se establecen patrones de comportamiento apegados a la rectitud y a la moral se puede llenar el vacío vital puesto que esos valores dotan a la vida de un significado y remiten, además, a una instancia superior. Así entiende también su oficio poético --"escribano a sueldo de la vida"--, como una tarea que le revela que el sufrimiento no acabará nunca, pero que el

---

13 Idem., p. 149.

hombre debe redimirse de ese sufrimiento asumiéndolo como hombre y no como objeto, con conciencia de su finitud y de su mortalidad, evitando la seducción de la escapatoria fácil y eficaz: el autoengaño, la inconsciencia, la enajenación; superar el espanto y asumirse humano, sufrir como hombre y aceptar su condición humana.

Para Sabines el ser humano es el ser capaz de morir, pero no ve esto como un castigo impuesto o una crueldad de Dios sino como una consecuencia de la humanidad, como un hecho que sólo puede vivirse en los límites de esta humanidad y que nos devuelve a la materia de la que fuimos creados. Que el hombre forjó su destino, que optó por la historia que es el tiempo lineal que sigue inexorablemente su marcha y que el tiempo sólo se detendrá cuando el hombre vuelva espiritual o físicamente al seno del que fue creado.

Sabines retoma los temas bíblicos en apego a la idea de que Dios no dotó al hombre de omnisciencia, pero sí de discernimiento moral, es decir, le dejó la capacidad de decidir por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo y decidir cómo ha de obrar en consecuencia. Hizo con el hombre una alianza de amor y le mostró el camino, pero le dio también la libertad para seguirlo o no. Y el hombre optó por el mal, por la soberbia, por la concupiscencia, por la ley del más fuerte, por el poder y por el conocimiento absoluto del mundo: la caída lo precipitó en ese camino. Desde entonces el hombre busca la unidad perdida pero no la busca en la Palabra, sino en la realidad que lo envuelve y en la que forja sus ídolos; introduce el desorden por medio del pecado y rompe la armonía de la creación.

Sabines retoma este tema y lo aplica al hombre contemporáneo, son los dioses los que han sido condenados a vivir en medio de

los hombres, y el hombre de Sabinos es el hombre ciego, perdido, enajenado, fragmentado, remoto, alejado de la Palabra, cayendo cotidianamente a causa de su soberbia:

Cayendo en la conciencia como en un remolino,  
cayendo de verdad en un vértigo, en un oscuro hoyo  
espeso de salivas y cenizas,  
vomitándome el alma sobre el pecho,  
cayéndome encima de mí mismo y girando  
como una rana aplastada sobre el pavimento.

Levantándome de mi sombra,  
de cada sombra de cada día,  
para ser este fantasma perfecto,  
esta figura familiar que todos conocen.  
¡Ay, largo, largo hilo invisible zurciendo las heridas!  
Bocota del misterio,  
bocota enorme de Dios enorme haciendo payasadas,  
diciendo "ésta es la hora", "vamos, comienza".

¡Qué pobre diablo de hombre, qué pobre ángel torcido,  
qué pobre hombre pequeño y roto soy y alcanzo!

(NRP, p. 175)

Acusa a este hombre y se acusa a sí mismo de haber querido constituirse al margen del plan de Dios, con sus propias fuerzas, como Adán, y de haber fracasado y haber convertido su vida en una frustración. Por eso la muerte es un fracaso, el definitivo, porque sólo se hizo de la vida una imposibilidad.

La humanidad se pierde --es el sentido del relato mítico-- en el caos doloroso provocado por el egocentrismo y se debate sin esperanza en el tiempo estéril, sin ver el final de su tragedia.<sup>14</sup>

---

14 Enrique Maza, El amor, el sufrimiento y la muerte, Proceso, México, 1989, p. 101.

Mis amorosos padres, mis hermanos,  
mi mujer y mis hijos,  
están sentados sobre la lápida  
que quiero levantar para salir al aire.  
Espectro de mí mismo, sombra de lo que quise ser,  
araño las paredes de la costumbre,  
me enredo en las telarañas del miedo  
y grito con mi corazón a oscuras  
en este subterráneo, esta fosa, esta tumba de  
tantos años.

No hay otra salida que la cerrada por el amor de todos  
los días,  
no hay más luz que la que me niegan las manos que me  
acarician.

¿Qué hacer?, ¿qué hacer, rana, gota, frío,  
qué hacer, soledad,  
qué hacer, ojos tuyos, Dios mío, que me están mirando  
en la obscuridad como los de un tigre?

(NRP, pp. 178-179)

Sabines se acusa de haber amado la imagen en el espejo  
--"Narciso amó su muerte"--, que es no amarse ni siquiera a sí  
mismo y de no haber encontrado dentro de sí una verdad; sabe que  
el amor es contrario al narcisismo porque es comunicación y que  
la comunicación es un compromiso.

Amo la fragancia, amo la juventud, amo el engaño,  
la ilusión condenada, el sueño abierto  
de par en par como una casa,  
amo el amor como una tumba  
en la que he de llorar ojos y lágrimas.  
Vestido estoy de blanco para asistir al duelo  
de mi corazón enterrado,  
porque tengo mujer como enemigo,  
víboras en mi cama, ratas detrás de mí,  
alacranes en mi costado.

(NRP, p. 158)

De esta manera concluye que el hombre es pecador ante Dios no por el pecado que heredó, sino por el pecado que comete, y que el hombre contemporáneo es el mismo Adán bíblico que elige ser juez y que elige el mundo material como su reino alejado de Dios. Por eso se expresa frecuentemente con pesimismo al hablar de la humanidad, por experiencia se muestra convencido de que el hombre está guiado por una soberbia que lo lleva a desafiar su destino y a querer levantarse por encima de él. Y su pesimismo parte también de la Biblia:

El yahvista se muestra más bien inclinado al pesimismo con respecto a la humanidad. Su sabiduría lo ha convencido de que el hombre se ve sin cesar empujado a la desmesura, lo que le lleva a desafiar a Dios y a desatar su cólera. Esta es la razón del sombrío cuadro que nos pinta sobre los orígenes del hombre y de la civilización. Al contar de la forma que lo hace la historia del primer hombre, lo que intenta es denunciar la necesidad del ancestro común de la humanidad: Adán dejó escapar la inmortalidad que el "árbol de la vida" del Paraíso le aseguraba, hurtó el poder divino de procrear, a pesar de la explícita prohibición de YHWH, y atrajo de este modo sobre sí los irremediables castigos, los dolores del parto, el trabajo y la muerte.<sup>15</sup>

Para Sabines todos los hombres son el Adán esencial y primigenio; todas las mujeres esa Eva que sufre y clama:

...Padre mar, sosténme, engéndrame de nuevo en tu corazón. Hazme incorruptible, receptora del mundo, purificadora a pesar.

(NRP, p. 86)

---

15 André Caquot, "La religión de Israel desde los orígenes hasta la cautividad de Babilonia", en Henri-Charles Puech, Historia de las religiones. Las religiones antiguas, vol. II, Siglo Veintiuno Editores, México, 1977, pp. 160-161.

Son el primer hombre y la primera mujer conmovidos ante el misterio inexplicable de la vida y la muerte, ante la realidad-símbolo que se expresa sólo para quien quiera leer en ella. Materia y espíritu escindidos que buscan su armonización, aquejados por la dualidad:

¿En dónde estamos, desde hace tantos siglos, llamándonos con tantos nombres Eva y Adán? He aquí que nos acostamos sobre la yerba del lecho, en el aire violento de las ventanas cerradas, bajo todas las estrellas del cuarto a oscuras.

(NRP, p. 127)

Es probable que Adán y Eva respondan en su obra a la necesidad de establecer una cosmogonía que le permita dar una dimensión a su problema ético. Trata de la creación de la vida fundada en la pareja, no de la génesis del mundo o la del hombre, sino en el instante de una etapa decisiva de su evolución, cuando el hombre empieza a oponerse como intelecto al espíritu. Adán es el hombre expuesto a alternativas entre el espíritu y la materia, entre el intelecto y el goce material y sexual.

Para Sabines la fuerza del espíritu no reside en suprimir los deseos sino en armonizarlos. El deseo anima al hombre, pero engendrarlo sin control sólo lo disuelve en la frivolidad.

Escribiste en la tabla de mi corazón:  
desea.  
Y yo anduve días y días  
loco y aromado y triste.

(NRP, p. 36)

La debilidad innata del impulso (el pecado original) hace que

el individuo sea incapaz de oponerse a la exaltación imaginativa de los deseos, pero en lo contrario encarnaría la realización perfecta de la voluntad de la naturaleza. Carne y espíritu en armonía, eso debería ser el hombre, el intelecto capaz de actuar sobre el mundo exterior para modificarlo controlando él sus deseos para evitar la dispersión de su energía vital.

El estado básico del individuo estético es la sensualidad inmediata. Cuando se admite la pasión sólo en el nivel sensual y separada de la voluntad real, inevitablemente se convierte en goce abstracto y egoísta. El individuo pierde el propio dominio de sí mismo y se convierte en prisionero de la búsqueda del momento placentero, un momento que nunca se puede realizar a satisfacción plena. Esto explica el tedio, la inquietud, la inestabilidad y otros aspectos secundarios de la vida estética (...).<sup>16</sup>

Para Paul Diel, Adán simboliza el intelecto cada vez más sometido a la seducción de la imaginación, que olvidó, en el curso de su maduración, la llamada del espíritu al que estaba ligado primitivamente, y Eva la imaginación exaltativa de los deseos terrestres; añade que Adán es el hombre expuesto a alternativas, que sólo hasta que asume su papel de valorizador de los deseos materiales y sexuales es cuando simboliza el espíritu positivo, fecundador de la materia.<sup>17</sup>

Sabines retoma a la pareja cuando ya aconteció la caída. Adán y Eva simbolizan las funciones psíquicas de cada hombre y de cada mujer como antepasados de la humanidad y fuente de conflicto del alma hoy. Ellos son los depositarios de la organización ar-

---

16 James Collins, El pensamiento de Kierkegaard, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, p. 69.

17 Paul Diel, op. cit., pp. 171-172.

monios: descienden del espíritu aunque provengan de la materia. Su castigo es haber elegido no ascender sino caer; es la consecuencia de haber cedido a la vanidad, de haber pretendido el absoluto; es la culpabilidad exaltada, el remordimiento, la angustia culpable. Pero "ningún paso evolutivo se llevará a cabo sin que sea impuesto por el sufrimiento que hay que superar. En este sentido, Eva es la compañera que caminará al lado del hombre intelectualizado, acechado a cada instante por las seducciones de la imaginación".<sup>18</sup> Ambos caminarán por la senda de la imaginación exaltada hasta que el sufrimiento que les resulte de ello los remita al deseo esencial de armonización. "La imaginación exaltativa, Eva, se volverá entonces la ayuda necesaria para que prosiga la evolución."<sup>19</sup>

Siempre estás a mi lado y yo te lo agradezco.  
Cuando la cólera me muerde, o cuando estoy triste  
--untado con el bálsamo de la tristeza como para morirme--  
apareces distante, intocable, junto a mí.

(...)

Bendita entre todas las mujeres  
tú, que no estorbas,  
tú que estás a la mano como el bastón del ciego,  
como el carro del paralítico.

(...)

Piel de mujer te has puesto,  
suavidad de mujer y húmedos órganos  
en que penetro dulcemente, estatua derretida,  
manos derrumbadas con que te toca la fiebre que soy  
y el caos que soy te preserva.

Mi muerte flota sobre ambos  
y tú me extraes de ella como el agua de un pozo,  
agua para la sed de Dios que soy entonces,  
agua para el incendio de Dios que alimento.

(NRP, p. 63)

---

18 Idem., pp. 209-210.

19 Idem., p. 210.

El hombre, para Sabines, ha perdido el paraíso de la inocencia, pero puede hallar el paraíso de la verdad; la caída simboliza la elección falsa, confundir el valor de la vida con el no valor; éste es el pecado propio de la humanidad, no vencer las tinieblas, ofuscarse en los deseos y no hallar la verdad sobre uno mismo y sobre la vida, no atender la llamada de Dios.

Sólo la comunión con el mundo y con los otros hombres, el retorno a Dios en el amor y en la armonización, es lo que salva al hombre y lo devuelve a la unidad perdida. "La fe cristiana da valor al hombre para ver a Dios como un existente, y al mismo tiempo como un ser en acto",<sup>20</sup> y al mismo tiempo la consideración sobre el estado original y esencial de la existencia como consecuencia de la falta de orientación del hombre y como resultado de la decisión pecaminosa de abandonar a Dios, pues una vez que se le suprime de la existencia no puede esperarse más consecuencia que la soledad, la vida descoyuntada y la sensación del mundo como un laberinto en el que se ha caído.

Sólo el amor conduce hacia el ascenso, niega el egoísmo, tiende puentes entre los hombres, forma enlaces y el mundo vuelve a fundarse cuando una pareja entra en contacto. El hombre no puede superar a Dios pero puede asemejarsele en el amor que es comunión y creación.

Por esto Sabines no cree en el hombre que peca y se recarga en Dios atento a su benevolencia o malevolencia para juzgarlo, la cólera de Dios se ha convertido en Su Palabra, Su silencio en nuestro olvido de ella. Los profetas fueron testigos de la luz, lúcidos y animados por el deseo de iluminar a los otros y ayu-

---

<sup>20</sup> James Collins, op. cit., p. 181.

darlos a alejarse de la frivolidad; Sabines acude a su palabra y se inclina a escucharlos.

### b) Los profetas

El pensamiento de los profetas no se dirigía solamente al pueblo hebreo, sino que concernía a las naciones entonces conocidas y, más extensamente, a toda la humanidad. Aunque Israel era el centro de su mundo, se interesaban por todo lo que con él tuviera relación; elevaron la moral a un lugar supremo en una época particularmente olvidada de la religión o que al menos subestimaba su importancia. Para los profetas el olvido de la virtud impedía el desarrollo de la justicia en el mundo y en la medida en que reinaba la perversidad se cerraba el camino al Reino de Dios.<sup>21</sup>

Los profetas reavivaron la ley de Moisés, que concernía a Dios, a su pueblo y a su ley, y predicaron que esta ley había sido entregada por Dios a su pueblo elegido para su propia protección; mientras se atuvieran a ella estarían protegidos de todo mal. Pero el mismo Dios debería respetarla de modo tal que no intervendría para salvar o ayudar a un pueblo rebelde o desobediente, sino que conservar esa ley era el deber del hombre hacia Dios.

Los profetas lucharon por restaurar la Alianza, que es abolir el pecado; el pecado es desamor y sólo Dios es luz y es amor y la Alianza es el diálogo en el amor para encontrar la luz. Para ellos el mal no sólo no conduce al bienestar material, sino al relajamiento de las costumbres y a la decadencia del pueblo entero. Más aún, "El hostigamiento divino no es indicio de agresivi-

<sup>21</sup> Véase I. Mattuck, op. cit.

dad, de envidia o de odio, sino signo del amor de Dios, que necesita del hombre para construir su obra. La construcción de esta obra constituye la Alianza",<sup>22</sup> es decir, la asociación del hombre y Dios para edificar una Ciudad cuyo plan es la Ley y cuya realización se determina en el tiempo que avanza.

De esta forma, el hombre que está aliado con Dios tiene como vocación encontrarlo y dialogar con Él, y los profetas son los hombres para quienes esta vocación se convierte en experiencia; pero no son seres excepcionales sino "llamados" al azar, hombres comunes para quienes la profecía es una experiencia impuesta. Si para Amós es la caída de la presa en una trampa, para Jacob la lucha entre adversarios, para Oseas el drama de su propia vida que lo desgarrar, para Jeremías la seducción de la amada por el amante, para Sabinés es, entre otras formas, un mar furioso que avanza, un sonido que sube y despierta, un temblor o un presentimiento:

De atrás, de lejos, suena, un mar furioso avanza,  
una montaña negra,  
un ruido de sombras y piedras.  
De atrás, de lejos, de todas partes, llega.  
Es una mano enorme desgarrando  
la noche como una tela.

(NRP, p. 153)

+++

Amanece el presagio al pie de la cama.  
Largos vestidos negros en el aire andan.  
Un gusano le casca el corazón al día  
y el miedo aúlla en el alma.

(NRP, p. 69)

+++

---

22 André Neher, "La filosofía hebrea y judía en la antigüedad", en Historia de la filosofía, vol. I, Siglo XXI, México, 1981, p. 58.

Es un temor de algo, de cualquier cosa, de todo.  
Se amanece con miedo.  
El miedo anda bajo la piel, recorre el cuerpo  
como una culebra.

(NRP, p. 70)

Pero más a menudo se expresa en la relación conyugal que indica que el único proceso puesto al alcance del hombre para conocer a Dios es el amor, conocimiento que es afectividad y conciencia y que sólo se revela en el amor:

Te quiero con todo mi odio,  
te perdono con todo el rencor de mi alma.  
Como marido y mujer estamos,  
viéndonos, acechándonos, dispuestos  
a clavarnos las uñas, furiosos de amor y de deseo.  
Ponte faldas, señor-señora,  
vela que te consumes velándome,  
apágate de una vez como un rayo.  
Tu precioso mundo sigue rodando  
en la casa de la locura  
como una canica de barro  
tirada por un niño ciego.  
Y yo te bendigo y te acompaño.

(NRP, p. 178)

La Alianza implica la preocupación de situar ante Dios no al hombre individual sino en la complejidad de sus relaciones efectivas y concretas con todos aquellos que son hombres con él: "el conocer-amar a Dios se completa con el conocer-amar al prójimo".<sup>23</sup>

En el conjunto de las cosas fui aniquilado gloriosamente  
y recreado con indiferencia  
que es la virtud del verdadero amor.  
Nadie se duela de la muerte de su hermano

---

<sup>23</sup> Idem, p. 60.

más que de la del extraño,  
ni se goce en el nacimiento de su hijo  
si no se alegra del parto de la desconocida.  
Lo mismo es una flor que una hormiga  
y la estrella es una flor elevada  
y la piedra una flor resistente  
--flor del grano de arena,  
viento quieto, florecido.

(NRP, p. 164)

Frecuentemente los profetas comparan a la historia con las vicisitudes del amor conyugal, Dios es el Esposo e Israel la Esposa que "se buscan, se descubren, se unen, se pierden, se vuelven a encontrar, a través de la juventud, el noviazgo, los desposorios, las separaciones, las viudedades y los nuevos encuentros".<sup>24</sup> El conocimiento designa el encuentro en amor de los esposos. "La historia es, por tanto, fuente de conocimiento y de amor",<sup>25</sup> en su carácter inacabado y su voluntad de reanudarse sin cesar, que explica la renovación de la historia.

Las largas crisis sociales que marcan la historia de Israel en los siglos IX y VIII a. C. son el trasfondo en el cual se desarrolla la actividad de los profetas. Amós, Oseas, Jeremías, etc., contemplan y denuncian los abusos sociales junto a la prosperidad mercantil de Israel y Judá. Las desgracias públicas se convierten en motivo de sus reflexiones y determinan su desarrollo. Los profetas relacionan en relación de causa a efecto las fallas morales y espirituales del pueblo con las amenazas de invasión por grandes potencias, expresan con dolor y amargura sus pronósticos y su grito es una llamada al amor y un deseo de salvar al amado de la inminencia de la catástrofe, pero sin olvidar que son los hombres mismos quienes con su conducta se

---

24 Idem, p. 63.

25 Ibid.

atraen las calamidades, aunque con su arrepentimiento y su enmienda pueden evitarlas. Ese enemigo que amenaza a las naciones aparece también en la obra de Sábines: la cultura engendrada en la tecnología, sin otros ideales que los del progreso y sin más valores que los económicos:

Dice el radio que los Estados Unidos le piden explicaciones a México por eso de su apoyo moral a Cuba. Hoy, 8 de julio de 1960.

¡Qué pequeño gran país estos Estados Unidos! ¡Cómo han crecido y crecido para hacerse pequeños! Acorralados por todas partes, no saben qué hacer, y cuando hacen algo lo hacen con torpeza. Dan de manotazos tontamente, se ponen serios, amenazan; o sonríen, halagan, para atraerse simpatías.

A este rasocielos de los Estados Unidos le han puesto demasiados pisos para sus escasos cimientos. ¡Quién sabe a cuántos va a volastar en su caída! Pero esta hermosa Cuba de hoy, atacada de tan divina locura, enferma de su libertad, aguantará la historia. ¡Y qué bueno que si miró de México el plan y la cordura, le esté enseñando a México el arrojo y la insensatez!

Porque ante la política de la fuerza de los Estados Unidos, sólo la política del atrevimiento puede enfrentarse. ¡De la antigüedad van a venir los dioses, y del porvenir los hombres, en ayuda de la osada Cuba!

(NRP, pp. 120-121)

Para los profetas:

La severidad de Dios surge de Su amor; el amor no puede permanecer en silencio cuando peligra el amado. Dios pide el arrepentimiento que transformará una situación desesperada. (...) La ira provocada por la violación a Su ley es la ira del amor rechazado, de un amor deseoso de salvar. Es un amor que debe obrar a través de la justicia; sin ésta, el amor no es más que un sentimiento de-

licado que busca más su propia satisfacción que el bien de su amado. (...) El amor no puede pasar por alto ni borrar la ofensa (...) no estaría de acuerdo con el orden moral.<sup>26</sup>

Dios se revela, pues, a los profetas y los instruye para que lleven su mensaje y recuerden a los hombres que Dios ha otorgado una ley que exige la lealtad y la obediencia de su pueblo; que une a los mandamientos rituales los preceptos éticos y sociales que han sido violados y que sólo han traído la crisis social como producto de su deslealtad hacia Dios.

A los ojos de los profetas la crisis política y social del siglo VIII a. C. es "el prólogo de la venganza divina que viene a castigar las infidelidades que la crisis social que la precedió ha revelado";<sup>27</sup> en consecuencia, invitan a su pueblo a rememorar el beneficio divino y a tomar conciencia de que el compromiso colectivo hacia Dios implica el compromiso individual de cada israelita, que la opresión es un castigo de la impunidad y que la victoria es una consecuencia del retorno a Dios, que "la vida de la nación depende de su fidelidad a Dios y que esta fidelidad se expresa mediante la obediencia a la ley y a la regularidad de un culto animado por la verdadera piedad".<sup>28</sup>

Los males que los profetas condenan, nos hacen dar un paso adelante en la definición de los deberes éticos que exigen a los hombres. Condenan falta de honradez

---

26 I. Mattuck, *op. cit.*, p. 54.

27 A. Caquot, "La religión de Israel desde los orígenes hasta la cautividad de Babilonia", Historia de las religiones, vol. II, Siglo XXI, México, 1977, p. 173.

28 Biblia de Jerusalén, introducción a los Libros de las Crónicas, p. 436.

y el fraude en el comercio (Oseas XII, 7-8; Miqueas VI, 10-12; Amós VIII, 4 ss.); el aprovecharse de los campesinos pobres para obligarlos a pagar una renta o un interés excesivos (Amós V, 11); privar al pequeño propietario de su tierra por medio de hipotecas (Isaías V, 8; Miqueas II, 1-2). Reprochan a los reyes, los príncipes y los ricos por su lujo y frivolidad. Condenan los vicios sexuales. Isaías vitupera a las mujeres por su artificio y ostentación (Isaías III, 16-24 y XXXII, 9-12).<sup>29</sup>

Sabines retoma también del pensamiento profético el tema del sufrimiento como causa de las acciones del hombre, cuyas consecuencias recibe tarde o temprano, y propone el examen de la vida para comprender; asimismo, ve en el sufrimiento la acción positiva de la expiación que trae el perdón de Dios y que acerca al conocimiento:

Había sido escrito en el primer testamento del hombre:  
no lo desprecies porque ha de enseñarte muchas cosas.  
Hospédalo en tu corazón esta noche.  
Al amanecer ha de irse. Pero no olvidarás  
lo que te dijo desde la dura sombra.

(NRP, p. 35)

Para Sabines no basta con sufrir, hay que transformar la vida y resolvernos a vivir con justicia y con humildad hacia Dios; nos recuerda que el mal es también un hecho del alma que encuentra su cauce en la vanidad, la soberbia y la mentira. Junto a los principios éticos que refieren a la vida individual extiende a la sociedad humana los alcances de la justicia. Como en las enseñanzas de los profetas, los ideales sociales ocupan en su obra un lugar destacado; además considera que los principios éticos deben dar forma al orden social, a la "justicia social" que requiere la vi-

<sup>29</sup> I. Mattuck, op. cit., p. 81.

da en comunidad justa conforme a una ley moral. La vida moral no puede vivirse en aislamiento, necesita de la comunidad porque ahí se practica.

En el saco de mi corazón caben todas las cosas, desde la ignominia a la ternura, desde las uvas de mujeres amadas hasta las corcholatas que me tiran los niños. Cada hora deposita en mi corazón un objeto distinto, y cada vez que extraigo de él un recuerdo sale con sangre.

Yo me multiplico incansablemente. Estreño manos y bocas todos los días, cambio de piel, de ojos y de lengua, y me pongo un alma cada vez que es preciso.

Desde el amanecer hasta la noche la luz es distinta y se le llama día. Así me llaman Jaime. Pero yo duro también en la oscuridad, más allá del momento impenetrable en que hago recuento de mis estrellas.

(NRP, p. 206)

Sabines vive su tiempo como una paradoja. Lo que para el Estado significa modernización y progreso, para Sabines es una grieta por la que se observa el trasfondo de una realidad que lleva al resquebrajamiento del hombre y de su ámbito. Su traslado a la ciudad de México le revela el dudoso equilibrio y control de una situación social por parte de un Estado que habrá de vivir --que no de reconocer-- su fracaso con la llegada de los años sesenta y, más concretamente, con el estallido que culminaría en los hechos violentos de 1968.

Para esos años, el resultado de la farsa desarrollista y nacionalista culminaba con el hacinamiento, el resquebrajamiento de estructuras conservaduristas y una desvalorización que proliferaba y alcanza diferentes sectores de la población. Los resultados palpables de esas décadas se reflejaban en una cruda caniba-

lización y en lo que se ha llamado la crisis: un despertar violento y con violencia a la realidad de un periodo de estancamiento, en contraste con los optimistas años cincuenta. Más extensivamente, sin embargo, en toda América Latina se vivía la misma problemática: golpes de estado y repentinos cambios de gobiernos, brotes independentistas, crisis internacionales y conmociones ideológicas debido a la emergencia de grupos populares que pugnan por reformas de las estructuras sociales, que exigían participación y justicia en la repartición de la producción e iguales oportunidades de mejoramiento y participación en su crecimiento como naciones, así como la reconciliación de intereses de clase, de valores morales, etc., signos "que van poniendo cada vez más a foco un elemento que se creía tangencial, pero que ya se lo entendía como dominante: la acción del imperialismo yanqui, su próspero avance y su densificación hacia el sur, y la consolidación de sus alianzas con las viejas oligarquías y sus flecos, socios y paraguados".<sup>30</sup> Y de lo cual la obra de Sábines es constataria, ya que critica la adopción de modelos de vida que contribuyen a consolidar la absoluta decadencia y vacuidad en que estamos cayendo: la pasión infinita del trabajo, el anhelo de expansión material, el enceguecimiento del dinero y el poder, que pasan a formar valor moral y constituyen el objetivo de la existencia, el trabajo utilitario convertido en fin y objeto de la vida. Sábines simboliza el aspecto colectivo con el tema de la danza alrededor del becerro de oro:

Cantemos al dinero  
con el espíritu de la navidad cristiana.  
No hay nada más limpio que el dinero,  
ni más generoso, ni más fuerte.

---

30 David Viñas, Contrapunto político en América Latina, p. XVII.

El dinero abre todas las puertas;  
es la llave de la vida jocunda,  
la vara del milagro,  
el instrumento de la resurrección.  
Te da lo necesario y lo innecesario,  
el pan y la alegría.  
Si tu mujer está enferma puedes curarla,  
si es una bestia puedes pagar para que la maten.  
El dinero te lava las manos  
de la injusticia y el crimen,  
te aparta del trabajo,  
te absuelve de vivir.  
Puedes ser como eres con el dinero en la bolsa,  
el dinero es la libertad.  
Si quieres una mujer y otra y otra, cómpralas,  
si quieres una isla, cómprala,  
si quieres una multitud, cómprala.  
(Es el verbo más limpio de la lengua: comprar.)  
Yo tengo dinero quiere decir me tengo.  
Soy mío y soy tuyo  
en este maravilloso mundo sin resistencias.  
Dar dinero es dar amor.

¡Aleluya, creyentes,  
uníos en la adoración del calumniado becerro de oro  
y que las hermosas ubras de su madre nos amamenten!

(NRP, pp. 221-222)

+++

Me gustaría ser "jet-set". Tener una fortuna de veinte mil millones de dólares, yates y palacios, aviones, ser-vidumbres, no hacer nada. Ir de una lado a otro, comprar caballos y pinturas, poetas y jardines, baratijas, mu-seos y danzantes y bahías. ¡Arder, arder, brillar con luz propia, ser uno mismo!

(NRP, p. 268)

Sabines no olvida que vivimos un siglo de catástrofes, que he-mos llevado a la historia --que es el terreno del hombre-- a expre-sarse en genocidios y masacres. Frente a Vietnam, el terror de los

gobiernos totalitarios latinoamericanos, a Tlatelolco 68, etc., el triunfo de la Revolución Cubana aparece como un raro acontecimiento de esperanza y de deslumbramiento:

Estoy harto de la palabra revolución  
pero algo pasa en Cuba.

No es parto sin dolor, es parto entero,  
convulso, alucinante.

Se han quebrado familias, se separan  
los que no quieren ver ni ser testigos,  
los lastizados y los impotentes.

¿Por qué mi tío Ramón, con sus ochenta,  
quiere morir en Cuba  
con hijos en Miami y otros hijos  
de Colón a La Habana?

¿por qué cantan los niños  
cuando van al trabajo, entre clases y clases?  
(Un domingo, en Cienfuegos,  
en un camión, temprano,  
los vi salir al campo,  
y era como si Cuba amaneciera  
entre sus risas y cantos.)

¿Por qué estudian América y Celeste  
y otras recamareras, en el hotel, a diario?  
¿por qué el libro se ha vuelto de pronto  
bueno como el boniato?

Es verdad que han partido,  
arando el mar, gusanos,  
y hombres y mujeres han partido  
y, ciertos o engañados,  
violentos o perdidos o espantados,  
han partido, se han ido --oscurecido--  
a un porvenir que espera mutilado.

Cuba de pie, de frente,  
de corazón, entera.  
Cuba de pie ha quedado.

Cuba rodeada de enemigos,

Cuba sola en el mar,  
Cuba ha quedado.

(NRP, pp. 197-198)

Sabines es consciente de su contemporaneidad, del hecho de pertenecer a un mundo ancho y vasto donde suceden cosas simultáneamente al acto de su existencia en la ciudad más poblada del mundo; pero son hechos que no están exentos de relaciones con los ideales sociales que remiten a los principios éticos que dan forma a las comunidades. Cuba es para Sabines ejemplo de que los hechos que parecen inevitables y fuera de control pueden ser desviados mediante la unidad si lo que se busca es vivir en paz.

Ya estaban todos los que están ahora,  
Ya estarán multiplicados mañana  
porque la levadura de la justicia es buena  
y sólo quieren vivir en paz.

El jovencito de la metralleta,  
la muchacha del uniforme,  
el niño que se cubre con el cuaderno,  
el viejo que grita en el juego de pelota,  
los estibadores y los panaderos,  
hasta los poetas, Dios mío,  
sólo quieren vivir en paz.

Los que murieron en las calles  
también quieren vivir en paz.

(NRP, p. 200)

Es partidario de que se culpe sólo al hombre de lo que sucede en la historia, pues "la vida sólo dice las palabras que le hemos enseñado". La corrupción y la injusticia llevaron a invertir el proyecto de Dios (Oseas), y precisamente porque el hombre negó su historia, pero no puede realizarse sino en ella, es que

existe la esperanza de restablecer otro comienzo.

Sabines cree en una doctrina nueva fundada en la religión del corazón; como Oseas, cree en el resurgimiento a pesar del término de la Alianza, y como Jeremías cree que la clave es la esperanza y que sólo ella crea el porvenir:

"Hambre y sed de justicia"  
¿es más que sólo el hambre y la sed?

¿De dónde un pueblo entero se aprieta la barriga  
porque sí?  
¿de qué raíz de rencor,  
de cuánta injuria,  
de cuánta revancha detenida,  
de cuántos sueños postergados  
surge la fuerza de hoy?

Porque es necesario decir esto:  
para acabar con la Cuba socialista  
hay que acabar con seis millones de cubanos,  
hay que arrasar a Cuba con una guataca inmensa  
o echarle encima todas las bombas atómicas y los diablos.

(Señor Presidente Johnson:  
hundamos a Cuba  
porque la isla de Cuba navega peligrosamente  
alrededor de América.)

(NRP, p. 196)

La Alianza está grabada en el corazón, no en lugares de culto, y para convertirla en comunicación con Dios se debe hacer la historia. Igual que para los profetas, para Sabines sólo es aceptable un nuevo comienzo, porque hemos cancelado la historia al volverla un círculo vicioso donde ya no hay fin que perseguir sino errores que lamentar:

Confiaremos en la mala memoria de la gente,  
ordenaremos los restos,

perdonaremos a los sobrevivientes,  
daremos libertad a los encarcelados,  
seremos generosos, magnánimos y prudentes.

Nos han metido las ideas exóticas como una lavativa,  
pero instauramos la paz,  
consolidamos las instituciones;  
los comerciantes están con nosotros,  
los banqueros, los políticos auténticamente mexicanos,  
los colegios particulares,  
las personas respetables.  
Hemos destruido la conjura,  
aumentamos nuestro poder:  
ya no nos caeremos de la cama  
porque tendremos dulces sueños.

Tenemos Secretarios de Estado capaces  
de transformar la mierda en esencias aromáticas,  
diputados y senadores alquimistas,  
líderes inefables, chulísimos,  
un tropel de putos espirituales  
enarbolando nuestra bandera gallardamente.

Aquí no ha pasado nada.  
Comienza nuestro reino.

(NRP, pp. 261-262)

En la historia radica la esperanza y en ella el absurdo se resuelve; este absurdo de lo absoluto divino de Jeremías, que es también el de Kierkegaard y el de Sábines: a pesar de que todo es corrupción y muerte, sufrimiento y destrucción y Dios silencio y lejanía, existe porvenir donde es posible que Dios hable y esté presente: "¿Soy Dios sólo de cerca y no soy Dios de lejos?" El tiempo existe, la historia continúa y con ella la Alianza; esta última no pertenece al espacio ni al hoy abolido, sino al tiempo, y la fidelidad consiste en asumir un papel activo dentro de la historia.

"El problema es saber si los tiempos actuales equivalen a los

de Jeremías",<sup>31</sup> quien piensa que vivimos una época más allá de toda cura y que hace falta algún tipo de catástrofe para romper el círculo (el espacio) y desatar otra vez el devenir. "La esperanza compromete",<sup>32</sup> y el amor lo exige todo. "Dios quiere una justicia construida por el hombre en la historia y de la que el hombre es responsable. Es inútil el culto exterior, si la comunidad está manchada con la injusticia y con la idolatría."<sup>33</sup> De este modo, el individuo tiene una doble responsabilidad: la calidad moral de la vida de la comunidad y su responsabilidad inmediata y personal; y el Estado tiene la función de establecer la relación entre la nación y Dios haciendo que impere en la comunidad la justicia social, que es la consideración de los derechos humanos de todos sin distinción y, fundamentalmente, de los débiles.

Las funestas consecuencias del pecado colectivo son obvias. Una nación en la que los ricos se entregan al lujo, los pobres están condenados a la miseria y los gobernantes hacen caso omiso de su responsabilidad o llegan hasta la opresión, se desmoronará por la corrupción interna o será una fácil presa a un ataque exterior. Así como la justicia fortalece a una nación, así la injusticia la socava. El destino de las naciones depende de la calidad moral de su vida.<sup>34</sup>

Los hombres comparten el destino de su nación, no pueden ser tratados aisladamente; independientemente de su comportamiento sufren las consecuencias del carácter y la conducta de la comunidad a que pertenecen. El individuo --como afirman Jeremías y Ezequiel-- se atrae su destino, ya que también comparte el de su

---

31 Enrique Maza, El amor, el sufrimiento y la muerte, Proceso, México, 1989, p. 46.

32 Idem.

33 Ibid, p. 47.

34 I. Mattuck, op. cit., p. 139.

comunidad; aunque los justos sobrevivieran al desastre colectivo, de todos modos no escaparían al sufrimiento.

Habría que lavar no sólo el piso: la memoria.  
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,  
asesinar también a los deudos,  
que nadie lllore, que no haya más testigos.  
Pero la sangre echa raíces  
y crece como un árbol en el tiempo.  
La sangre en el cemento, en las paredes,  
en una enredadera: nos salpica,  
nos moja de vergüenza, de vergüenza, de vergüenza.

Las bocas de los muertos nos escupen  
una perpetua sangre quieta.

(NRP, p. 261)

Sabines, sin embargo, se muestra pesimista, pues no ve en sus contemporáneos rasgos de arrepentimiento sino que, por el contrario, están habituados al pecado. Retoma, aparte, otros dos temas propios del pensamiento profético: el hombre ideal es para él el hombre natural, abierto a la vida como al milagro, esencial y moral por naturaleza, a la cual ha corrompido por el pecado que lo ha llevado a una situación tan desesperada que el sufrimiento que le provoca es posible que efectúe el cambio radical que lo lleve de nuevo a la gracia de Dios; ésta es su esperanza. El otro tema es que, como los profetas, no cree en una vida ulterior donde la forma de obrar revele sus consecuencias. En el campo del orden moral, a los profetas les era imposible retardar sus consecuencias hasta una vida más allá de la muerte, donde las injusticias en la vida social se vieran borradas. Para ellos no hay una vida ulterior y esta limitación "aumenta la grandeza de sus ideales espirituales y morales", porque "para el pensamiento profético, el drama de la vida humana debe revelar su trama y su sentido en este mundo".<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Idem, p. 142.

Sabines nos recuerda que al nacer el hombre ya estaba destinado a morir; esta actitud frente a la muerte y su comprensión de la naturaleza humana tienen su origen asimismo en el pensamiento bíblico; su idea de la inmortalidad y la vida ulterior procede concretamente de los profetas, para quienes creer en una vida más allá de la muerte sólo fomenta la indiferencia por la vida o su distorsión. Una moral que tenga por móvil una vida futura es una moral imperfecta:

Dice Rubén que quiere la eternidad, que pelea por esa memoria de los hombres para un siglo, o dos, o veinte. Yo pienso que esa eternidad no es más que una prolongación, menguada y pobre, de nuestra existencia.

Hay que estar frente a un muro. Y hay que saber que entre nuestros puños que golpean y el lugar del golpe, allí está la eternidad.

Creer en la supervivencia del alma, o en la memoria de los hombres, es lo mismo que creer en Dios, es lo mismo que cargar su tabla mucho antes del naufragio.

(NRP, p. 125)

Precisamente porque no tiene elementos para hablar de la vida ulterior, Sabines se sujeta a las Escrituras y propone la búsqueda de la vida eterna que es la de la verdad en la justicia y en la armonía; salvarse de la frivolidad, ampararse a la Luz, salvar al alma porque el cuerpo es de la tierra; practicar el bien por el bien sin fijarse una meta abstracta, sino el desarrollo interior y vivo del propio hombre. Lo que Dilthey llama "la mayoría de edad del espíritu"<sup>36</sup>; a pesar de la inquietud, la lucha, la penuria o la soledad, afirmar el pie sobre la tierra y tomar las riendas de nuestro drama humano.

El tema de la inmortalidad no existe en el Antiguo Testamento.

La decadencia es el castigo, el yugo; el olvido del espíritu y la exaltación de lo material: esto provocó la caída de Adán y esto provoca la decadencia de los pueblos.

Igual que en la mentalidad hebrea, Sabines no concibe una vida del espíritu separada de la carne; pero triunfar sobre la vanidad, sobre lo fatuo, en eso consiste la salvación: elegir lo verídico sobre lo vanidoso. La muerte del alma es esencialmente el aniquilamiento del deseo esencial, del impulso animante, la caída en la frivolidad, la inercia o la vanidad.

La poesía de Sabines está llena de un significado ético que parte de su experiencia de la revelación; al igual que los profetas experimenta a Dios y se llena de un sentimiento de justicia, de pasión moral que lo conduce a la búsqueda de un ideal social. Lo posee un anhelo de transformación, un deseo de restablecimiento del tiempo primigenio que le da la posibilidad de la reivindicación. Sabines parte de una meditación acerca de la experiencia, no de un trance, y esta meditación moldea su pensamiento. Al igual que la de los profetas su escritura arranca de una fricción: por un lado Dios, su justicia y su amor; por otro lado los hombres, indiferentes religiosos o idólatras del becerro de oro, sordos al sufrimiento y la miseria de los otros, dominados por el poder y la gloria. Cree que la virtud y la justicia son un deber y, como los profetas, dirige su voz contra los déspotas, los perversos y los corruptos (Isaías 58, 6-10; Ezequiel 18, 7-9; Zacarías 7, 9-10 y 8, 16-17). Frecuentemente recalca las consecuencias que la perversidad y la inmoralidad provocan sobre el conglomerado social. El Estado, supuesto garante de la ley moral, la ha violado, no hay justicia social ni orden social justo porque el Estado ha fallado en su función:

Por decreto presidencial: el pueblo no existe.  
El pueblo es útil para hablar en banquetes:  
"Brindo por el pueblo de México",  
"Brindo por el pueblo de Estados Unidos".

También sirve el pueblo para otros menesteres literarios:  
escribir el cuento de la democracia,  
publicar la revista de la revolución,  
hacer la crónica de los grandes ideales.

El pueblo es una entidad pluscuamperfecta  
generosamente abstracta e infinita.  
Sirve también para que jóvenes idiotas  
aumenten el área de los panteones  
o embaracen las cárceles  
o aprendan a ser ricos.

Lo mejor de todo lo ha dicho un señor Ministro:  
"Con el pueblo me limpio el culo."  
He aquí lo máximo que puede llegar a ser el pueblo:  
un rollo de papel higiénico  
para escribir la historia contemporánea con las uñas.

(NRP, pp. 263-264)

Causa del sufrimiento es también este orden social que da lugar a la opresión y el abuso; así como los que se consagran al placer (Isaías 5, 12 y 22, 13); los que oponen a su escepticismo su hedonismo, porque esto es perversidad moral y pobreza espiritual, ya que olvidar la justicia es rechazar la felicidad y atraer el sufrimiento.

Sabines interpreta la situación contemporánea dentro del contexto bíblico filosófico de la historia, es decir, la eleva por encima de los acontecimientos para encontrar la conexión profunda que ilumine acerca de la verdad: El día del juicio puede compararse con cualquier suceso de la propia época, toda crisis o calamidad es tiempo de prueba que hace inminente la veracidad del fin de la historia. Con amargura ve que los hechos trágicos no

sirven para renovarla y que el error continúa, que al hombre no le gusta estar de pie y que prefiere caer.

Alma mía, sangre mía, espíritu mío,  
esqueleto de mi alma, agua que soy,  
calor que soy, sol obscuro,  
¿por qué dejas que me canse?  
¿por qué me entra esta gana mortal de estarme quieto,  
este afán de exterminio?  
¡Qué poco me has dado  
a cambio de tantas ofrendas!  
¡Qué breve tu alegría,  
qué corta tu serenidad!

Estoy triste, apagado, triste de mí,  
pero triste como un perro triste,  
como un buey herido.  
(No soy más que un caballo con las patas quebradas,  
un zopilote domesticado,  
un lagarto de circo.)

No tengo ganas de averiguar lo que soy.  
Pero me siento untado, embarrado  
de grasas y de telarañas,  
de miga de pan  
y de palabras que el bueno de Dios  
pone en mi alma algunas noches.

(NRP, pp. 184-185)

### c) Job

El libro de Job --como señala C. G. Jung<sup>37</sup>-- sirve como paradigma de un modo de experimentar a Dios que tiene especial significación en nuestro tiempo; son experiencias que irrumpen en el hombre y de las cuales no es posible librarse por medio simple-

<sup>37</sup> Respuesta a Job, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 14.

mente de operaciones intelectuales o de fugas sentimentales. Jung señala que el hombre debe saber, aprender, qué es lo que lo afecta para que la ceguera y la pasión se conviertan en conocimiento. Le interesa sobremanera cómo un hombre de hoy, culto y educado cristianamente, se enfrenta a las tinieblas divinas y éstas obran sobre él.

Creo que Sabines es un ejemplo de este hombre de nuestros días que no puede abandonar el pensamiento de enfrentarse a Dios en el plano de la justicia y en el de la moral. Como Job, Sabines se pregunta si trasciende el hombre, hacia dónde, por qué se queda yerto, por qué vive muriendo, por qué hay injusticia y a veces no pesa sobre el injusto el castigo y en cambio sí lo recibe el justo. Muchas evidencias desatan su gemido, como dice María Zambrano: la muerte, las injusticias, la idea del nacimiento impuro. "Job asume la totalidad del padecer a solas desde su sola transcendencia despierta, plenamente actualizada."<sup>38</sup>

En muchas ocasiones el tono que emplea Sabines tiene como antecedente al Libro de Job, un tipo de expresión característica de un tiempo en el que las promesas de la vida terrestre se vienen abajo: los tiempos patriarcales no representan para nadie una respuesta. Sabines se rebela, se considera injustamente agredido y entra en altercado con Quien ha hecho del mundo lo que es.

Igual que Job, Sabines se siente excluido de la naturaleza y de los hechos de la historia y reclama participación en esos hechos y justicia para el sufrimiento. Reclama conocer, aunque la iluminación le provoque más dolor. Llega a sentirse personalmente atacado por Dios y a considerar que en su especie se recarga el dedo de la fatalidad. Sus desgarramientos y sus diálogos interiores lo aproximan a Job:

---

<sup>38</sup> María Zambrano, El hombre y lo divino, FCE, México, 1973, p. 397.

De la cabeza me jalan,  
con un anzuelo me jalan en las mañanas,  
en las noches.  
Del corazón me jalan  
con una aguja,  
me clavan un diente en el ojo.  
Masco vidrio a la hora de dormir,  
cuando toca el viento las puertas  
y quieren entrar los fantasmas.  
¿Quién iba a decirme, quién iba a decirme  
nada?  
¿Quién podría llorar por mí  
echado en la pared, a estas horas?  
Ay, qué largo,  
qué interminable, ay,  
qué ay tan hondo, tan sin cuerpo ni sangre,  
qué lamento tan mío y tan tuyo, tan de nadie,  
ay, ay, quiero llorarlo de un golpe,  
quiero morirlo de una vez.  
Yo no te digo estas cosas para recordarlas,  
no quiero que me recites nunca.  
Yo quiero golpearte con mi dolor,  
quiero echarte al rostro las lágrimas.  
Quiero que despiertes, nada más,  
para que veas que todo es inútil.

(NRF, p. 160)

Sabines se pregunta por el dolor que lo atenaza e interpela a Dios, que no le responde con palabras; como a Job, le interesa menos el sufrimiento que la justicia. Se atreve al altercado, antropomorfiza a Dios, lo personaliza como a una fuerza dotada de características que se aplican al hombre; y va más lejos, lo despoja de Su divinidad, lo rebaja moralmente:

Quiero que tu divina presencia, Comecaca,  
apuntale mi espíritu eterno.  
Quiero que el coro de las estrellas  
cacofónicas truene.

Quiero que el viento me recorra de norte a sur,

de este a siempre.

Quiero crecer como una piedra regada todas las mañanas por el jardinero del sol.

(NRP, p. 114)

y atraviesa por el mismo itinerario que Job para llegar de la tribulación al conocimiento y al arrepentimiento.

De su experiencia en la vida, de su experiencia con la muerte que lo golpea frecuentemente a través de sus seres queridos, de la experiencia de ver su propio cuerpo cediendo al cansancio y a la vejez, surgen las interrogantes por las que el sufrimiento busca una explicación y una salida. Para Buher las preguntas que se hace Job nacen como las de toda una generación acerca del sentido de su destino histórico.<sup>39</sup> "Job lucha contra la lejanía de Dios, contra la divinidad que se enfurece y permanece en silencio, se enfurece y 'oculta su rostro', es decir, contra la divinidad que siendo antes una persona próxima, se ha tornado en un poder siniestro. (...) Esta ocultación, el eclipse de la luz divina, es el origen de su abismal desesperación."<sup>40</sup>

Del mar, también del mar,  
de la tela del mar que nos envuelve,  
de los golpes del mar y de su boca,  
de su vagina obscura,  
de su vómito,  
de su pureza tétrica y profunda,  
vienen la muerte, Dios, el aguacero,  
golpeando las persianas,  
la noche, el viento.

(NRP, p. 228)

Como Job, que asediado por el dolor exclama:

39 Buher en Leo Baeck et al., La hora de Job, Monte Avila, Caracas, 1971, p. 22.

40 Idem, pp. 28-29.

Sabed ahora que Dios me ha derribado,  
Y me ha envuelto en su red.  
He aquí, yo clamaré agravio, y no seré oído;  
Daré voces, y no habrá juicio.

(Job 19, 6-7)

Así Sabines:

A picotazos me tratas  
y estoy cansado, malherido.  
Tercamente, igual que un mono, estoy limpiándome,  
quitándome las manchas con todo y piel,  
caído en tu tierra de almas.

(NRP, p. 156)

O cuando Job dice:

Desde la ciudad gimen los moribundos,  
Y claman las almas de los heridos de muerte,  
Pero Dios no atiende su oración.

(Job 24, 12)

Sabines parece encarnarlo:

La desgracia ha barrido el lugar  
y ha cercado el lamento. ,  
Coros de ruinas organiza el viento.  
Viudos pasan y huérfanos,  
y mujeres sin hombre,  
y madres arrancadas, con la raíz al aire,  
y todos en silencio.

(NRP, p. 76)

y suplica:

¡Apíadate de mí!  
Quiero pedir piedad a alguien.

Voy a pedir perdón al primero que encuentre.  
Soy una piedra que rueda  
porque la noche está inclinada y no se le ve el fin.

Me duele el estómago y el alma  
y todo mi cuerpo está esperando con miedo  
que una mano bondadosa me eche una sábana encima.

(NRP, pp. 162-163)

Igual que Job, Sabines formula sus preguntas frente a la perplejidad ("Abandonado estoy, sarna de Job, / paciencia mía", NRP, p. 163) y pide una respuesta de por qué ocurren las cosas, por qué el mundo es hostil e incoherente:

Todo está sumergido y permanece  
en el oscuro sol radiante,  
en la líquida luz cuya forma enigmática  
palpamos con los dedos  
mientras el corazón pregunta: ¿qué es?

(NRP, p. 164)

E igual que a Job, "Dios le replica demostrándole que el mundo es aún más extraño de lo que había imaginado, pero que así y todo tiene un significado."<sup>41</sup> La respuesta la ha puesto Dios ante sus ojos y la ha sembrado en su corazón:

Job yace abrumado por el peso de la ira divina, él nada había hecho que pudiese atraerla sobre sí, que explicase esa señalada persecución. No era necesario, porque detrás estaba actuando como supuesto, como fondo del misterio, el Libro del Génesis, la historia de la creación del hom-

---

<sup>41</sup> Roth, en La hora de Job, p. 40.

bre y de su rebeldía, de su salida de la nada. Bastaba, pues, recordarle su condición.<sup>42</sup>

Como se mencionó anteriormente, para Sabines es importante el reconocimiento del mito primordial para saber sobre el hombre y sobre Dios. El mito de la Caída le recuerda que el origen del mal está en el seno del hombre y que su abismamiento en el tiempo y en la soledad provienen de una elección. El Génesis le recuerda que Dios hizo al hombre capaz de estar de pie, pero también lo hizo libre de caer, pues Dios valora la libertad humana: así como el hombre puede pecar, también puede elegir hacer el bien. El arrepentimiento le enseña que Dios odia el pecado y no al pecador y que sabe tener piedad por quien solicita Su perdón. También para Kierkegaard la verdad es una posesión inmanente y eterna que puede hacerse actual con sólo que el hombre se despoje de su condición temporal y regrese a su estado original de ser y conocimiento, fuera del tiempo y del orden existente.<sup>43</sup>

Las lágrimas --ese elemento que Ulalume González de León llama insólito en la poesía mexicana,<sup>44</sup> pero que no lo es tanto si se piensa, por ejemplo, en Sor Juana: "...pues entre el llanto que el dolor vertía / el corazón deshecho destilaba..."; en Díaz Mirón: "...mi acento crepuscular / canta y llora, y es al par / Te deum y Miserere..."; González Martínez: "No turbar el silencio de la vida, / y sosegadamente / llorar, si hay que llorar, como la fuente / escondida..."; Owen: "Qué sin eco mi llanto, hoy, nublándome / en mi elevada soledad sin ángeles..."; Pellicer: "Ya no me hagas llorar por la llorada / soledad en que estoy, Virgen María..."; Acuña: "...que es mucho lo que sufro /

42 M. Zambrano, op. cit., p. 36.

43 J. Collins, op. cit., p. 167.

44 "Sabines, piezas de un rompecabezas", en M. Mansour, Uno es el poeta, p. 302.

que es mucho lo que lloro / que ya no puedo tanto / y al grito en que te imploro...", etc.-- tienen en la obra de Sábines un significado también bíblico: derramarlas porque está lejos el consuelo para reanimar al alma, porque es grande la desolación, y son, además, característica propia del hombre:

El mar se mide por olas,  
el cielo por alas,  
nosotros por lágrimas.

(NRP, p. 9)

+++

La vida no es fácil.  
Es más fácil llorar, arrepentirse.

(NRP, p. 27)

+++

Mira el odiado llanto,  
mira este mudo llanto embrutecido,  
sacúdelo del árbol de mis ojos,  
arráncalo del pecho sacudido.

(NRP, p. 54)

+++

¡A la chingada las lágrimas!, dije,  
y me puse a llorar  
como se ponen a parir.

(NRP, p. 229)

Las mueve el deseo de convencer a Dios más que al prójimo, representan al alma derramándose, al corazón lánguido frente a la maldad que habla por los ojos. Sus poemas son a veces endechas o lamentaciones que suplican la justicia de Dios; arrancan

del duelo y del patetismo, de donde brota la confianza en Él:

Igual que los cangrejos heridos  
que dejan sus propias tenazas sobre la arena,  
así me desprendo de mis deseos,  
muerdo y corto mis brazos,  
podo mis días,  
derribo mi esperanza,  
me arruino.  
Estoy a punto de llorar.

(...)

Me duele el estómago y el alma  
y todo mi cuerpo está esperando con miedo  
que una mano bondadosa me eche una sábana encima.

(NRP, pp. 161-162)

En la Biblia el dolor del corazón se expresa en los ojos nublados (Lamentaciones 3, 49); así es también en Sabines, quien además insiste en la fe en Dios como única salvación (Isaías):

Dios, árbol mío: déjame caer de ti como tu sombra.

(NRP, p. 189)

+++

¡Bien haya la sombra del árbol  
llegando a la tierra,  
porque es la luz que llega!

(NRP, p. 230)

Como Job, finalmente, Sabines se reconcilia con la vida y con su fe; supera el enigma del sufrimiento por medio de revelaciones particulares, es decir, por medio de lo que la experiencia como individuo le revela acerca de lo general. Sabines

no consigue mostrarse orgulloso de su integridad, como Job, y este elemento basta para que comprenda el porqué de su sufrimiento; además: "Dios ordena al sufriente que aparte la mirada de sí mismo y contemple el vasto universo para alcanzar una estimación más justa del lugar que en él le cabe al hombre."<sup>45</sup> Después de interpelar y dudar concluye que no debe atribuirse a Dios la maldad del hombre, porque el sufrimiento de éste tiene su origen en la humanidad y no es válido poner a Dios por delante de nuestros errores. Además, el hombre no está excluido ni de la naturaleza ni de los hechos de la historia y, por el contrario, sí participa en la justicia y en el sufrimiento y sus causas.

En su obra está presente la creencia en el valor didáctico del dolor, la idea de que éste y el sufrimiento son inherentes al proceso de ser hombres, ya que existe el sufrimiento que provocan las acciones y el sufrimiento propio de la limitación humana.

No lo salves de la tristeza, soledad,  
no lo cures de la ternura que lo enferma.  
Dale dolor, apriétalo en tus manos,  
muérdele el corazón hasta que aprenda.  
No lo consueles, déjalo tirado  
sobre su lecho como un haz de yerba.

(NRP, pp. 39-40)

+++

Al pie del día,  
de la mano de una madre estelar,  
mi corazón sonríe y espera.  
Como esos niños de ojos grandes y misteriosos,

---

45 Peake, en La hora de Job, p. 170.

tocado de gracia, mi corazón,  
mira en las cosas las profecías cumplidas.  
Dueño de mi corazón que me sostiene,  
estoy pensando en el riguroso vivir  
mientras la hora desciende hasta la soledad radical  
de mis huesos sobrevivientes.  
Esta es mi substancia comunicada,  
ni dentro ni fuera de mí, yo mismo,  
un mismo aire, yo, surtidor del mundo.  
Soy exacto en el contorno de todas las cosas,  
aunque a veces sólo sé que soy un hombre,  
este hombre, esta limitación.

(NRP, pp. 148-149)

+++

Todo lo que digo de ti es cierto  
cuando te bendigo,  
cuando hablo mal de ti:  
es lo que Tú dices de Ti,  
yo soy tu instrumento.

(...)

Yo no me lamento.  
Yo siento que estoy bien,  
que está bien todo lo que has hecho o deshecho.  
Tú eres el más fuerte.

(NRP, p. 157)

Sabines, como Job, es el hombre que de su experiencia con lo sagrado se concibe como echado al mundo, repitiendo a lo largo de su existencia la situación del recién nacido al que cada minuto engendra desnudo y desamparado, rodeado de lo desconocido, pero "Gracias a la experiencia de lo sagrado --que parte del vértigo ante su propia oquedad-- el hombre logra asirse como lo que es: contingencia y finitud".<sup>46</sup>

No podemos escapar a nuestra condición limitada y, aparte del sufrimiento que nos produce ignorar, se añade el de ser perecederos. Sin embargo, esto no es producto de un pecado hereditario a causa de Adán y Eva, pues ellos son solamente símbolo del pecado de soberbia que cotidianamente cometemos y de nuestra rebeldía frente a lo que nosotros mismos provocamos. Somos víctimas del sufrimiento que producimos, pero éste, de cualquier tipo que sea, puede ser también causa de nuestra elevación o de nuestra degradación: esto depende de cada hombre; existe quien se derrumba y quien se fortalece.

El dolor es inesperado y no perdona, llega en miles de formas; también se puede huir de él en otras tantas maneras; la bebida, la enajenación, la indiferencia... No para Sabines, para quien la expiación es también una forma de aproximación a Dios porque es elevación del alma:

Me habló de la marihuana, de la heroína, de los hongos, de la llaguasa. Por medio de las drogas llegaba a Dios, se hacía perfecto, desaparecía.

Pero yo prefiero mis viejos alucinantes: la soledad, el amor, la muerte.

(NRP, p. 267)

Para Sabines es importante crecer con el sufrimiento, aumentar la fuerza interior; que no se convierta en amargura sino que engendre vida y luz y se vuelva comprensión y amor, tolerancia, básicamente humildad, capacidad de perdonarnos y de perdonar, de enmendarnos, de transformarnos y de renovar el amor por la vida; que el dolor se vuelva fuente de sabiduría: en él el hombre se descubre como lo que es, así como su capacidad de vivir y de continuar adelante.

## 2. Las cuatro dimensiones bíblicas del amor

Conforme al pensamiento bíblico --que ha sido para Sabines fuente de consuelo y solidaridad, fundamento y piedra de toque que lo ha ayudado a construirse una actitud frente a la vida-- es importante considerar el tema básico del amor, ya que se relaciona tanto con la moral como con la fe y determina la relación con el mundo. Es imposible en el pensamiento bíblico conocer a Dios si no se es capaz de amar, porque "Dios es amor" y "El que no ama no conoce a Dios" (San Juan), y quien desee conocerlo sólo podrá llegar a Él por la vía del amor, que es, además, el mismo camino por el que el hombre puede llegar a la felicidad que busca.

"Caminar en la luz es amar. Caminar en las tinieblas es el odio, el egoísmo y el desamor. La mentira moral y la hipocresía religiosa son no amar a los demás, aunque se afirme que se ama a Dios, (eso) es el pecado."<sup>47</sup> Sólo quien se conoce y ha madurado como hombre se acepta en su verdadera dimensión y amplía su horizonte, vence su angustia, su miedo, su soberbia, su soledad y encuentra en sí mismo y en sus semejantes el fundamento de su vida y su realización, pues la historia es su tarea y su responsabilidad; y el hombre no puede llegar a Dios, relacionarse con el mundo ni con los demás en tanto no haya emprendido el camino hacia sí mismo y la comprensión de su destino.

Estas son las cuatro dimensiones que muestra la Biblia en su concepción del hombre, cuádruple relación en la que obra la realización de sí mismo: "El hombre se va haciendo a sí mismo como un acontecer y se realiza en la madurez de sus relaciones personales. Con el mundo, por el trabajo y la creatividad. Con los

<sup>47</sup> Enrique Maza, op. cit., p. 18.

otros, al encontrarlos como sujetos de relación y construir con ellos la comunidad humana (...)."48 Consigo mismo, mediante un largo proceder que lo lleva al autoconocimiento y la autoaceptación. Y con Dios --al final del proceso--, mediante la búsqueda de un proceder que lo relacione con Él y que está basado en los pasos anteriores.

### 2.1. El amor a uno mismo

Como hemos intentado explicar en páginas anteriores, Sabines concluye, después de un largo y penoso proceso, que luchar por superar su condición humana es combatirse a sí mismo; cree que desear abjurar de su condición es traicionar a la vida. En la Biblia ha encontrado una explicación a su destino, una respuesta a sus preguntas acerca de la vida y la muerte, acerca del sufrimiento, de la presencia de Dios en su vida; pero también ha aprendido que es el hombre quien debe preparar el terreno para que se realicen las promesas.

Su idea del amor se inserta en este contexto religioso. Aquelado por la soledad busca un lenguaje que lo aproxime a la sociedad y lo ayude a convertir la vida en rito vivificador.

Para Sabines solamente el qué se descubre y se acepta comienza a vivir dentro de la realidad auténtica, a producir para ella. La verdadera fe, incluso, sólo puede cimentarse sobre esto y en la creencia en que Dios creó por amor al hombre y por amor lo hizo participe de un plan.

Para Sabines no se trata de ser héroes sociales o culturales,

---

48 Idem, p. 21.

sino de ser héroes cósmicos; lo que significa ser hombres al servicio de la vida, en producción para ella y por la fe que en ella se tiene. Vivir para que la vida tenga un sentido; desentrañar el misterio que habita en el corazón del hombre --el órgano que está ligado al invisible misterio de la creación-- y elevar la conciencia de la soledad al plano de lo infinito para librarnos de ella. Si la vida diaria no se vuelve un deber de proporciones cósmicas y no se tiene el valor para enfrentarse a la angustia de lo absurdo se convierte en un fracaso.

El conocimiento de uno mismo implica el conflicto interior, enfrentar la angustia y la desesperación, buscar una respuesta a las preguntas de quién soy, qué soy y por qué fui creado. Afrontar sin soslayar cualidades y defectos, recursos y limitaciones, temperamento y fragilidades; la soledad como una oportunidad para reflexionar y el dolor como una didáctica:

No quiero paz, no hay paz,  
quiero mi soledad.  
Quiero mi corazón desnudo  
para tirarlo a la calle,  
quiero quedarme sordomudo.  
Que nadie me visite,  
que yo no mire a nadie,  
y que si hay alguien, como yo, con asco,  
que se lo trague.  
Quiero mi soledad,  
no quiero paz, no hay paz.

(NRP, p. 57)

Para Kierkegaard --y esta es una verdad de todas las religiones-- no podría haber existencia auténtica sino para el hombre que haya conocido la soledad, pues ahí el ser se recoge, toma conciencia de sí y se pone en las condiciones adecuadas para experimentar la necesidad de lo Absoluto. Soledad que no debe con-

fundirse con el aislamiento físico (el prisionero) o moral (el misántropo o el incomprendido) o del que niega todo lo que está fuera de uno. Soledad comprendida dialécticamente y no como algo absoluto; soledad que no nos concentre sólo en nosotros, sino que exacerbe el deseo de comunicación con los demás hombres y con lo Absoluto; que descubra la necesidad de la comunión.

Para Eliade, cuanto más religioso es el hombre más real es, más se arranca de la irrealidad de un devenir privado de significación y más consigue realizar su vida en dos planos: el de lo devenir y lo temporal y el de la eternidad y la sustancia.<sup>50</sup>

...la experiencia magico-religiosa permite la transformación del hombre mismo en símbolo. Todos los sistemas y experiencias antropocósmicas son posibles en la medida en que el hombre se convierte él mismo en un símbolo. Hay que añadir sin embargo que en este caso su propia vida queda considerablemente enriquecida y amplificada. El hombre no se siente ya un fragmento impermeable, sino un cosmos vivo abierto a todos los otros cosmos vivos que lo rodean.<sup>51</sup>

La experiencia del amor es la que permite alcanzar la plenitud de la existencia. No se trata del amor trivial, el del enamoramiento o el del romanticismo, sino del amor que somete a juicio todos los valores existentes, que se convierte en experiencia radical y alumbradora. Y la experiencia del amor es también la experiencia de lo sagrado para el cristiano porque Dios es amor.

Narcisismo y amor a uno mismo no deben ser entendidos como lo mismo. El primero significa alienación y no expresión del amor del yo; es aislamiento incluso de uno mismo porque es incapaci-

50 M. Eliade, Tratado de historia de las religiones, p. 410.

51 Idem, p. 407. El subrayado es de Eliade.

dad de amar aun a la propia persona; no descubre lo que es susceptible de articularse con el otro ni apunta a la realización; es sólo autocontemplación rota la comunicación con la conciencia que rompe la síntesis armoniosa de la persona. El repliegue es la incomunicación que obstaculiza las relaciones, genera soledad y angustia y contrarresta el amor.<sup>52</sup>

El amor a uno mismo, por el contrario, será el que nos arranca de la soledad radical --el que rompa el "monólogo infecundo" que decía Torri-- y nos relacione con los otros. Será el que a raíz del enfrentamiento con la conciencia nos revele que somos copartícipes de un proyecto que no puede realizarse sin el hombre y que ese proyecto es el amor en el que se realiza lo humano, lo trasciende y lo orienta hacia la plenitud. Tarumba es un ejemplo claro de esto, diálogo interior, desdoblamiento en un alter ego, afirmación en el mundo, protesta de alguien que quiere romper los muros de un ambiente hostil y salir al mundo; mirada que se despliega en su entorno y que encuentra sus nexos, paralelismos y relaciones ocultas no sólo con los otros, sino con la naturaleza que lo ilumina sobre su propio ser.<sup>53</sup>

El amor es un proceso, un aprendizaje que empieza en la autoaceptación, la humildad y el perdón a uno mismo; no forjarse uno como su propio ídolo a quien adorar, sino reconciliarse con lo que es de finitud y temporalidad. Sólo en esa medida el hombre se trasciende, va más allá de sí mismo y se convierte en puente, en comunicación:

---

52 E. Maza, op. cit., p. 100.

53 Para las relaciones hombre/naturaleza y humano/vegetal véase "Adán y Eva" de Mónica Mansour incluido en su recopilación Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos, pp. 73-101. Donde analiza el uso de equivalencias sintácticas, léxicas, morfológicas y fonológicas de este poema, rasgos que se repiten a lo largo de toda la obra de Sabines, quien en su concepto del hombre no establece diferencia con el mundo natural sino relaciones; nace, madura y muere para integrarse a la tierra de donde fue creado.

...y el amor, como el más complejo de todos los sentimientos humanos, es la piedra angular donde la persona se encuentra a sí misma, descubre su destino en el mundo y aprecia la cuestión tiempo-espacio con una valoración tan apremiante que a veces se torna angustiada.<sup>54</sup>

Estos son "Los amorosos", los que creen en lo posible a pesar de un mundo que niega el amor, lo vulgariza y lo despoja de toda trascendencia. Son los esperanzados que afrontan su responsabilidad en la historia, los que se dan y transforman el ámbito en que viven en una búsqueda interminable para alcanzar algo. Son los que esperan algo que vendrá, o tal vez no, llevados por la fe y por el amor. Conformarse es negar la esperanza, cancelar el futuro. "Los amorosos" construyen el porvenir en virtud del amor, que llevan consigo a todas partes y que crean todos los días incansablemente como algo nuevo:

Los amorosos callan.

El amor es el silencio más fino,  
el más tembloroso, el más insoportable.

Los amorosos buscan,

los amorosos son los que abandonan,  
son los que cambian, los que olvidan.

Su corazón les dice que nunca han de encontrar,  
no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos

porque están solos, solos, solos,  
entregándose, dándose a cada rato,  
llorando porque no salvan al amor.

Les preocupa el amor. Los amorosos  
viven al día, no pueden hacer más, no saben.

Siempre se están yendo,  
siempre, hacia alguna parte.

Esperan,  
no esperan nada, pero esperan.

---

54 Luis Bonilla, El amor y su alcance histórico, Revista de Occidente, Madrid, 1964, p. 9.

Saben que nunca han de encontrar.  
El amor es la prórroga perpetua,  
siempre el paso siguiente, el otro, el otro.  
Los amorosos son los insaciables,  
los que siempre --¡qué bueno!-- han de estar solos.

Los amorosos son la hidra del cuento.  
Tienen serpientes en lugar de brazos.  
Las venas del cuello se les hinchan  
también como serpientes para asfixiarlos.  
Los amorosos no pueden dormir  
porque si se duermen se los comen los gusanos.

En la obscuridad abren los ojos  
y les cae en ellos el espanto.

Encuentran alacranes bajo la sábana  
y su cama flota como sobre un lago.

Los amorosos son locos, sólo locos,  
sin Dios y sin diablo.

Los amorosos salen de sus cuevas  
temblosos, hambrientos,  
a cazar fantasmas.  
Se ríen de las gentes que lo saben todo,  
de las que aman a perpetuidad, verídicamente,  
de las que creen en el amor como en una lámpara de  
inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,  
a tatuar en humo, a no irse.  
Juegan el largo, el triste juego del amor.  
Nadie ha de resignarse.  
Dicen que nadie ha de resignarse.  
Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.

Vacíos, pero vacíos de una a otra costilla,  
la muerte les fermenta detrás de los ojos,  
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada  
en que trenes y gallos se despiertan dolorosamente.

Les llega a veces un olor a tierra recién nacida,  
a mujeres que duermen con la mano en el sexo,  
complacidas,

a arroyos de agua tierna y a cocinas.  
Los amorosos se ponen a cantar entre labios  
una canción no aprendida.  
Y se van llorando, llorando  
la hermosa vida.

(NRP, pp. 30-32)

## 2.2. El amor por los otros

Sólo por medio de este conocimiento se puede entablar una verdadera relación hacia afuera, aplicando a los demás los mismos conceptos que a uno, siendo tolerantes y comprensivos.

Todo amor es un amor hacia Dios, un amor todavía incompleto, frecuentemente latente o encaprichado, que al mismo tiempo precipita por sus caminos las cosas hacia Dios. Que el hombre ame una cosa, un valor, como un valor del conocimiento, que ame la naturaleza en esta o en otra parte suya, que ame a un hombre como amigo, u otra cosa cualquiera: esto quiere decir siempre que sale de sí mismo, de su centro personal como unidad corpórea, y que coopera por medio de esta acción a afirmar, a impulsar, a bendecir, una tendencia hacia su peculiar perfección, que existe en los objetos que le rodean.<sup>55</sup>

Sabines observa que en nuestra sociedad el amor se ha convertido en un hecho desvirtuado de su esencia, no trasciende, no dura, está desposeído de fuerza, de virtud; es una pasión que arrebatada y desaparece, que no resiste el tiempo:

Vine buscando al amor. Pensé que el amor era el único refugio contra los bombardeos nocturnos. Y encontré que el

---

55 Max Scheler, Muerte y supervivencia, Revista de Occidente, Madrid, 1934, p. 128.

amor no podía salvarse. El amor dura sólo un instante. Es corrompido por el tiempo, no soporta la ausencia, apesta con las horas, se somete a las glándulas, está a la intemperie.

(NRP, p. 222)

Sin embargo, el vínculo que lo lleve a la comunicación puede ser únicamente de índole amorosa: la amistad, la comprensión, la solidaridad, el erotismo, la sexualidad o la poesía, son el puente que se tiende sobre el vacío y comunica; la relación con lo otro que se vuelve interdependencia y fusión cuando es comunión verdadera que se vuelve diálogo y conocimiento. Sabines busca al otro, lo requiere:

Estoy como vacío.

Quisiera hablar, hablar, pero no puedo  
no puedo ya conmigo.

(...)

Fuego de la purísima concepción, poesía,  
bochorno de mi amigo,  
sálvame de mí mismo.

Yo soy la tierra ronca, el apretado  
yunque en el que cae tu martillo,  
me soporto, te espero, ayúdame  
a hablar limpio.

Ayúdame a ser solo,  
y a ser sólo moneda que en bolsillos  
de pobres socorra el agua fresca,  
el pan bendito.

(...)

(NRP, pp. 53-54)

+++

¡Te quiero! ¡Te quiero cucaracha, María, Rosa, lepra,  
Isabel, cáncer, hepatitis, Gertrudis, manzana, mariposa,  
becerro, nogal, río, pradera, nube, llovizna, sol, esca-  
rabajo, caja de cartón, te quiero, flor pintada, plume-  
ro, amor mío! Te quiero. No puedo vivir sin nadie. Me  
voy.

(NRP, pp. 222-223)

Y el ojo se tiende como ese puente que también se realiza en la poesía. Ramón Xirau escribió en la presentación a Voz viva acerca del especial privilegio que otorga Sabines a este sentido, que es un casi participar corporalmente en el mundo. Mirada que convierte al cosmos en experiencia amorosa, que lo erotiza en el deseo de poseerlo.

La experiencia amorosa nos da de una manera fulgurante la posibilidad de entrever, así sea por un instante, la indisoluble unidad de los contrarios. (...) Como todo movimiento del hombre, el amor es un "ir al encuentro".<sup>56</sup>

En su obra el amor no ha perdido su carácter de mito y de rito; es una experiencia límite que lo comunica con lo sagrado y le revela algo de su humanidad. Sin embargo, habla frecuentemente de la manera en que ha sido afectado por la vida cotidiana, donde ya no se ordena ni en torno de la felicidad ni como una aproximación con lo Absoluto, sino que reproduce los mecanismos sociales de una comunidad que no acepta otra cosa que los valores del poder y que, por lo tanto, expresa las limitaciones de carácter, las carencias, deseos y frustraciones inherentes a la relación del más fuerte. Sabines cree que, a pesar de estar marcado por la acción social, desarrolla fuerzas secretas en el hombre, remite a lo sagrado y revela algo sobre la humanidad, así sea su entorno desacralizado y su vida cotidiana sumida en la banalidad:

Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las doce del día. Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia. Pero a las dos

de la tarde, o a las tres, cuando me pongo a pensar en nosotros dos, y tú piensas en la comida o en el trabajo diario, o en las diversiones que no tienes, me pongo a odiarte sordamente, con la mitad del odio que guardo para mí.

Luego vuelvo a quererte, cuando nos acostamos y siento que estás hecha para mí, que de algún modo me lo dicen tu rodilla y tu vientre, que mis manos me convencen de ello, y que no hay otro lugar en donde yo me venga, a donde yo vaya, mejor que tu cuerpo. Tú vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos un instante, nos metemos en la boca de Dios, hasta que yo te digo que tengo hambre o sueño.

Todos los días te quiero y te odio irremediablemente. Y hay días también, hay horas, en que no te conozco, en que me eres ajena como la mujer de otro. Me preocupan los hombres, me preocupo yo, me distraen mis penas. Es probable que no piense en ti durante mucho tiempo. Ya ves. ¿Quién podría quererte menos que yo, amor mío?

(NRP, p. 122)

Es nuestro medio el que corroe el afecto. La educación, el miedo al fracaso, los atavismos, la posición social, el poder, condenan al amor, lo destruyen y nos condenan a la soledad.

He aquí que tú estás sola y que estoy solo.  
Haces tus cosas diariamente y piensas  
y yo pienso y recuerdo y, estoy solo.  
A la misma hora nos recordamos algo  
y nos sufrimos. Como una droga mía y tuya  
somos, y una locura celular nos recorre  
y una sangre rebelde y sin cansancio.  
Se me va a hacer llagas este cuerpo solo,  
se me caerá la carne trozo a trozo.  
Esto es lejía y muerte.  
El corrosivo estar, el malestar  
muriendo es nuestra muerte.

(NRP, p. 147)

Alrededor están los gérmenes: somos seres contaminados para el amor, amoldados al conflicto y a la desolación. No hay obstáculos para el amor, sin embargo, la vulgaridad de la vida cotidiana, la ciudad que nos desidentifica y consume, los problemas laborales, económicos, de vivienda, se convierten en los impedimentos. Junto a ellos está el hombre acostumbrado a la infelicidad, que aloja el deseo en su corazón y ahí lo deja morir, que necesita de un modelo social y alcanzar ciertos privilegios, cierto modo de vivir donde el amor no desempeña ningún papel y más bien es un conflicto donde se elude el compromiso y se busca en el erotismo no otra cosa que una compensación a las tensiones a que somete la vida llena de atavismos y obligaciones:

Canonicemos a las putas. Santoral del sábado: Bety, Lola, Margot, vírgenes perpetuas, reconstruidas, mártires proveedoras llenas de gracia, manantiales de generosidad.

Das el placer, oh puta redentora del mundo, y nada pides a cambio sino unas monedas miserables. No exiges ser amada, respetada, atendida, ni imitas a las esposas con los lloriqueos, las reconvenciones y los celos. No obligas a nadie a la despedida ni a la reconciliación; no chupas la sangre ni el tiempo; eres limpia de culpa, recibes en tu seno a los pecadores, escuchas las palabras y los sueños, sonríes y besas. Eres paciente, experta, atribulada, sabia, sin rencor.

(...)

Eres la libertad y el equilibrio; no sujetas ni detienes a nadie; no sometes a los recuerdos ni a la espera. Eres pura presencia, fluidez, perpetuidad.

En el lugar en que oficias a la verdad y a la belleza de la vida, ya sea el burdel elegante, la casa discreta o el camastro de la pobreza, eres lo mismo que una lámpara y un vaso de agua y un pan.

Oh puta amiga, amante, amada, recodo de este día de siempre, te canonizo a un lado de los hipócritas y los perversos, te doy todo mi dinero, te coronó con hojas de yerba y me dispongo a aprender de tí todo el tiempo.

(NRP, pp. 220-221)

En nuestra sociedad entablar relaciones personales maduras representa un conflicto: amar es darlo todo y seguir siendo libres. "El amor no tolera seres eternamente dependientes e infantiles. La personalidad formada del hombre depende de su amor. Formar al hombre es inspirarlo para que forme su amor, como contenido de su libertad. Aquí es donde se resuelve la vida del hombre."<sup>57</sup> Y como el amor significa renunciar al poder, preferimos renunciar al amor a pesar de la antítesis moral, porque amar significa entregar y servir, y el poder es lo contrario.

Si el poder se disfraza de amor, será un amor asfixiante. El amor da, está a la disposición, no asfixia, no domina, no somete, no enajena. Por el contrario, impulsa al otro a ser él mismo y respeta su diferencia. La que engendra las divisiones no es la variedad, sino la uniformidad impuesta. El amor hace libre y se enriquece de la variedad. El poder posee, domina, uniforma.<sup>58</sup>

Para Sábines el amor es, además de aproximación a lo esencial, el vínculo integrador y aglutinante que nos devuelve nuestras partes complementarias, el retorno a la morada vital, el encuentro y el reconocimiento:

Me tienes en tus manos  
y me lees lo mismo que un libro.

---

57 E. Maza, op. cit., p. 23.

58 Idem.

Sabes lo que yo ignoro  
y me dices las cosas que no me digo.  
Me aprendo en ti más que en mí mismo.  
Eres como un milagro de todas horas,  
como un dolor sin sitio.  
Si no fueras mujer fueras mi amigo.  
A veces quiero hablarte de mujeres  
que a un lado tuyo persigo.  
Eres como el perdón  
y yo soy como tu hijo.  
¡Qué buenos ojos tienes cuando estás conmigo!  
¡Qué distante te haces y qué ausente  
cuando a la soledad te sacrifico!  
Dulce como tu nombre, como un higo,  
me esperas en tu amor hasta que arribo.  
Tú eres como mi casa,  
eres como mi muerte, amor mío.

(NRP, p. 142)

Para Sabines el verdadero amor es total, absoluto, por la gente y por las cosas, por uno y por los demás, por el trabajo propio y por el de los otros; la comprensión que engloba a la humanidad entera en el único sentimiento vivificador y aglutinante. El amor que lo abarca todo; que al amar esto también ama aquello; que por elegir amar esto no significa no amar a lo otro, sino que los envuelve en el mismo afecto y en virtud de él los transforma en el otro, pues amar es penetrar. Este término y sus sinónimos es común en la obra de Sabines: penetrar en o entrar, ingresar, estar en, el hueco donde se estuvo, el regazo en que se descansó, el sexo --"lugar secreto", "fosa de nuestra muerte, / final de nuestro entierro", humedad que remite a la humedad primera--, etc. Significan todos conocer al otro, no sólo poseerlo sino más aún, fundirse con él, saberlo y saber-nos: encarnar, en el sentido --también-- cristiano de la comunión, que es la verdadera comunicación y que se expresa en su obra incluso con una terminología donde mística y erótica se

confunden en el mismo plano:

Cada célula es hembra, tierra abierta,  
agua abierta, cosa que se abre.  
Yo nací para entrarte.  
Soy la flecha en el lomo de la gacela agonizante.  
Por conocerte estoy,  
grano de angustia en corazón de ave.  
Yo estaré sobre ti, y todas las mujeres  
tendrán un hombre encima en todas partes.

(NRP, p. 25)

+++

Nadie se duela de la muerte de su hermano  
más que de la del extraño,  
ni se goce en el nacimiento de su hijo  
si no se alegra al parto de la desconocida.  
Lo mismo es una flor que una hormiga...

(NRP, p. 164)

Para Sabines el amor perfecto es "el amor de todos los días", que es "el amor sencillo que un hombre, Juan, siente por su mujer, María. Pero es el amor que ambos sienten por sus hijos y por sus nietos y por sus amigos; es el amor que doy y que me dan mi perro y mi gato; es el amor que me da la planta que siembro y la gallina, que me da sus huevos".<sup>59</sup> El amor abre la comunicación, sensibiliza la piel y la expande al grado de ser la misma del otro; se es el mismo destino, la misma soledad que quiere abrirse, la misma muerte al final, la misma duda; ser el otro y que el otro sea uno mismo:

---

59 J. Sabines entrevistado por Cristina Pacheco, en M. Mansour, op. cit., p. 392.

Jaime, Carlos, Manuel, Pedro, Gilberto,  
tengo todos los nombres de los hombres,  
entiendo por garote, cuasimodo, rododendro,  
paloagrio y aceite,  
azufre, pedernal, gato pómez, rastrojo...

Si alguien se queja en algún lado,  
si alguien mata,  
si alguien es muerto,  
si alguien ama hasta quedarse mudo,  
si alguien se duele o goza de algún modo,  
estoy, no cabe duda, soy yo en algún momento.

(NRP, p. 215)

No puede haber amor, pues, si no es total. La poesía adquiere sólo en este contexto su significado; la vivencia es la posibilidad de experimentar uno mismo la vida del otro, de representarla y expresarla; no es sólo la realidad externa sino la interna de la vida. "De este modo, cada cosa y cada persona cobran una fuerza y un matiz propios que le prestan mis nexos vitales."<sup>60</sup> Esto forma el "valor de la vida", el contenido de ella que hay en mi propio yo, mis estados de espíritu, en los hombres y las cosas que me rodean. "Y esto y no otra cosa es lo que nos hace ver primordialmente la poesía. Su objeto no es la realidad, tal como se da para el espíritu ocupado en conocerla, sino la índole de mi yo y de las cosas, que se manifiesta en los nexos vitales."<sup>61</sup> El amor es, para Sábines, lo que mueve al poeta y al hombre a buscar lo significativo para conocerlo y hallar una verdad en la vida, que es de donde irradian las fuerzas que luego actúan sobre la fantasía:

...la poesía nos abre la comprensión de la vida. Con los

<sup>60</sup> Dilthey, op. cit., p. 128.

<sup>61</sup> Idem.

ojos de los grandes poetas percibimos el valor y la  
conexión de las cosas humanas.<sup>62</sup>

Para Dilthey la auténtica obra poética es la que al tiempo que destaca un corte de realidad representa una cualidad de la vida, la descubre como algo nunca visto y pone de relieve una conexión causal de procesos que revive los valores que, dentro de la trabazón de la vida, corresponden a un acaecimiento y a las diferentes partes que la forman. "El acaecimiento tratado cobra así su significación."

a) Analogía amor paterno-amor divino

Para Kierkegaard el verdadero punto de apoyo de Arquímedes no era otro que la fe en el amor paternal de Dios por nosotros. En determinado momento de su vida se abrió paso en su alma la analogía entre el amor paterno y el amor divino.

Sabines es un hombre de fe que resuelve muchas de las tensiones de su vida a través de un Amor que considera por encima de todos los días. En él encuentra su realización y los valores hallan su cauce y su jerarquía siempre en comunión con Dios. Si bien es posible que no pueda hablarse de una influencia directa, sí encuentro que de su producción literaria surge un intento de llevar a los hombres a una relación religiosa con Dios, como en el caso del filósofo mencionado. Si hay que señalar otra coincidencia será la relación con el padre que ambos sostuvieron en los años de formación. El padre como mentor y guía espiritual en

62 Idem, p. 129.

el plano más profundo que los remite a la fe en el amor paternal de Dios.

Para Kierkegaard "el verdadero hogar del hombre no puede encontrarse estableciendo relaciones imaginarias entre uno mismo y el medio que nos rodea".<sup>63</sup> Convencido de que los males de su época eran más de naturaleza moral que intelectual, buscó una verdad por la cual se debiera vivir y morir, que pidiera sacrificio y fuera una respuesta personal. "La dignidad humana se encontraba en el camino de una vida vivida por un ideal que despertara a los hombres a una acción libre y responsable. Para Kierkegaard esto significaba una vida al servicio de Dios y en relación personal con Él."<sup>64</sup>

Kierkegaard concordaba con Novalis, el poeta romántico, "en que la filosofía es nostalgia, un deseo de volver al hogar, pero llegó a identificar esta nostalgia con nuestro estado viajero en esta vida y nuestro deseo de volver a la patria, a Dios".<sup>65</sup>

Para Octavio Paz la imagen tradicional del Padre es una realidad de gran importancia en nuestra sociedad mexicana:

La familia es una realidad muy poderosa. Es el hogar en el sentido original de la palabra: centro y reunión de los vivos y los muertos, a un tiempo altar, cama donde se hace el amor, fogón donde se cocina, ceniza que entierra a los antepasados. La familia mexicana ha atravesado casi indemne varios siglos de calamidades y sólo hasta ahora comienza a desintegrarse en las ciudades. La familia ha dado a los mexicanos sus creencias, valores y conceptos sobre la vida y la muerte, lo bueno y lo malo, lo masculino y lo femenino, lo bonito y lo feo, lo que se debe hacer y lo indebido. Es el centro de la familia: el padre.<sup>66</sup>

63 J. Collins, op. cit., p. 40.

64 Idem, p. 41.

65 Idem. Cf. nota 13, p. 293.

66 El ogro filantrópico, Joaquín Mortiz, México, 1981, p. 23.

El padre en la obra de Sabines --su padre-- remite a la figura bíblica del patriarca: centro rector, ejemplo de moral y de virtud, el justo, árbol protector, autoridad; Dios es para la humanidad lo que el Mayor Sabines es para su hijo. La realidad se concentra en la figura del Padre celestial y se configura en la del padre cabeza de familia de donde todo surge, el tronco cuya savia alimenta y sostiene las ramas y los frutos. Su raíz lo inició en la vida, su ejemplo fue la buena sombra que lo amparó contra cualquier desastre, su muerte --árbol derribado-- lo deja desamparado y frágil a los embates de la realidad. Cedro del Líbano bíblico; robledal de Chiapas para Sabines:

...Hijo de hombre, di a Faraón, rey de Egipto,  
y a la multitud de sus súbditos:

¿A quién compararte en tu grandeza?

Mira: a un cedro del Líbano

de espléndido ramaje,

de fronda de amplia sombra

y de talla elevada.

Entre las nubes despuntaba su cepa.

Las aguas le hicieron crecer,

el abismo le hizo subir,

derramando sus aguas

en torno a su plantación,

enviando sus acequias

a todos los árboles del campo.

(...)

En sus ramas anidaban

todos los pájaros del cielo,

bajo su fronda parían

todas las bestias del campo,

a su sombra se sentaban numerosas naciones...

(Ezequiel 31, 1-6)

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,  
apostando a crecer como las plantas,  
fijos, inmóviles, girando  
en la invisible llama.  
Y mientras tú, el fuerte, el generoso,  
el limpio de mentiras y de infamias,  
guerrero de la paz, juez de victorias  
--cedro del Líbano, robledal de Chiapas--  
te ocultas en la tierra, te remontas  
a tu raíz oscura y desolada.

(NRP, p. 240)

En los altibajos de la fe el alejamiento de Dios suscita en el hombre la soledad y exacerba hasta la desesperación el sentimiento de abandono. En el cristianismo la verdadera morada del hombre es el amor y abandonar la casa del padre es ir contra el amor, negarlo y repetir el pecado primordial. Como el mandamiento principal del cristianismo es el amor, no se puede llamar padre a Dios si no somos hermanos entre los hombres, pues sólo siendo hermanos podemos reunirnos a la mesa del Padre y partir el mismo pan y sólo la condición de hijos nos caracteriza con respecto a Dios a quien no se llega antes del amor a todo lo demás:

Una comparación aclara. El hijo es libre en la casa de su padre, que es su hogar. Tiene llave, usa las cosas, tiene acceso a sus padres, se sienta a la mesa, comparte los beneficios, vive en el amor de sus padres. Los extraños tienen que tocar la puerta, se les recibe o no, están de visita, no pueden usar libremente las cosas de la casa, no viven en el ambiente de amor y confianza de la familia. Sólo el hijo, el que ama y es amado, es libre en el hogar. Es hijo, desde el punto de vista de sus padres; es libre, desde el punto de vista de los otros. Filiación y libertad van juntas, son dos expresiones de la misma realidad: amor paterno-filial.<sup>67</sup>

<sup>67</sup> E. Maza, op. cit., p. 73.

Para Sabines los tiempos patriarcales son los tiempos ideales. Las costumbres colectivas sobrepuestas a las individuales garantizaban el buen funcionamiento del mundo en el apego a una moral. La nostalgia por esos tiempos responde a un anhelo de reforma social, restituir la armonía, volver a la morada del padre el hijo pródigo solo y desamparado.

La figura masculina ha significado en general el símbolo del fundador y del ordenador, el gran tronco del mundo cuya caída significa la restitución del cataclismo y el desamparo cósmicos. En su obra, el Mayor Sabines es sinónimo de una vida de orden y justicia, el hombre de buen sentido capaz de armonizar o resistir a las tentaciones y amenazas del ambiente, es "la sal de la tierra", que protege contra las embestidas ("El viejo fue un viejo salvaje, primitivo, elemental, que quería construir el mundo por primera vez..."<sup>68</sup>) y cuya pérdida lo sacude y lo desampara:

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,  
por eso es que este hachazo nos sacude.  
Nunca frente a tu muerte nos paramos  
a pensar en la muerte,  
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.  
No lo sabemos bien, pero de pronto llega  
un incesante aviso,  
una escapada espada de la boca de Dios  
que cae y cae y cae lentamente.  
Y he aquí que temblamos de miedo,  
que nos ahoga el llanto contenido,  
que nos aprieta la garganta el miedo.

(NRP, p. 227)

+++

Padre mío, señor mío, hermano mío,  
amigo de mi alma, tierno y fuerte,  
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,  
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,  
tu frente limpia en que aprendí a quererte,  
tu brazo como un árbol en el frío  
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,  
tu boca firme y tu mirada abierta,  
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote a la puerta.  
Parece que yo soy el que me muero:  
¡padre mío, despierta!

(NRP, pp. 234-235)

El Padre (Dios y el Mayor Sabines) es símbolo de protección, de fuerza, cohesión y unidad. Sabines añora los tiempos patriarcales que vio encarnados en su hogar paterno, símbolo de la morada espiritual del hombre. La pérdida del padre es insustituible, su muerte lo convierte en el hijo pródigo que sólo habrá de encontrar nuevamente el consuelo si retorna a Dios para que vuelva a sentir sobre su cabeza el techo protector y si somete su voluntad a una fuerza trascendente donde por amor compromete su libertad y se encauza al bien para restituir los tiempos patriarcales, donde el cabeza de familia proyecta la Ley y el hijo la conservación de ella y la seguridad de la luz que lo ampara.

La idea de que Dios ama al hombre y de que ejerce una acción providencial sobre él, que el padre de Kierkegaard puso en el alma de su hijo, dotó al filósofo de una convicción que le dio consuelo personal en medio de las tribulaciones a lo largo de toda su vida: la convicción de que la confianza en El y la obediencia se asientan en el reconocimiento de Su bondad y de que si lo azota el sufrimiento el hombre puede reanimarse considerando Su amor, tanto el que Dios tiene por el hombre como el que encarnó en él al crearlo. Sabines transmite frecuentemente en su

obra la confianza absoluta en Dios y la voluntad libre de amarlo. La religión es una búsqueda de acercamiento y la sola evocación de Dios como el padre es ya un consuelo que lo reanima en la lucha diaria junto al sufrimiento. Existir religiosamente es unirse individualmente con Dios y empaparse de Su presencia amorosa.

### b) El amor conyugal

Con base en el Antiguo y el Nuevo Testamentos la religión judeocristiana elevó la relación conyugal a un rango de vínculo simbólico entre Dios y el hombre. La realidad secular se erigió pues en realidad divina, y el matrimonio se elevó al nivel de una institución sacralizada.<sup>69</sup> Este amor marcado por el erotismo, la pasión, la ternura, la atracción sexual, basado en la fidelidad y el celo se convirtió en el símbolo de la Alianza entre Dios y el pueblo para Israel. Representaba una vía, entre otras, para recuperar la gracia y circunscribir los signos del desenfreño en una vida dedicada a la abnegación en el amor, la honradez en el placer y la amistad, el trabajo compartido y vivido en el esfuerzo cotidiano por los hijos en quienes se prolongarían las virtudes del hogar.

La mirada de amor que Sabines vierte sobre la mujer --compañera o anónima-- es la misma que vierte sobre la naturaleza en que ve su destino insertado. Pero la realización auténtica reside en asumir al amor como la experiencia más radical que puede vivir el hombre en la relación en pareja, amor sin el cual

---

69 Gilbert Tordjman ha escrito varios libros sobre la relación en pareja como destino humano y aventura cotidiana. Véanse, por ejemplo, La aventura de vivir en pareja o La violencia, el sexo y el amor, ed. Gedisa.

no se sería lo que se es, único amor que salva y eleva porque compromete toda la existencia.

En su obra el concepto bíblico del amor se empalma con la historia, la relación conyugal, la poesía y la vida misma; todos son un itinerario de encuentros y desencuentros, rupturas y reconciliaciones, profundo deseo de conocimiento y fusión que halla su realización plena en el encuentro que es conocimiento y revelación. Más aún,

Al intentar explicar la renovación de (la) historia, el lenguaje bíblico toca todos los registros que ponen a su disposición los matices del simbolismo conyugal: la historia es parto, nacimiento en el dolor, angustia de medianoche, espera del alba, grito y palabra; es también aborto, esterilidad, perdición en las tinieblas opacas, hundimiento en los abismos, asfixia y silencio; es, siempre, milagrosa fecundidad, paso de la medianoche, resurrección de profundis y, aunque sea en los relatos de naufragio, oración y canto.<sup>70</sup>

En su abismamiento y lucha por encontrar la luz, Sabines utiliza con frecuencia metáforas similares, como hemos mencionado con anterioridad. El acto sexual, incluso, es casi un acto sagrado en su obra, un rito que consiste en la repetición de un gesto arquetípico realizado en el principio de los tiempos por los dioses o por los primeros hombres. Es el momento en que el tiempo de lo cotidiano resulta abolido y se convierte en tiempo sagrado. Es un acto despojado de carácter meramente fisiológico y transformado en acto de valor espiritual. Como otros actos de su vida, está alimentado por el propósito de insertarse en lo real que es lo sagrado. Intenta convertir la vi-

<sup>70</sup> A. Neher, op. cit., p. 64.

da en símbolo de lo absoluto y de lo eterno.

El amor conyugal es el que lo inspira, el amor que es posible dentro del matrimonio a pesar de su desacralización en nuestros días que lo vuelve un problema y vulnera a la pareja; éste es el amor que lo alienta, el del matrimonio como un compromiso fundamental y desmesurado al que uno se entrega por voluntad en la realización de un proyecto. Es la pareja que cohabita y desarrolla un acto significativo, pues pone en movimiento las fuerzas generativas del universo. De ahí que rechace el ascetismo, la virginidad o el celibato. Para Sabines es más importante la creación que el pecado que expulsó al hombre del Paraíso, más que la Caída, pues el amor en pareja implica la regeneración y la vida:

¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras  
me dirás que te amo? Esto es urgente  
porque la eternidad se nos acaba.

Recoge mi cabeza. Guarda el brazo  
con que amé tu cintura. No me dejes  
en medio de tu sangre en esa toalla.

(NRP, pp. 214-215)

+++

Cosas que no conozco, que no he aprendido,  
contigo, ahora, aquí, las he aprendido.

En ti creció mi corazón.  
En ti mi angustia se hizo.  
Amada, lugar en que descanso,  
silencio en que me aflijo.

(Cuando miro tus ojos  
pienso en un hijo.)

(NRP, p. 21)

+++

Siempre estás a mi lado y yo te lo agradezco.  
Cuando la cólera me muerde, o cuando estoy triste  
--untado con el bálsamo de la tristeza como para morirme--  
apareces distante, intocable, junto a mí.  
Me miras como a un niño y se me olvida todo  
y ya sólo te quiero alegre, dolorosamente.  
(...)

Desde el oleaje de tu pecho  
en que naufraga lentamente mi rostro,  
te miro a ti, hacia abajo, hasta la punta de tus pies  
en que principia el mundo.  
Piel de mujer te has puesto,  
suavidad de mujer y húmedos órganos  
en que penetro dulcemente, estatua derretida,  
manos derrumbadas con que te toca la fiebre que soy  
y el caos que soy te preserva.

(NRP, pp. 62-63)

Este amor es la verdadera experiencia de lo Otro y es instante de reunión como la llegada al hogar:

Tocar ese cuerpo es perderse en lo desconocido; pero, asimismo, es alcanzar tierra firme. Nada más ajeno y nada más nuestro. El amor nos suspende, nos arranca de nosotros mismos y nos arroja a lo extraño por excelencia: otro cuerpo, otros ojos, otro ser. Y sólo en ese cuerpo que no es el nuestro y en esa vida irremediablemente ajena, podemos ser nosotros mismos. Ya no hay otro, ya no hay dos.<sup>71</sup>

Que en otras palabras Sabines expresa como:

Tú eres mi marido y yo soy tu mujer.  
Tú eres mi hermana y yo soy tu hermano.  
Tú eres mi madre y yo soy tu hijo.  
Los dos somos nada más uno.

Tú te abres y yo te penetro.  
Tú eres María y yo soy José.  
Tú me abrazas y yo te envuelvo.  
Tú eres mi sangre y yo soy tu piel.

Carmen y Rosa, Berta, Beatriz,  
Carlos y Pedro, Jorge, Rubén,  
tú eres el vaso, el agua, la piedra,  
el carbón, el vinagre, la miel,  
yo soy tu boca, tu mano, tu ombligo,  
tu oreja, tu lengua, tu uña, tu pie.

Los dos somos nada más uno,  
somos qué, cuándo, quién.

Tú eres mi hija, mi nieta, mi extraña.  
Yo soy tu marido, tú eres mi mujer.

(NRP, pp. 209-210)

El retorno lo da el amor, la unión con la mujer que es reunión porque trasciende la sexualidad y remite a lo absoluto, manifiesta la raíz misma del hombre, es un sacudimiento por medio del cual desaparece la heterogeneidad del mundo. Es una relación que acepta las imperfecciones y afronta el contacto que pone en juego todas las potencias del hombre, su capacidad de recibir en comunión y entregarse de igual manera. Entrar en el otro y dejar que el otro encarne en uno.

Sabines ama en la mujer a la mujer prototípica que halla su realización en su ser, se entrega a su pareja, se realiza en el amor y en la maternidad, vive en interacción con su naturaleza y une la sexualidad y la fecundidad como una sacralidad que la reconcilia con la vida y la entrega al mundo.

La experiencia amorosa nos da de una manera fulgurante la posibilidad de entrever, así sea por un instante, la indisoluble unidad de los contrarios. (...) Como todo

movimiento del hombre, el amor es un "ir al encuentro".<sup>72</sup>

Kierkegaard mismo consideraba al estado matrimonial como la realización concreta de todo el ideal ético y como la única condición humana dentro de la cual las demandas estéticas legítimas pueden ser honradas y llevadas a su plenitud.

Lo que está presente en forma de esperanza y de tendencia natural en el amor erótico, se transfigura y se realiza más plenamente en el amor conyugal. La contribución ética es una resolución, un propósito y un sentido de responsabilidad para persistir en la unión matrimonial contra viento y marea y afianzarse el uno al otro en medio de los cambios de fortuna. El voto matrimonial es un signo de que la voluntad ética puede dominar el azar y el destino y por esto puede liberar al individuo del confinamiento en la existencia estética.<sup>73</sup>

Se trata de un compromiso que no implica sólo el voto, por supuesto, como es frecuente verlo en nuestros días, sino una especial y tremenda disposición del espíritu para descubrir en el matrimonio sus verdaderas potencialidades de belleza y de felicidad. Es un compromiso que concierne a la totalidad de la existencia y que en la palabra fidelidad implica no sólo no engañar a la mujer sino querer su bien, actuar por ese bien, crear por ese bien, inclusive más allá de la propia felicidad:

...el hombre de la fidelidad ya no busca ver en una mujer solamente ese cuerpo interesante o deseable (...) sino que presiente, apenas abordado, el misterio difícil y grave de una existencia autónoma, extranjera, de una vida total de la que sólo ha deseado verdaderamente un ilusorio o fugitivo aspecto, proyectado quizá por su ensueño.<sup>74</sup>

<sup>72</sup> *Idem*, p. 151.

<sup>73</sup> J. Collins, *op. cit.*, p. 92.

<sup>74</sup> Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, Kairós, Barcelona, 1979, p. 317.

Es un compromiso que afronta, para superarlo, el riesgo de la rutina y el tedio "para poder obtener el bien mayor de la fidelidad a la propia promesa inicial y poder hacer progresos de una clase distinta a las que representan el pasar de un afecto momentáneo a otro".<sup>75</sup>

c) Los hijos: infancia, Paraíso y trascendencia

El ideal de los patriarcas era una posteridad comparable al "polvo de la tierra", a la "arena del mar" o a las "estrellas del cielo". Conforme al pensamiento bíblico, el individuo no tiene precio más que vivo y en la medida en que sirve a ese intento, ya sea obedeciendo la Ley o teniendo descendencia numerosa.<sup>76</sup>

El gran pesar de Abraham, de Ana, de Absalón, por ejemplo, era la falta de un hijo y heredero, esto era una situación terrible en una sociedad tribal basada en la familia:

Dijo Abraham: "He aquí que no me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar."

(Génesis 15,3)

+++

Estando en vida había decidido Absalón alzarse una estela que está en el valle del rey, pues se había dicho: "No tengo hijo para perpetuar mi nombre", y había puesto a la estela su mismo nombre...

(Samuel II, 18, 18)

---

<sup>75</sup> J. Collins, op. cit., p. 93.

<sup>76</sup> Cf. Paul Chalus, El hombre y la religión, p. 213.

La paternidad responde al deseo de perpetuación y es una salvaguarda contra la desesperación de irse uno consumiendo, es el deseo de hipnotizar la desintegración mediante la ilusión de cobrar vida en los hijos, pues para los patriarcas el hombre sobrevive por herencia cromosómica, por legar su nombre y su sangre.

Así, dice Sabines.

Felipe y Gloria están casados desde hace cinco años y no tienen hijos, porque no quieren tenerlos, porque tienen sus razones para no tener un hijo. Yo los aprecio y los respeto, de veras los aprecio, pero siento una gran tristeza por ellos.

(Rev. Plural, núm. 213, p. 5)

Pero no es éste el único significado de la paternidad porque no responde a fines egoístas en el pensamiento bíblico, sino a un compromiso con la vida que nos fue entregada. "La vida auténtica para el yahveísta es la de esta tierra (...) la muerte es considerada como una gran desgracia y un castigo. El justo se alegra de sobrevivir en sus hijos, y no pone su esperanza en 'otro mundo'."<sup>77</sup> La muerte se inserta en la vida como su esencia y su meta, pero negar la muerte es negar la vida y negar la vida es negarnos a nosotros mismos: nacemos para morir, pero la vida nos da la vida para continuarla y el hombre debe entregar la suya a las generaciones que vienen para poder perpetuarla:

Testamento.

A mis seres queridos:  
les dejo la vida.

(Rev. Plural, núm. 213, p. 4)

---

77 Ch. Guignebert, El mundo judío hacia los tiempos de Jesús, UTEHA, Mexico, 1959, p. 110.

Sabines no cree en la inmortalidad, pero sí en la supervivencia. En el hombre no cabe lo primero porque cumple un destino biológico; en cambio la procreación es la posibilidad de perdurar en la vida después de la muerte gracias a la sangre que se hereda.

La paternidad ofrece otras posibilidades: re-vivir significa también un reaprendizaje de la vida porque por medio del hijo se instala en el mundo la inocencia y éste vuelve a mirarse con sorpresa **por primera vez**. Mirar a través de los ojos del niño es descubrir la psique del primer hombre que indaga e interroga, que empieza a llamar a las cosas con un nombre, que las describe, las toca y las sacude para entenderlas. "El tiempo de la infancia es el tiempo de la imaginación (...)." <sup>78</sup>

-Quiero una Tota, digo, a la hora del almuerzo, y Julito se apresura a corregirme:

-No se dice Tota, papá, se dice ko-ka-ko-la.

-Bueno, quiero una Coca Cola.

A los tres años y medio, Julito aprende nuestro idioma después de habernos enseñado el suyo. Y su facultad de aprender es mayor que la nuestra de olvidar. Son muchas las voces que nos ha dado y de las cuales no podemos deshacernos:

-Compra unos pipis, le digo a mi mujer al entrar al cine, y Julito me rerende: "papá, son palomitas."

Nos ha enseñado a gustar las películas de vaqueros y las aventuras de Tarzán. Y nos llama la atención sobre las avispas, las hormigas y los saltamontes.

¡Cuántas cosas no le debemos a Julito! Sobre todo ese espíritu que aprende a recrearse de nuevo en las cosas simples.

Recuerdo su primera impresión de la muerte. Fue frente a un conejito que murió a los dos días de estar en casa. Julito me lo trajo de las patitas, tieso, como un

trocito de madera.

-No se mueve, papá, está muy feo.

-¿Lo tiramos a la basura?

-Sí, tíralo, está feo.

Y no creo que nadie diga nada mejor acerca de la muerte. Ni de la vida.

(NRP, pp. 167-168)

Restaurar la inocencia significa insertar en el presente el tiempo anterior a la Caída:

Cada cosa representa así un hallazgo sorprendente. El hombre es todavía una tabula rasa que recibe las primeras impresiones vivas. Es como el primer despertar atónito de un hombre ingenuo, pero de gran inteligencia, ante las maravillas de la naturaleza; el primer contacto, vital y palpitante, del mundo exterior con el mundo interior todavía inexpresado, pero perceptible.

Para Sabines la infancia es la única etapa de la vida en que se vive con plenitud porque no existe conciencia del tiempo. No se conocen limitaciones, todo es un presente perpetuo, un acto infinito de descubrimiento del niño que ignora que el nuevo en el mundo es él y no lo que lo rodea: vive en la Edad de Oro, que no tiene relación con las ideas del pecado original ni de la expulsión del Paraíso. No hay trabajo, no hay dolor, no hay conocimiento de la muerte. El juego instauro en la "primera vez", el lenguaje y la fantasía se revelan como formas de conocimiento. El niño juega con lo que para el adulto es asunto de seriedad, ordena su y en su mundo que le es familiar y propio. La niñez es el paraíso terrenal como el Paraíso es la infancia del mundo.

Sin embargo, poco es lo que dura el Paraíso; en el niño, como en Adán, están los resortes que echarán a andar el mecanismo

del tiempo.

Estos primeros pasos por el mundo los encontramos en "Julito", poema donde seguimos paso a paso la integración del niño en la realidad. Julito se enfrenta con la muerte, con lo efímero, con lo imposible, y estos hechos se convierten en fisuras que le revelan un aspecto del mundo que no conoce, que no sabe formular; como se ve también en los nietos del Mayor Sabines, donde la experiencia que reduce al hombre a su raíz, atónito frente a lo que desaparece, pone en el mismo plano al niño y al adulto muños ante la ausencia:

Te fuiste no sé a dónde.  
Te espera tu cuarto.  
Mi mamá, Juan y Jorge  
te estamos esperando.  
Nos han dado abrazos  
de condolencia, y recibimos  
cartas, telegramas, noticias  
de que te enterramos,  
pero tu nieta más pequeña  
te busca en el cuarto,  
y todos, sin decirlo,  
te estamos esperando.

(NRP, p. 233)

A través de su hijo el poeta recupera su capacidad para el juego, la sorpresa que virginiza al mundo y el lenguaje como otro modo de aproximación a las cosas.

Nuestro indestructible deseo inconsciente de una vuelta a la infancia, nuestra profunda fijación infantil, es el deseo de una vuelta al principio del placer, de una recuperación del cuerpo del cual la cultura nos enajena, y del juego en vez del trabajo.<sup>80</sup>

La paulatina pérdida de la genialidad del niño es correlativa a su adentramiento en el mundo de las convenciones y opiniones corrientes. "El niño olvida lo que se le reveló por un momento y se queda sorprendido cuando los adultos que apuntan lo que ha dicho y preguntado se lo refieren más tarde."<sup>81</sup> Julito, pues, representa el paso de la percepción natural a lo artificial del mundo cultural, "el niño está protegido por el cuidado de los padres de las duras realidades de la vida",<sup>82</sup> pero en algún momento habrá de caer, como Adán, en el tiempo, y ese será el instante en que deje de jugar para empezar a esforzarse y luego trabajar.

Por su carácter lúdico, para Sabines la infancia es la oportunidad del adulto de reflexionar sobre el mundo; verlo a través de los ojos del niño es verlo por primera vez y adquirir un concepto de la realidad en donde se realiza el destino. Su poesía impreca contra lo que hemos hecho de la vida: encerrarla en un círculo de enajenaciones, convertimos en sujetos de desesperación. Frecuentemente atenta contra la lógica, se ríe de la cordura; para él, la vida práctica suprime el deseo y nos condena a la banalidad.

### 2.3. El amor al mundo

Como consecuencia de los pasos anteriores, la existencia se puede convertir en un crear para construir y transformar para el mundo como sujetos libres frente a otras libertades, en el reconocimiento de los otros como sí mismos y de nuestro yo como una afirmación en el mundo.

81 K. Jaspers, op. cit., p. 10.

82 N. Brown, op. cit., p. 56.

La dimensión del hombre es histórica. Es el trabajo que construye la sociedad y el mundo. Es la realización paulatina de uno mismo, es un proceso inacabable de maduración, de libertad y de amor. Es experiencia que construye, es apertura que se relaciona, es historia que se hace, es trascendencia que se prepara. <sup>83</sup>

Su proceso desde la infancia es un irse situando en la realidad, como responsable de sí mismo, ante los demás y como trabajador frente al mundo.

Si bien para Sábines la poesía es una revelación que lo ha iluminado sobre sus profundidades y lo ha acompañado en la ardua experiencia de ser hombre, es una tarea que debe supeditarse a otra más imperiosa que es vivir. Ser hombre, trabajador, esposo, padre, hijo, hermano... es la obligación fundamental que lo devuelve a su verdadera dimensión de criatura en el mundo que quiere unirse a lo infinito y a lo eterno.

Imposición, enfermedad o fatalidad, la poesía es una vocación distinta del trabajo que da al hombre los medios económicos para sobrevivir. No tiene un valor mercantil de intercambio, sino que es, como la vida, una tarea que hace al hombre ser y que lo afirma en el mundo; el objetivo no es la realidad afuera del hombre si no es como lugar de encuentro con lo trascendente. Crear y establecer relaciones creativas es la única manera de que el mundo se convierta en significación; realizar la vida a través de actos productivos.

Hemos mencionado que conforme al pensamiento bíblico, Dios no sólo dotó al hombre de capacidad para discernir el bien del mal, sino que le enseñó cómo comportarse en comunidad. La moral que Dios le dio al hombre encuentra su contexto en la vida co-

---

83 E. Maza, op. cit., v. 22.

munitaria, la sociedad es algo más que se suma a la complejidad del individuo y tiene una justificación: "La vida plenamente moral de un individuo requiere una comunidad: no puede ser vivida en aislamiento. La justicia y el amor sólo pueden ser practicados en una comunidad."<sup>84</sup>

De la suerte de toda la comunidad cada hombre es responsable, la transgresión carga de culpa a todo el conjunto. En todas las religiones el culpable introduce el transtorno en el mundo y su falta se extiende como una mancha que puede destruir a todo el universo, si no se elimina esa mancha abandonando las conductas pecaminosas que son la causa de la indignidad que instituye la corrupción.

El individuo tiene una doble responsabilidad: la calidad de su vida moral y la de su vida en comunidad. "Su destino personal depende de su carácter y su conducta, pero éstos afectan también el destino de la comunidad."<sup>85</sup> Y su destino personal, además, sólo se realiza en comunidad y depende en gran medida de lo que colectivamente se haya hecho en ésta:

Mañana te has de levantar de nuevo  
y caminar entre las gentes.  
Y amarás el sol y el frío,  
los automóviles, los trenes,  
las casas de moda, y los establos,  
las paredes a que se pegan los enamorados  
al entrar la noche, como calcomanías,  
los parques solitarios en que se pasean las desgracias  
con la cabeza baja, y los sueños se sientan a descansar,  
y algún novio la busca bajo la falda,  
mientras la sirena de la ambulancia da la hora  
de entrar a la fábrica de la muerte.  
Amarás la milagrosa ciudad y en ella el campo soñado,  
el río de las avenidas iluminadas por tanta gente que

---

84 I. Mattuck, op. cit., p. 92.

85 Idem, p. 96.

quiere lo mismo  
(...)  
y todos los lugares en que la ternura se asoma como  
un tallo  
y las cosas todas se ponen a dar las gracias.  
Pasa tu mano sobre la piel de los muebles,  
quita el polvo que has dejado caer sobre los espejos.  
En todas partes hay semillas que quieren nacer.  
(Como una escarlatina te va a brotar, de pronto,  
la vida.)

(NRP, pp. 179-180)

La comunidad y el individuo son una misma unidad moral; garantizar la estabilidad del mundo en la conservación de un orden armónico es la tarea del hombre y de su sociedad; finalmente, es el lugar de su realización y la única oportunidad de abrirse hacia el cosmos. Si queremos volver a la terminología de Eliade, habría que hablar en Sabines de un propósito de "hierofanizar" el mundo, es decir sacralizarlo todo; que no haya espacios significativos y amorfos, sino una unidad que procede toda de Dios, donde se realice el encuentro con lo trascendente. Que no sólo estemos en contacto sino en comunión.

Para Kierkegaard "El hombre se relaciona con las cosas no sólo como objetos que hay que conocer, sino también como valores, bienes o fines que hay que perseguir" y la manera de existir del hombre "se asienta sobre el reconocimiento de su lugar en el mundo existente y su vocación a participar en la fuente de su existencia".<sup>86</sup>

---

86 J. Collins, op. cit., pp. 279 y 280.

#### 2.4. El amor a Dios

No es posible conocer a Dios si no se emprende el camino de regreso hacia Él, y no es posible conocerlo sino en la experiencia del amor y de crear, puesto que ésta es la tarea histórica del hombre y la historia el único lugar posible de encuentro.

Si no hay comunión con las cosas y con los otros no hay amor sino simple coexistencia. La esperanza del hombre, pues, se refiere no al mundo de la ilusión sino al de lo posible dentro de la responsabilidad histórica del hombre por transformar el ámbito en que vive. Sólo en este ámbito puede esperar lo que vendrá y sólo él puede forjar el futuro por medio de su acción. En la Biblia (Abraham) el porvenir se conquista por la fe y el porvenir es la tierra prometida y la posteridad.

Nos tocará llegar a nuestra propia muerte y sólo entonces la conoceremos de verdad y conoceremos lo que fue nuestra vida. Así, Sabines desea:

No te deseo nada para lo porvenir. Deseo que puedas hacerte un pasado feliz.

(NRP, p. 265)

La ausencia de la creencia en una vida ulterior, como en el pensamiento profético, convierte a la vida en una epopeya cuyo fin debe ser el encuentro con Dios, pues no se puede vivir eternamente durante la existencia temporal si no se vive conforme a una ética superior que salve al alma de su aniquilamiento y la haga resucitar para el espíritu.

Para Sabines el amor es la forma más inmediatamente comprensible de la trascendencia, franqueamos nuestros propios límites

y esto implica un sufrimiento cuyos riesgos no todos están dispuestos a afrontar. Sin embargo, produce tal alteración en el hombre que lo convierte en otro; mata al hombre que fue y uno nuevo renace. Por eso el amor es muerte pero es resurrección, es desarraigo pero es tocar tierra también. Para Sábines esta muerte significa romper sus límites y salvarse al alcanzar la plenitud, porque es optar por la vida. Y es el amor, además, un compromiso inconmensurable que implica morir y renacer todos los días --perdonar y olvidar todos los días los errores que lo merman-- porque es un proceso interminable en el que se compromete la voluntad.

En el saco de mi corazón caben todas las cosas, desde la ignominia a la ternura, desde las uvas de mujeres amadas hasta las corcholatas que me tiran los niños. Cada hora deposita en mi corazón un objeto distinto, y cada vez que extraigo de él un recuerdo sale con sangre.

Yo me multiplico incansablemente. Estreño manos y bocas todos los días, cambio de piel, de ojos y de lengua, y me vengo un alma cada vez que es preciso.

Desde el amanecer hasta la noche la luz es distinta y se le llama día. Así me llaman Jaime. Pero yo duro también en la oscuridad, más allá del momento impenetrable en que hago recuento de mis estrellas.

(NRP, p. 206)

Para Sábines ni siquiera los acontecimientos trágicos transfiguraron ni redimieron tantos siglos de horrores y humillaciones de la historia del hombre; por eso no cifra sus esperanzas ni en las revoluciones ni en el mañana, el futuro es hoy, lo que vendrá será consecuencia de lo que hacemos ahora:

Entreteneos aquí con la esperanza.  
El júbilo del día que vendrá  
os germina en los ojos como una luz reciente.  
Pero ese día que vendrá no ha de venir: es éste.

(NRP, p. 35)

Para Sabines la fe sólo puede cimentarse en el hombre y en su lucha individual por restaurar el comienzo. Su esperanza del Gran Cambio se cifra en restaurar la inocencia y la fe en la vida. La Segunda Vuelta de Cristo es la utopía de la fraternidad.

Me transito, quiero decir, recorro,  
de sorpresa en sorpresa mis lugares,  
me tomo de las manos nuevamente.  
Para vivir no hay que tener memoria.  
Para amar hay que olvidarlo todo.

(NRP, p. 273)

+++

En estas profundas soledades te has perdido a ti mismo. Corres detrás de las personas, les estrechas la mano, deseando que en alguna de ellas estés tú. Y ellas tienen también el mismo gesto: desean encontrarse en ti.

En estas profundas soledades giran los aspirantes, nadan los peces transparentes, idénticos al agua de la resurrección.

(NRP, pp. 274-275)

Su poesía es frecuentemente una protesta dolida y un anhelo de llamar a la rectificación del estado de atraso moral en que nos encontramos. Elogia frecuentemente las virtudes afirmativas: la generosidad, el perdón de las ofensas, la grandeza del alma, el sacrificio de uno mismo por el bien de los demás, las virtu-

des del amor verdadero. El Mayor Sabines, Doña Luz, el peatón como el ser anónimo que sufre los embates del diario sobrevivir, la tía Chofi, son ejemplos de filantropía y de la elevación moral a que puede llegar el hombre. "El amor es la escala de Jacob por la cual el hombre más ruin puede elevarse a los cielos."<sup>87</sup>

Una vida larga y muchos hijos es la única bendición que para Sabines puede y debe esperarse de Dios; la oportunidad de consumir una vida y hacer de ella un ejemplo de fe y de moral. Cerrar los ojos, como el Mayor Sabines "cuando menos faltas hacías", aunque la pérdida de su sombra sea el dolor más insoponible para quienes quedan desamparados de ella. Es el ejemplo del hombre justo que vuelve al seno de Dios y vive en Él la vida eterna al incorporarse a la tierra:

Te has muerto y me has matado un poco.  
Porque no estás, ya no estaremos nunca  
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto  
a empobrecerlo más, y a hacer a solas  
tus gentes tristes y tu Dios contento.

(NRP, p. 236)

Sabines marca frecuentemente la diferencia radical entre vivir y existir, que es la diferencia entre la vida creativa y fecunda que abre el futuro, y la existencia como un simple estar en el mundo y en el tiempo: "cuando uno vive creativamente con miras a una conversación abierta con Dios, uno no necesita ni desea vivir para siempre".<sup>88</sup> Crear un futuro es producir, trans-

87 R. Cansinos Assens, prólogo a Las mil y una noches, Aguilar, Madrid, 1979, p. 122. Otro de los libros que, como la Biblia, han influido notablemente en Sabines, básicamente en la estructuración de su pensamiento ético.

88 J. Carse, op. cit., p. 224.

mitir la historia a otros y aceptar que ésta no nos pertenece sino para entregarla. Aferrarse al presente, en este sentido, es negarse a vivir, que es lo mismo que negarse a dialogar con Dios; y es negar a otros hombres el mismo derecho que tuvimos nosotros a la historia, a vivir para proyectar la vida y construir el futuro.

Para Kierkegaard la existencia es una tarea y no otra cosa y la angustia que provoca vivir deberá conducirnos a gustar de ella, inventarla en cada instante de su duración, amar lo bello para que esto nos conduzca al bien. Este amor no será perfecto si no se pone en relación con Dios. Solamente en Él --y así es también para Sabines-- se realiza la existencia auténtica. Y a Dios se le elige en forma absoluta sólo si uno se entrega a Él totalmente y se Le busca con la conducta, si se coloca Su amor "por encima de todos los días". También para Sabines una vida ética se ordena naturalmente hacia la religiosidad. Por las obras se conoce la magnitud del amor de que uno es capaz. Si se dice que se ama a Dios pero no se demuestra amor al prójimo no es amor, o amar a una mujer y no a todas las otras no es amor, o amar a mi hijo y no a los hijos de los otros no es amor tampoco, pues el único lugar de encuentro entre los hombres y Dios es el amor, y tarea fundamental del hombre, para Sabines, es asumirse como lo que es, conquistarse humano:

Hace muchos años que murieron mis padres,  
hace mucho, mis tíos, mis abuelos,  
un mundo de gente conocida.

A veces he sentido que estoy a punto de morirme  
--como si de pronto envejeciera todo lo viejo que he  
de ser--  
y reflexiono en cosas sencillas,  
más bien dicho, alguien en mí se da cuenta

de lo profundamente sencilla,  
de lo maravillosamente sencilla y simple que es la vida.

Si tengo hambre, como,  
si tengo sed, bebo,  
si tengo amor, me como y me bebo.

No puedo ser mío si no soy de todos.  
¡Y qué poco soy! ¡Qué extrañas complicaciones  
para ser un mundo mío tan pequeño!

Soy agua, soy calor, soy aire,  
todo soy menos tierra.  
Sobre la tierra ando.  
Le daré mi cuerpo a la tierra  
pero otra vez volveré a ser yo.

(NRP, pp. 275-276)

### 3. Habla la muerte

Escribe Octavio Paz que "Hay épocas enamoradas de la muerte y otras que procuran exorcizarla. La muerte aparece y desaparece en la conciencia de los hombres con cierta regularidad cíclica. Además nuestra idea de la muerte cambia con la época y las sociedades; hay tantas visiones de la muerte como civilizaciones".<sup>89</sup> Añade que para Occidente el centro de la meditación sobre la muerte fueron Alemania y sus figuras más notables, como Rilke y Heidegger, a quienes el pensamiento y la poesía de este continente no fueron ajenos. Sin embargo, cuando a raíz de la Segunda Guerra Mundial el espectro de la muerte se convierte en una realidad, el enigma del morir al que Hispanoamérica no se sustrajo se exagera, ya que las convulsiones sangrientas preparan el terreno para la meditación acerca de una realidad a que convidaba la conciencia europea.

---

<sup>89</sup> "Contemporáneos", en México en la obra de Octavio Paz, vol. II, FCE, México, 1987, pp. 107-108.

Uno de los aspectos de la obra de Jaime Sabines que más ha llamado la atención es la presencia constante del tema de la muerte, uno de los acontecimientos radicales de la vida del hombre. Merced al hecho absoluto de la muerte la vida se convierte en un hecho igualmente absoluto, de ahí que Sabines se niegue a verla como una potencia que reduce a la vida a simplemente su culminación.

Sabines acude al cristianismo para comprender al ser del hombre, pero recibe también la influencia de las doctrinas existencialistas que dominaron el panorama del pensamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial: para él el hombre es un ser concreto, pero insertado en el flujo temporal de la existencia, que toca y se entrecruza con lo eterno. Sumergido en la angustia, su reflexión se aproxima --desde supuestos religiosos-- a la realidad humana en sus dimensiones individual y colectiva; habla desde su existencia, única e insustituible, no susceptible de ser vivida por nadie más.

Las coincidencias con el pensamiento de Kierkegaard son muchas, es más probable que lo retome de Heidegger, cuyo esplendor en México se inicia en 1942, unido a los nombres de los representantes de la escuela de Madrid --Ferrater Mora, García Morente, José Gaos, Julián Marías, García Bacca, María Zambrano, etc.-- y a los estudios del grupo "Hiperión" --Joaquín Sánchez Macgrégor, Emilio Uranga, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Jorge Portilla.

De los existencialistas mexicanos, unos lo fueron por haber vivido los tempestades de esa filosofía que trajo "un nuevo estremecimiento", allá por 1942; otros, por haberla estudiado y vivido con entusiasmo casi de fanáticos. Los actores de este periodo cultural transitaron, los más definidos y beligerantes, al marxismo; a la filosofía analítica los más recatados y exquisitos. Estos últimos no se comprometieron ni con Dios, ni con el Diablo, ni

con la política, ni con el mundo, sino sólo con el análisis de las "proposiciones"; pero no alcanzaron ni el brillo ni la fama que dio al existencialismo mexicano un penacho internacional. Otros hubo que ante el suelo movedizo del nihilismo, se aferraron<sup>90</sup> a la nostalgia de Dios como a una tabla de salvación.

Por otro lado, no debe olvidarse que Sabines cursó la carrera de Letras en la Universidad Nacional y que su formación es un rasgo que distingue a su generación de las anteriores generaciones poéticas, apenas tocadas por estas corrientes. Creo que el pensamiento de Sabines bien podría englobarse en lo que se ha dado en llamar "existencialismo cristiano" o, para mayor precisión y siguiendo los lineamientos de Ignace Lepp, en la "filosofía cristiana de la existencia", porque incluye la fe en un Dios revelado en la historia y porque pone énfasis en el aspecto comunicario de la condición humana: toda elección es un compromiso, con Dios, con nosotros y con los demás.<sup>91</sup>

Para Sabines la existencia del ente se comprende desde su ser o su existir y debe entenderse tanto en sentido privativo --el ente que somos nosotros--, como en la indagación que se realiza desde el "estar en el mundo", que es, al mismo tiempo, coexistencia: estar con los otros. Distingue de ese "estar en el mundo" tanto el aspecto cotidiano (la faceta trivial e inauténtica, impersonal, la de cualquiera) que es sinónimo de decadencia y "caída" (extravío en el mundo, la sensación de estar arrojado), como la existencia auténtica, que es la superación de la existencia cotidiana, que significa encontrarse a sí mismo y llegar a la verdadera existencia. Este último es un estado al que se llega

<sup>90</sup> Oswaldo Díaz Ruanova, Los existencialistas mexicanos, Rafael Giménez Siles, México, 1982, p. 22: Este libro es un testimonio de esa época y una interpretación de estas corrientes.

<sup>91</sup> Cf. I. Lepp, Filosofía cristiana de la existencia, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1963, 126 pp.

por la angustia a través de la cual se revela la nada. El hombre está en el mundo --realidad que verdaderamente existe y frente a la cual el ente está esencialmente abierto--; es una forma de vida (inmediata) en la que el ser está unido a los otros y "comparte" con ellos ese mundo. El riesgo es que el hombre se pierda a sí mismo en la imposibilidad de realizar su responsabilidad individual y "caiga" de nuevo en una segunda "caída" en la que evada su singularidad, se deje absorber y dominar y se convierta en amorfo.

Para Sabines el comportamiento del hombre frente al cadáver y frente a la muerte es la actitud que lo distingue de los animales; su actuación con la muerte determina la posición frente a la vida que regulará la conducta cotidiana.

La visión de la muerte se concreta ante el cadáver:

En los ojos abiertos de los muertos  
¡qué fulgor extraño, qué humedad ligera!  
Tapiz de aire en la pupila inmóvil,  
velo de sombra, luz tierna.

(NRP, p. 40)

ahí aparece y ahí se presenta no como una cosa inanimada, sino como una verdad que sólo se comprende desde la vida. La muerte es algo que nadie sino el muerto pudo vivir; es algo propio, intransferible, constitutivo del existir, que convierte a la vida en un "estar a la muerte". "La lección más poderosa de la muerte de otros --dice Carse-- no es simplemente que las cosas son contingentes, sino que somos contingentes."<sup>92</sup>

---

92 Op. cit., p. 494. El subrayado es de Carse.

Alguien se refugia en las pequeñas cosas,  
los libros, el café, las amistades,  
busca paz en la hembra,  
reposa en la esperanza,  
pero no puede huir, es imposible:  
amarrado a sus huesos,  
atado a su morir como a su vida.

(NRP, p. 70)

Para Kierkegaard el devenir no es el agente de la muerte sino la esencia misma de la vida, pues ésta es un constante estado de transformación que excluye la inmutabilidad. No se escapa de la muerte huyendo de la historia, sino que se vive genuinamente afirmando la mortalidad o existiendo de manera más perfecta en el modo del devenir. Vivir es solamente elegir, "no vivimos en absoluto a menos que libremente queramos hacerlo", y la historia no es sólo lo que ha pasado, "sino la manera en que el pasado recordado es constantemente reinterpretado a la luz de un futuro anticipado".<sup>93</sup>

En Kierkegaard no es el Ser sino el devenir el que habla a través de nuestra mortalidad. De hecho, el habla es la manera misma en que nuestra mortalidad se hace evidente (...). Es sólo porque somos mortales que podemos hablar, y sólo porque podemos hablar que somos libres, y sólo debido a que somos libres que podemos unimos con otros en la creación de un futuro abierto que no elimina a la muerte pero que afirma la vida al afirmar la realidad de la muerte.<sup>94</sup>

Kierkegaard propuso que venciéramos la desesperación adoptando la muerte en nuestra historia personal, en el acto de entregar el sentido de nuestras vidas a otros, pues en realidad sólo muriendo podemos efectivamente vivir.

93 Idem, p. 495.

94 Ibid, p. 497.

Para Sabines la aceptación de la muerte y del destino mortuario del hombre es lo que da sentido a la vida; la muerte --dice-- es una forma de la vida, una cara de la vida, la gran oportunidad para vivir que despierta el sentido y el deseo de la vida, "la muerte vive con uno, está en uno, uno es la muerte, pero eso es precisamente lo estimulante para vivir. Pero yo no quiero llegar y entre más tarde, mejor".<sup>95</sup>

Uno quisiera encender cuatro cirios  
en las esquinas de la cama, al levantarse,  
para velar el cadáver diario que dejamos.  
Ora por nosotros, mosca de la muerte,  
párate en la nariz de los que ríen.

Tenemos, nos tenemos atrás, en nuestra espalda,  
miramos por encima de nuestros hombros  
qué hacemos, qué somos.  
Nos dejamos estar en esas manos  
que las cosas extienden en el aire  
y nos vamos, nos llevan  
hora tras hora a este momento.

Vida maravillosa que vivimos,  
que nos vive, que nos envuelve  
en la colcha de la muerte.  
Salimos, como del baño, del dolor  
y entramos a las cosas limpiamente.  
Dulce cansancio del reposo,  
el sol vuelve a salir y el hombre sale  
a que lo empuje el viento.  
(Vuelvo a plancharme el rostro en el espejo,  
bozal al corazón, que ya es de día.)

(NRP, pp. 71-72)

Desde la perspectiva de la muerte es posible para Sabines re-  
flexionar sobre la vida para recuperarla como una realidad simbó-

---

95 Entrevista de Mary Lou Dabdoub.

lica. Hombre heideggeriano, para él el ser es un ser para la muerte en espera de la redención en vida, que espera encontrar el equilibrio entre no caer en la desesperación por la inminente presencia de la muerte y no caer en el optimismo de ignorarla para no desvalorar a la vida si ésta pierde su contraste. El peligro de la existencia cotidiana común entraña el peligro de reducir la existencia a la banalidad, precisamente porque en ella casi no es posible que el hombre sea auténtico, es decir, que afronte individualmente su condición y se responsabilice de su ser.

Hay hombres con tres almas o con cinco  
preñadas incesantemente  
por el silbato de las locomotoras o las alas del ángel.  
Se muere el hombre  
y sus almas sobreviven un tiempo  
como las flores puestas en un vaso de agua.  
(No hay espacio sobre la tierra para tantas almas.)  
¿Qué pasará cuando no haya un lugar para enterrar a un  
hombre?  
Atáués en órbita, cementerios volantes  
en busca de la estrella deshabitada.

(NRP, p. 273)

La existencia auténtica es la que habrá de garantizar y salvar al ser individual y con ello la responsabilidad existencial, pues es donde el hombre puede realizarse como un "yo mismo" y proyectar su posibilidad, es decir, su solitaria y silenciosa angustia ante su propia muerte.

Sabines se refiere constantemente al mito primordial, la "segunda caída" es dejarse absorber en el mundo, renunciar a su vocación original que es la de ser hombre --mortal y transitorio-- y vivirse angustiosamente así. Para él el hombre solamente se redime --se recupera a sí mismo, asume su angustia y va al en-

cuentro con su destino-- si alcanza su individualidad y realiza en la angustia sus más amplias y originales posibilidades que están en lo humano.

Sabines se empeña en tratar de comprender que la vida fuera de nosotros no significa nada, que el muerto ya no tiene relación con lo vulgar y que ya sólo forma parte del elemento simbólico que nos revela nuestra realidad. La vida es para él entrañable porque significa pérdida cotidiana; pero el hombre sólo se redime si asume su naturaleza y la acepta como medio para perpetuar un destino universal fuera de sus alcances intelectuales, pero que sin duda está ahí.

"La muerte es la posibilidad más auténtica de la existencia" y el hombre se comporta ante ella en su existencia banal con la actitud del "pero todavía no" que la niega, a pesar de que la muerte es posible en todo instante. "Pero" con el que se niega y se encubre su certeza. Sin embargo, para Heidegger --y lo mismo afirma Sabines-- desde que el hombre nace es ya bastante viejo para morir, aunque no lo suficiente como para no tener el porvenir abierto. La angustia permite la aceptación de la muerte; el existir es algo inacabado que deja de ser cuando muere y que sólo alcanza su totalidad cuando "ya no está en el mundo". El cuerpo se asume como un "ser encarnado"; es un nexo con el mundo (que llamaba Marcel "yo soy mi cuerpo"), donde sentir es una participación en el mundo y no una pasividad.

El "dasein" es, en principio, un ser-ahí. Lejos de nombrar únicamente un sitio en el espacio, el "ahí" es un privilegio, un "estado de abierto" donde el ser se manifiesta, el lugar donde todas las cosas se reúnen, hasta las más heterogéneas y opuestas, en una articulación inevitable. Esta brecha de sentido y de luz, este despeje es un principio de juntura que las mantiene unidas en su

diversidad. El ser ahí lleva a los entes a su reunida totalidad. El "dasein" es un ser y un estar a la vez, y (...) es ser-en-el-mundo.

Hay quienes en medio de esta realidad no sufren ninguna inquietud ni se hacen preguntas sobre la existencia, se conforman con cumplir funciones naturales, meramente fisiológicas, sin preguntarse acerca de la trascendencia o intrascendencia de sus actos y sin realizar un destino como hombres:

Jaialai es un hombre docto, circunspecto, autoritario. Tiene fama de poeta y es un intelectual de cuerpo entero. Usa lentes y sus ademanes son graves y precisos. Cuando es necesario sonríe y desciende a la confianza amena, a la ironía oportuna, o al gracejo de la amistad más verdadera. Encanta a su interlocutor agradecido y lo colma de los bienes de su sabiduría paternal, generosa y espléndida.

(...)

Jaialai es un hombre enormemente feliz. Esto se nota, particularmente, cuando está frente a la mesa: come como un desesperado; con un hambre consciente, vigorosa, enérgica, insistente, atragantándose, dando tumbos, pero con la mirada siempre perdida como si reflexionara, como si meditara en los problemas de la metafísica kantiana. ¡Hay que verlo comer para comprender la importancia que tiene en el mundo Jaialai!

(NRP, pp. 203-204)

o, asimismo, quieren abolir o ahogar esa angustia refugiándose en una actitud en que lo cotidiano les basta y donde no esperan más de la vida que vivirla placenteramente:

Me gustaría ser "jet-set". Tener una fortuna de veinte

mil millones de dólares, yates y palacios, aviones, servidumbres, no hacer nada.

(NRP, p. 268)

La existencia banal es aquella donde el hombre evade su capacidad de asumir individualmente su propia vida y se deja "caer" en lo que los demás quieren y viven, anónimo y despersonalizado. Es "uno", pero no es "uno con los otros".

El impersonal es el superficial, el que no se vincula directamente con el mundo ni con los otros, puesto que sus relaciones se dan a través del anónimo "se cree", "se piensa", "se dice"; por ello vive en su propio mundo, concentrado en sus trivialidades, enajenado de sí mismo y enajenado también de lo que no sea "él mismo"; es el que vive sin intimidad ni profundidad, indiferenciado, pero también indiferente. La paradoja del "uno" (aparentemente fundido con los otros) es ser "egoísta, y a la inversa: la paradoja de una supuesta autenticidad desvinculada es no realizar en verdad el ser autos, plenamente individualizado.

Para Sabines se traiciona a la vida si se intenta abjurar de la condición humana: su cuerpo es la vida, sólo lo vivo sufre los estragos del tiempo. la muerte sólo invade a la vida y sólo lo vivo sufre la decrepitud. Únicamente los muertos no son ya capaces de modificarse ni de elegir cómo habrán de gastar su vida porque ya no la tienen.

Es verdad que en el tiempo antes del nacimiento del hombre y en el tiempo después de la muerte él no existe. Pero el tiempo después de su muerte es un tiempo del cual lo priva su muerte. Es un tiempo en que, si no hubiera muerto, estaría vivo. Por ello, toda muerte implica la

pérdida de alguna vida que su víctima habría tenido si no hubiera muerto en ese momento o antes. Sabemos perfectamente qué habría significado para él tenerla, en vez de perderla, y no es difícil identificar al perdedor.<sup>98</sup>

La muerte es, pues, una experiencia traumatizante porque procede de una contingencia a la que hay que tratar de dotar de sentido. "La dificultad consiste en que la vida nos acostumbra a los bienes que nos arrebatara la muerte. Somos capaces de apreciarlos."<sup>99</sup> Es solamente el hombre quien puede salvar su vida, el tiempo está contando en él, tiene un límite, pero puede superar el determinismo si supera los dogmas que convierten a la vida en algo instituido.

Sabines observa que el hombre es una perpetua herencia que recibe y entrega, que biológicamente sólo puede definirse como sujeto agónico que con su existir se ofrenda y que con cada acto se sacrifica a la muerte; pero también comprende que no es a causa de la muerte que existe la vida, sino a pesar de ella y que si la vida entrafía un proceso cotidiano y paulatino de muerte, debe tener una razón que la convierta no en fuente de sufrimiento sino de alumbramiento.

"Este que fui, prestado a la eternidad --dice Sabines--, cuando nací moría" (NRP, p. 11). El hombre es un ser para la muerte, pero el viaje por la vida no es una búsqueda de la muerte, sino la búsqueda de un sentido para la vida. Junto a su vocación por la vida debe aceptar la realidad de la muerte: "Ambas son opuestas, pero a la vez complementarias en la articulación de la existencia."<sup>100</sup>

La muerte es uno, vive con uno, está encarnada en uno; pero también la vida es esto, ambas poseen en esencia algo de la otra, son in-

98 Thomas Nagel, La muerte en cuestión, FCE, México, 1981, p. 28.

99 Idem, p. 31.

100 Eduardo Nicol, La vocación humana, FCE, México, 1953, p. 36.

transferibles y se realizan a pesar de todo:

Mientras yo no pueda respirar bajo el agua, o volar (pero de verdad volar, yo solo, con mis brazos), tendrá que gustarme caminar sobre la tierra, y ser hombre, no pez ni ave.

(NRP, p. 126)

Golpeado frecuentemente en su genealogía por la muerte, ésta se convierte en una realidad que lo ultrasensibiliza para la vida:

La temporalidad del ser, por implicar la presencia constante de la muerte, determina dos formas posibles de existencia: la auténtica y la banal. La vida banal es la que se vive, por decirlo así, en el anonimato de la cotidianidad: en el olvido y el descuido de la muerte y en la atención a lo temporal que es lo fugaz y lo carente de sentido propio. Cuando vive una "vida banal", el hombre no alcanza a sentir la angustia radical de la existencia.<sup>101</sup>

Pero a Sábines la conciencia de la muerte lo coloca ante la existencia "auténtica" y exacerba su percepción acerca del tiempo como algo que está contando en él, de que tiene, biológicamente hablando, un límite que segundo a segundo está alcanzando. "Vivir la vida en la plenitud de su esencialidad es vivirla en la conciencia de la muerte."<sup>102</sup>

Si sobrevives, si persistes, canta,  
sueña, emborráchate.  
Es el tiempo del frío: ama,  
apresúrate. El viento de las horas  
barre las calles, los caminos.

---

<sup>101</sup> Idem, p. 32.

<sup>102</sup> Michele Federico Sciacca, Muerte e inmortalidad, Luis Miracle, Barcelona, 1962, p. 26.

Los árboles esperan: tú no esperes,  
éste es el tiempo de vivir, el único.

(NRP, p. 206)

Sentir la ausencia de Dios agudiza su sentimiento religioso, lo hace más dramático porque agudiza su soledad y su duda. No hay por ningún lado indicios de que existamos para algo, pero la fe en lo trascendente convierte a la vida en símbolo que resignifica la existencia:

...estoy al acecho, espero el ¡basta! definitivo. Y me tengo lástima: ¡es tan hermoso todo!, ¡amo tanto!

(NRP, p. 277)

Esta conciencia de la vida que se pierde lo remite a los otros con quienes comparte su destino y lo llena de un amor solidario y comprensivo, le abre vías de comunicación con el mundo a partir de la comprensión de la paridad del destino:

Ando buscando a un hombre que se parezca a mí  
para darle mi nombre, mi mujer y mi hijo,  
mis libros y mis deudas.  
Ando buscando a quien regalarle mi alma,  
mi destino, mi muerte.

¡Con qué gusto lo haría,  
con qué ternura me dejaría en sus manos!

(NRP, p. 161)

Nadie puede tomarle a otro su morir, dice Heidegger, pues si bien la vida en comunidad implica ya el riesgo de la banalización, la tarea del hombre es aprender a conciliar esta paradoja de ser "uno con los otros", compartir y proyectarse hacia un destino común, pero tratando de rescatar su individualidad para no

caer en lo impersonal; conservar la comunicación consigo y la comunicación con su entorno. Para Kierkegaard la fe, no sólo la religiosa sino también la existencial, "salva al hombre de los sofismas de la angustia", como capacidad de acoger con certidumbre lo que se presenta como incierto.

Por la fe se determina libre y creativamente lo indeterminado, cobra presencia lo ausente, se anticipa con esperanza el futuro y adquiere plenitud el vacío. La fe es el aspecto dinámico, positivo y fecundo de la libertad, y por ella el hombre no sólo es capaz de "moverse" en su existencia, sino también de trascender lo dado, anticipando e introduciendo novedades en el ser, promoviendo los cambios cualitativos, que no se generan por sí solos pero que se extraen de la propia realidad. Por ser libre, la existencia humana es creación y ésta conlleva un credo firme y un acto de afirmación vital, de fe existencial. La libertad no es libertad en la angustia (o no es sólo ni esencialmente eso), ni es un mero "correr al encuentro de la muerte". Sólo así se explica que el ser-libre en que el hombre consiste sea el fundamento de la eticidad.<sup>103</sup>

Por esto mismo, para Sabines la poesía se torna un quehacer existencial también; en su caso no sólo porque se le presenta como una imposición, sino porque debe abocarse a realidades concretas tanto por su objeto como por su método. No es poesía auténtica si no descubre algo sobre la realidad esencial del hombre tanto como de su realidad concreta.

Acorde con esto y testigo de su época, habla también sobre la muerte con relación a los elementos con que la vida moderna ha matizado a este hecho radical: el desprecio de la muerte, la indiferencia por la suerte de nuestros semejantes, el genocidio, la explotación mercantilista de la muerte (el costo de morirse), el hombre separado de su muerte, así como de quienes "participan" en ese

hecho y su forma de percibir la muerte del otro según su relación con él. Los acontecimientos actuales precipitan el instante sagrado de la muerte y la banalizan. Suprimen al difunto la posibilidad de su enfrentamiento, de su comunicación con su muerte, que es el cumplimiento de su destino. El Estado suplant a Dios, lo falsifica, actúa impunemente convirtiendo a este hecho en un aniquilamiento vergonzoso e impúdico; transforma el destino del hombre, lo priva de vivir significativamente el alcance de su destino al que convierte en un hecho sin alcances ni consecuencias. El hombre se hunde en la muerte sin celebrar con ella la comunión del sujeto consciente que se enfrenta a la evidencia de su ciclo que ve cumplido y sin la posibilidad de reconciliarse con su existencia. Ejemplo de esto último es "Tlatelolco 68", y de lo anterior:

La procesión del entierro en las calles de la ciudad es ominosamente catéctica. Detrás del carro que lleva el cadáver, va el autobús, o los autobuses negros, con los dolientes, familiares y amigos. Las dos o tres personas llorosas, a quienes de verdad les duele, son ultrajadas por los cláxones vecinos, por los gritos de los voceadores, por las risas de los transeúntes, por la terrible indiferencia del mundo. La carroza avanza, se detiene, acelera de nuevo, y uno piensa que hasta los muertos tienen que respetar las señales de tránsito. Es un entierro urbano, decente y expedito.

No tiene la solemnidad ni la ternura del entierro en provincia. Una vez vi a un campesino llevando sobre los hombros una caja pequeña y blanca. Era una niña, tal vez su hija. Detrás de él no iba nadie, ni siquiera una de esas vecinas que se echan el rebozo sobre la cara y se ponen serias, como si pensarán en la muerte. El campesino iba solo, a media calle, apretado el sombrero con una de las manos sobre la caja blanca. Al llegar al centro de la población iban cuatro carros detrás de él, cuatro carros de desconocidos que no se habían atrevido a pasarlo.

Es claro que no quiero que me entierren. Pero si algún día ha de ser, prefiero que me entierren en el sótano de la casa, a ir muerto por esas calles de Dios sin que nadie se dé cuenta de mí. Porque si amo profundamente esta maravillosa indiferencia del mundo hacia mi vida, deseo también fervorosamente que mi cadáver sea respetado.

(NRP, pp. 122-123)

Sabines afronta un tiempo agotado de fe, vacío de creencias, traicionado en ellas si las ha tenido, acribillado en su protesta, aislado en su lucha y donde a la muerte hay que conocerla en otros frentes, no sólo en la muerte física sino en la de la fe, el desamor por la vida, la muerte de la conciencia, la del intelecto, en la de los derechos humanos, en la enajenación y el servilismo. Frente a estos acontecimientos, la vida se vuelve verdaderamente un deber de proporciones cósmicas.

La realidad cotidiana ha despojado a la muerte de todo elemento que pueda convertirla en reflexión, sobre todo de la vida social. Y el Estado para Sabines tiene un papel fundamental en este hecho. La muerte aparece como una realidad circunstancial, como algo por lo que tenemos que pasar y que, por tanto, debemos aceptar como un acto más entre todos los que ejecutamos, así sea el último, de modo que sin más habrá que acostumbrarse.

De esta manera, se fomenta en el hombre una amnesia histórica, se le hace romper todo vínculo con el pasado y, como consecuencia, se le descontextualiza su propio presente. En esta realidad desahistorizada "El hombre moderno se embriaga y se droga para aliviar a su conciencia, o bien ocupa su tiempo comprando, lo que viene a ser lo mismo. Como la conciencia pide algún tipo de actividad heroica que la cultura ya no le ofrece, la sociedad le ayuda a olvidar, o bien se sepulta en la psicología creyendo que la concien-

cia en sí es una cura mágica para sus problemas (...).<sup>104</sup> Y este es un elemento que hace que la muerte sea apenas un hecho más al que el hombre se debe acostumbrar, pues hasta los medios de comunicación la trivializan para reducirla a apenas un hecho circunstancial.

Sabines se niega a que la muerte se convierta en una intelectualización que proceda de su negación, porque ésta no es un acontecimiento que simplemente llega, sino que vive en nuestra propia carne, con ella dormimos abrazados y caminamos con ella dentro de nosotros:

El poeta estaba enfermo cuando llegó la muerte a visitarlo:

-Yo soy, dijo la muerte, tu verdadera madre. La que te trajo al mundo te trajo a mis brazos para siempre. (...) Yo estoy a todas horas en el grito y en el gesto torcido, en las gargantas apretadas y en las caras impasibles de los que sufren. Yo no estoy en las tumbas sino sobre las tumbas. En las manos del carpintero que hace la caja, y en los azahares de la novia que va a hacer el amor. (...)

-¿Te irás? -le dijo el poeta.  
La muerte sonrió: Estoy.

(NRF, pp. 149-150)

Por otra parte, Sabines quiere hacernos pensar que "Los muertos en la actividad política hacen de su muerte un acto político que debe ser interpretado en ese sentido y no en el de la muerte simplemente. La muerte política implica pensar en la vida desde su perspectiva política".<sup>105</sup> Y que la masacre responde a la culminación del despotismo de un gobierno que cosecha éxitos atentando contra la vida y negando las garantías individuales en nom-

<sup>104</sup> Ernst Becker, El eclipse de la muerte, FCE, México, 1977, p. 420.

<sup>105</sup> J. Antonio M. Ruiz, "Muerte y resurrección", Libreta Universitaria, núm. 22, México, marzo de 1980, p. 7.

bre, como escribe Sabines, del "Orden y la Justicia Social":

Nos han metido las ideas exóticas como una lavativa,  
pero instauramos la paz,  
consolidamos las instituciones;  
los comerciantes están con nosotros,  
los banqueros, los políticos auténticamente mexicanos...

(NRP, p. 261)

Por eso:

Tlatelolco será mencionado en los años que vienen  
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,  
pero esto fue peor,  
aquí han matado al pueblo:  
no eran obreros parapetados en la huelga,  
eran mujeres y niños, estudiantes,  
jovencitos de quince años,  
una muchacha que iba al cine,  
una criatura en el vientre de su madre,  
todos barridos, certeramente acribillados  
por la metralla del Orden y la Justicia Social.

(NRP, p. 260)

Para Sabines, se debe reflexionar sobre la concepción actual de la muerte por medio de los signos que la realidad nos presenta. No estamos solamente frente al hecho de la muerte como una realidad untada a nuestros pies desde el parto (Multiempo), también estamos frente al hecho de la muerte "moderna" y en un mundo desacralizado que abarca la muerte política, la masacre y la intimidación. Ya no se trata solamente de la soledad del hombre frente a su muerte como hecho que dota a su vida de contorno, ni de la angustia de morir, sino de la muerte empleada como castigo al reclamo social por la marginación a que se nos somete para no participar en protestas sociales ni políticas; se trata de la res-

puesta de un Estado intimidado que no halla salidas para el desajuste social y el resquebrajamiento moral que ha producido al institucionalizar la corrupción y, a su vez, la intimidación. De este modo, Sabines nos llama hacia la reflexión acerca del problema de la muerte convertida en hecho político, económico o de manipulación en una realidad que la convierte en "instrumento de alienación que nos separa de la realidad",<sup>106</sup> y que no nos permite tener acceso a ella. "El propio desarrollo del Estado mexicano instauró la muerte como la única solución a todo tipo de crisis dentro del sistema. El asesinato político, el crimen y la violencia se convierten en México en soluciones finales que encierran al mexicano en una irracionalidad continuada; en donde el baño continuo de sangre hace de la muerte una solución que impide pensar a qué da respuesta. El mecanismo de la alienación por la muerte instaaura su reino en México."<sup>107</sup>

Su poesía nos hace pensar en los elementos sociales y culturales que convierten en un fenómeno aún más complejo al problema de la muerte en un mundo desacralizado, con la especial incidencia de un aparato empeñado en mantener al hombre enraizado en su primera edad, como un regodeo en el placer, pero despojándolo de todo elemento de reflexión y donde se le separa del tiempo en el que se desempeña y se le dota de supuestas necesidades que lo abstraen de pensar:

Acabo de estrenar un coche de lujo. Nunca en mi vida había tenido sino pequeños carros, modestos, mediocres, más bien pobres instrumentos de trabajo.

¿Qué simbiosos se establece entre el objeto y uno mismo? ¿Por qué la posesión de lo superfluo enaltece el ánimo como una conquista?

106 Idem, n. 6.

107 Ibid, n. 8

Con sus 240 caballos de fuerza parece que aumentara la fuerza de uno mismo, su capacidad de acción, su poderío.

Mi mujer y mis hijos están felices también. Nos hemos paseado de un lado al otro admirando su vestidura impecable, su balanca al piso, el espejo lateral que se mueve desde dentro y tantas preciosidades que lo hacen distinto.

¡Dios mío!, me pregunto, ¿esto es lo que llaman enajenación?, ¿o es el principio de mi decadencia?

Bueno, me digo, consolándome: todavía me faltan dos años para pagarlo.

(NRP, p. 295)

Por un lado presenta al hombre como un ser para la muerte frente a esta experiencia radical merced a la cual la vida adquiere una **significación** que regula su conducta cotidiana. Por otro lado, el reclamo ante la muerte propia violentada --que nos quieran quitar nuestro morir--: la nueva imagen de la muerte, no controlada por una voluntad divina y exterior, sino por un Estado que suplantata a Dios y recurre a la muerte y a sus desdoblamientos como la amenaza del castigo lanzado no al pecador moral sino al transgresor social; no se permite a la gente "vivir su muerte", sino vivir en el terror y la amenaza. Y más allá, nos presenta a la muerte desacralizada, comercializada; la muerte sin el rito del entierro, sin las lágrimas y el cortejo. Sabines siente nostalgia por el rito fúnebre del pueblo mexicano y rechaza el entierro "civilizado": el rito funerario también expresa la transición de la vida a la muerte y hasta este derecho nos ha sido suprimido. Sabines reclama el derecho de la comunión con la muerte y el derecho de escoger cómo "vivirla":

En la estación de los ferrocarriles acabo de dejar a la Rosa. La Rosa tiene cáncer y regresa a Tuxtla a morir. Lo sabe, y nos ha recomendado a su hija.

Igual que los toros, uno busca su querencia a la hora de la muerte. Uno lleva consigo el olor de su tierra, las semillas, las hojas de los árboles de su tierra bajo la piel, la arena y el aire en que ha crecido, el agua bautismal de todos los días. Uno quiere confundirse con todas estas cosas cuando se siente herido de muerte.

El cadáver de la Rosa anda buscando su lugar. Hoy toma el tren de las ocho veinticinco rumbo a Tuxtla. ¡Buen viaje!

(NRP, p. 134)

Sabines quiere recuperar en medio del caos un sentido para la existencia, recuperar la vida y la temporalidad como el espacio donde el hombre adviene, es decir, se hace a sí mismo a cada momento y llegar a su muerte como a su consecuencia, recuperar el mundo como algo sacro que nos revele infinitamente un conocimiento sobre nosotros mismos.

## CONCLUSIONES

Octavio Paz señala el año de 1945 como la fecha que marca el comienzo de la poesía contemporánea hispanoamericana.<sup>1</sup> Para él significa el planteamiento de ciertas preguntas clave por parte de algunos poetas de su generación, a las que cada uno trató de dar respuesta por su cuenta y de manera aislada. Se trata del comienzo de una encrucijada aún sin resolver, la toma de conciencia frente a la época que les tocaba vivir con escepticismo ante los ya tangibles resultados de la Revolución: la desilusión del Estado y el fracaso del milagro mexicano que estaban convirtiendo al futuro en un muro imposible de saltar; crisis económicas y sucesivos estallidos sociales ponían en tela de juicio el debut en la modernidad. Más allá de nuestras fronteras, una situación de posguerra convertía a la historia en un callejón sin salida que planteaba más preguntas que exigían una respuesta a una generación todavía atónita y angustiada.

Los "neófitos de la moderna y confusa religión de la historia", como los llama, veían los sucesos de cada día no como un nuevo episodio de esa historia, sino como el fin del mundo y el comienzo de otro. Para aquellos jóvenes quedaba sólo el anhelo de justicia y el resentimiento íntimo tamizado por "auténticas y oscuras, pero desnaturalizadas, aspiraciones religiosas".<sup>2</sup>

Este período de desengaño, de renuncia general a las experiencias y aventuras de la vanguardia, los hace volver los ojos a la tradición; inmersos en el escepticismo, muchos de esos poetas sien-

1 "Antevíspera-Taller", en México en la obra de Octavio Paz, p. 137.  
2 Idem, p. 133.

ten de nuevo el llamado de la religión y se abrazan a lo inmediato: el catolicismo tradicional de México. Los Contemporáneos combaten los mitos que sumen al país en una nube que no le permite desenvolverse en su justo nivel, sino que lo inmoviliza en el espíritu de triunfo que oculta su resquebrajamiento. "Los mayores, Pellicer, Gorostiza y Torres Bodet, quedaron cada cual a su modo marcados por el impulso espiritual, positivo y mesiánico que prevaleció durante la estancia de vasconcelos en el poder; los menores: Novo, Villaurrutia, Cuesta, Owen quedaron marcados por el desastre y el escepticismo ante ese espíritu mesiánico y positivo."<sup>3</sup> Ya sea que encuentren sus dioses en la religión o en el arte, tienen en común la voluntad de nombrar la realidad con nuevas formas, de renovar la realidad exterior o la de la conciencia.

Este contexto prevalece todavía cuando Sábines comienza a publicar su obra, recoge las mismas inquietudes y ofrece a su modo una respuesta. En la ciudad descubre el mundo que dejó atrás y otro se cierne sobre él donde afronta la soledad, el desamor, la caída en el trabajo arduo y el sufrimiento cotidiano. Con la **creencia de que la poesía debe ser sangre y substancia de la vida**, su lenguaje le permite recrear el lenguaje de la conversación y el discurso, el insulto y la exclamación cotidianos, el lenguaje coloquial del enamoramiento y de la tristeza y hasta de la cólera cuando las esperanzas se estrellan contra el muro. Hecho de la substancia de lo cotidiano, su lenguaje opera en el habla de todos los días y el enfrentamiento con la realidad le permite descubrir hechos que le permiten dialogar con el mundo y remontarse a una dimensión más profunda que le descubre algo sobre su propia naturaleza. Imbuido en las filosofías existencialistas en boga en su momento, para Sábines el hombre merece ser en la medida en que

3 J. J. Blanco, Crónica de la poesía mexicana, p. 144.

sabe mirar de frente a su nada y en que sabe vivir en cada momento de su existencia: la vida es un aprendizaje y la tarea del hombre en el mundo es asumirse como tal y cumplirse en su dimensión carnal y temporal; conquistar el mundo de lo cotidiano y recuperar su lugar en el cosmos.

Sabines, hombre religioso, encuentra en la Palabra la explicación de su destino, no sólo a las inquietudes generales acerca del mundo y la vida, sino en particular acerca de sí mismo y de su sufrimiento. Como todo hombre que busca "la salvación", encuentra que ésta se la brinda la religión, la cual le da una garantía objetiva de verdad y le muestra el camino hacia la conversión de sí mismo, primero, y de su realidad inmediata, como consecuencia. El origen de esta reflexión procede de la angustia propia del existir, que le destruye los cimientos en que hasta ese momento había descansado y lo obliga a interrogarse y superar su condición que lo sumerge en la conciencia de estar perdido.

Puesto que la realidad sólo le ofrece un saber disperso e insuficiente que acrecienta su insatisfacción, Sabines vuelve los ojos al pensamiento bíblico, al ser del mundo que se realiza entre Dios y una existencia concebida como manifestación de una historia trascendente, que pasa por la creación del mundo y del hombre, su caída y sus pasos hacia la salvación --para restituir el orden de las cosas que violentó su insurrección y su voluntad de desprendimiento para realizarse al margen de ese proyecto del que habla la Biblia.

Sabines reflexiona sobre la realidad y encuentra "señales" que lo confirman en sus convicciones: primero, su vocación poética como un hecho inexplicable que se le impone a través de una revelación y de una necesidad de superar su soledad vital y de tender un puente hacia sus semejantes a través de la palabra; después,

su propio ser en el mundo, desarraigado y solo en búsqueda de la comunión con los otros, con el mundo y con su esencialidad perdida. Finalmente, la necesidad de volver a un funcionamiento óptimo de las cosas en su voluntad de extirpar de esta realidad lo que tiene de corrompido y restituir el tiempo anterior a la Caída o, al menos, la moral de los tiempos patriarcales, que opone a la impureza del hombre la santidad de Dios y que en función de una Alianza hecha por amor al hombre restituye en el mundo el equilibrio y la justicia. Sabines insiste en este género de vida ancestral como única opción, tal vez, ante la dispersión y la banalidad a que lo obliga el mundo y ante el cual considera importante anteponer la recuperación de ciertos valores que dotan al hombre de significación y lo hacen ser uno con el mundo en el que está y del que añora una intimidad perdida.

Para Sabines hay un sexto sentido, "el ominoso sentido que nos lleva a meditar sin palabras y a sentir el palpar del mundo".<sup>5</sup> Con su Nuevo recuento de poemas nos propone atender a este sentido, pues para él todo tiene el valor de la eternidad, todo instante es único y nos acerca inexorablemente hacia el momento definitivo en el que confluyen todos los tiempos: la muerte ante la que ya no hay posibilidad de enmienda.

Para Sabines el hombre no tiene derecho a pasar por el mundo como espectador sino solamente como actor del drama humano: vivir es la tarea, renovar con Dios el pacto roto y dotar a la vida de una significación que la salve de la intrascendencia. La libertad del hombre consiste en lo que hace con el material que el tiempo pone en sus manos: vivir, escribir, crear y procrear deben ser actos que apunten a convertir la vida en una práctica liberadora, donde el hombre debe trascenderse continuamente, mirar más allá

<sup>5</sup> Jaime Sabines entrevistado por Rafael Luviano Delgado en el homenaje a los setenta años de creación de Tamayo, "Frutal, la pintura de Tamayo", Excélsior, 9 de junio de 1988.

y aspirar a ser parte importante del mundo que habita. La poesía, para él, es algo que se le impone exteriormente como una obligación a través de la cual debe unir los cabos sueltos que lo ayuden a emprender el camino hacia la comprensión de la condición humana. La vida es en sí una gesta y el poema debe llevarnos hacia adelante, como una memoria que reivindique el instante y lo haga significar, volver a ser, y nos convierta --lectores-- en cómplices que asistimos al momento de la experiencia en la comunión poética, damos juntos el salto y juntos testificamos la revelación, la de nuestra condición frente a la vida, de cara a nuestro destino.

Solamente así adquirimos conciencia de ser algo más que tránsito, mediante una reflexión que nos devuelve a nuestra condición de copartícipes en lo que la realidad es y que sólo nosotros podemos contribuir a modificar. La literatura --decía en clase David Viñas-- es la dramatización de uno mismo, es parte fundamental de la problemática cotidiana, es vida y plantea los problemas fundamentales de la sociedad.

Para Sábines la poesía ha sido una revelación y un medio de redención que lo ha iluminado sobre sus profundidades, que lo ha acompañado en la ardua experiencia de "llegar a ser" hombre. Revelación, profecía y verdad, la poesía lo conduce en medio de un mundo desacralizado a alcanzar su verdadera condición de criatura; su experiencia con lo numinoso lo lleva a unir lo finito con lo infinito, lo eterno con lo temporal, a completarse en la iluminación de sus partes perdidas y a reconocer que fuera de sí mismo el hombre no puede encontrar ayuda porque es finito e imperfecto.

Para Sábines el hombre vivirá auténticamente sólo cuando reconozca su finalidad, cuando no le dé la espalda a la vida ni se condueela de sí, cuando deje de tenerse lástima y le dé la cara

a su destino, cuando no grite en son de clemencia ante fuerzas de la naturaleza que discurren por necesidad y frente a las que se halla solo, cuando asuma su transitoriedad y aprenda a vivir su vida como algo que se agota. Ante la conciencia de la muerte la vida es un milagro que debe conquistarse. Reflexionar es para él una tentativa de romper con la circularidad de la historia, evitar que la vida sea reflejo mecánico de hechos pasados; si la vida no tiene sentido es porque no hemos sabido dárselo.

Sabines nos propone superar el sentido peyorativo que damos a la vida diaria, porque en realidad la vida está cifrada en la cotidianidad y es allí donde el destino se realiza y se juega.

A través de la lucha por la vida el hombre se convierte en dueño de su acción. La palabra hombre es una dimensión que se conquista. La poesía, en su caso, está puesta al servicio de esta tarea, subordinada al arte de vivir.

## BIBLIOGRAFIA

---

- ABBAGNANO, Nicola, Introducción al existencialismo (tr. José Gaos), colec. Breviarios, núm. 108, 3a. reimpr., edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1975, 180 pp.
- AGUILAR, Luis Miguel, La democracia de los muertos. Ensayo sobre la poesía mexicana, 1800-1921, edit. Cal y Arena, México, 1988, 295 pp.
- ALVAREZ DE MIRANDA, Angel, La metáfora y el mito, Cuadernos Taurus, núm. 49, Ediciones Taurus, Madrid, 1963, 70 pp.
- ASIMOV, Isaac, Guía de la Biblia. Antiguo Testamento (tr. Benito Gómez Ibáñez), 2a. edic., colec. Tribuna, núm. 87, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1989, 622 pp.
- \_\_\_\_\_, Guía de la Biblia. Nuevo Testamento (tr. Benito Gómez Ibáñez), 2a. edic., colec. Tribuna, núm. 88, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1989, 525 pp.
- BATAILLE, Georges, Teoría de la religión (tr. Fernando Savater), colec. Ensayistas, núm. 136, edit. Taurus, Madrid, 1975, 129 pp.
- BAECK, Leo, et al., La hora de Job (tr. Nelly Bonomini), colec. Estudios, Monte Avila Editores, Caracas, 1971, 243 pp.
- BERL, Emmanuel, El burgués y el amor (tr. Eduardo Masullo), edit. La Pléyade, Buenos Aires, 1968, 159 pp.
- BECKER, Ernst, El eclipse de la muerte (tr. Carlos Valdés), colec. Popular, núm. 163, edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1977, 425 pp.
- BIBLIA DE JERUSALEN, edición española dirigida por José Angel Ubieta, Desclée de Brouwer, Bélgica, 1967, 1693 pp.
- BLANCO, José Joaquín, Crónica de la poesía mexicana, 3a. edic., colec. Libro de bolsillo, núm. 1, edit. Katún, México, 1981, 270 pp.

- BOBBIO, Norberto, El existencialismo. Ensayo de interpretación (tr. Lore Terracini), 5a. reimpr., colec. Breviarios, núm. 20, edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1974, 95 pp.
- BONILLA, Luis, El amor y su alcance histórico, edit. Revista de Occidente, Madrid, 1964, 262 pp.
- BROWN, Norman, Eros y Tanatos. El sentido psicoanalítico de la historia (tr. Francisca Perujo), edit. Joaquín Mortiz, México, 1967, 412 pp.
- BULTMANN, Rudolf, Jesucristo y mitología (tr. Ramón Alaix y Eduardo Sierra), Libros del Nopal de ediciones Ariel, Barcelona, 1970, 125 pp.
- CAILLOIS, Roger, El hombre y lo sagrado (tr. Juan José Domenchina), edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1942, 189 pp.
- CANSINOS ASSENS, Rafael, Estudio literario crítico del libro Las mil y una noches, t. I, edit. Aguilar, Madrid, 1979, pp. 11-376.
- CARSE, James P., Muerte y existencia. Una historia conceptual de la mortalidad humana (tr. Rafael Vargas), edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 497 pp.
- CAQUOT, André, "La religión de Israel desde los orígenes hasta la cautividad de Babilonia", en Henri-Charles Puech (ed.), Historia de las religiones. Las religiones antiguas, vol. II (tr. J. L. Ballbé y A. Cardín Garay), 2a. edic., Siglo Veintiuno Editores, México, 1977, pp. 69-204.
- \_\_\_\_\_, "El judaísmo desde la cautividad de Babilonia hasta la revuelta de Bar Kojba", en Henri-Charles Puech (ed.), Las religiones en el mundo mediterráneo y en el Oriente próximo. I. Formación de las religiones universales y de salvación (tr. L. Barruti, J. L. Ortega y A. Cardín), Historia de las religiones, vol. 5, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, pp. 136-222.
- COLLINS, James, El pensamiento de Kierkegaard (tr. Elena Landázuri), colec. Breviarios, núm. 140, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, 325 pp.

- CORVEZ, Maurice, La filosofía de Heidegger (tr. Agustín Ezcurdia), colec. Breviarios, núm. 211, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, 136 pp.
- CHALUS, Paul, El hombre y la religión (Investigaciones sobre las fuentes psicológicas de las creencias). Del Paleolítico al primer milenio anterior a nuestra era (tr. Leonor de Paiz), Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, núm. 170, México, 1964, 367 pp.
- DIÁZ RUANOVA, Oswaldo, Los existencialistas mexicanos, colec. Fundamentos, Editorial Rafael Giménez Siles, México, 1982, 324 pp.
- DIEL, Paul, Los símbolos de la Biblia. La universalidad del lenguaje simbólico y su significación psicológica (tr. Lidia Arjona), colec. Popular, núm. 423, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, 328 pp.
- DILTHEY, Wilhelm, Vida y poesía. Obras de Dilthey, vol. IV (pról. y notas E. Imaz; tr. Wenceslao Roces), 2a. reimpr., Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 429 pp.
- ELIADE, Mircea, Tratado de historia de las religiones (tr. Tomás Segovia), 4a. edic., ERA, México, 1981, 462 pp.
- \_\_\_\_\_, Lo sagrado y lo profano (tr. Luis Gil), 3a. edic., edit. Guadarrama, Barcelona, 1979, 185 pp.
- FERNANDEZ MORENO, César, Introducción a la poesía, colec. Popular, núm. 30, edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 143 pp.
- FERRATER MORA, José, El ser y la muerte (Bosquejo de filosofía integracionista), colec. Ensayistas hispánicos, Aguilar, Madrid, 1962, 292 pp.
- FORSTER, Merlin, La muerte en la poesía mexicana (pról. y selec. M. Forster), edit. Diógenes, México, 1970, 210 pp.
- FUENTES, Carlos, La nueva novela hispanoamericana, 6a. edic., Cuadernos de Joaquín Mortiz, núm. 4, México, 1980, 98 pp.

- GONZALEZ, Juliana, Ética y libertad, colec. Seminarios, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989, 345 pp.
- GUIGNEBERT, Charles, El mundo judío hacia los tiempos de Jesús (tr. Vicente Clavel), colec. La evolución de la humanidad, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, 1959, 261 pp.
- \_\_\_\_\_, El cristianismo antiguo (tr. Nélide Orfile Reynal), colec. Breviarios, núm. 114, edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1956, 206 pp.
- GUITTON, Jean, Ensayo sobre el amor humano (tr. Elena Santillán), 2a. edic., colec. Piragua, edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1968, 233 pp.
- HEIDEGGER, Martin, Arte y poesía (tr. y pról. Samuel Ramos), 2a. edic., colec. Breviarios, núm. 229, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 148 pp.
- \_\_\_\_\_, El ser y el tiempo (tr. José Gaos), 4a. reimpr., Fondo de Cultura Económica, México, 1986, 478 pp.
- HERNANDEZ PALACIOS, Esther, La poesía de Jaime Sabines (Análisis poético estructural de "Algo sobre la muerte del mayor Sabines"), colec. Cuadernos del Centro, núm. 19, Centro de Investigaciones Lingüístico Literarias, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana, México, 1984, 126 pp.
- JASPERS, Karl, La filosofía desde el punto de vista de la existencia (tr. José Gaos), colec. Breviarios, núm. 77, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, 151 pp.
- JENSEN, Ad. E., Mito y culto entre los pueblos primitivos (tr. Carlos Cerhart), secc. Antropológica, edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1966, 408 pp.
- JUNG, C. G., Respuesta a Job (tr. Andrés P. Sánchez P.), secc. Psicología y Psicoanálisis, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 132 pp.
- KIERKEGAARD, Sören, Temor y temblor (tr., edic. y notas Vicente Simón Merchán), 2a. edic., Edit. Nacional, Madrid, 1975, 211 pp.

- LABASTIDA, Jaime, El amor, el sueño y la muerte, Depto. de Difusión Cultural, Instituto Politécnico Nacional, México, 1969, 306 pp.
- LA ESPIGA AMOTINADA (pról. Agustí Bartra), colec. Letras mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, 240 pp.
- LA POESIA EN EL CORAZON DEL HOMBRE. JAIME SABINES EN SUS SESENTA AÑOS, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1987, 190 pp.
- LEPP, Ignace, Filosofía cristiana de la existencia (tr. Alicia B. Gómez), Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1965, 126 pp.
- LEWIS, Hywel D. y Lawson Slater, Religiones orientales y cristianismo (tr. Juan A. G. Larroya), Nueva Colección Labor, edit. Labor, Barcelona, 1968, 164 pp.
- MANSOUR, Mónica, Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos (introd. y recop. de M. Mansour), Secretaría de Educación Pública, México, 1988, 402 pp.
- MARIAS, Julián, Historia de la filosofía (pról. Xavier Zubiri; epílogo J. Ortega y Gasset), Alianza Universidad, Alianza Editorial Mexicana, México, 1989, 515 pp.
- MATTUCK, Israel I., El pensamiento de los profetas (tr. Elsa Cecilia Frost), colec. Breviarios, núm. 168, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, 189 pp.
- MAZA, Enrique, El amor, el sufrimiento y la muerte, edit. Proceso, México, 1989, 311 pp.
- MENARD, René, La experiencia poética (tr. y nota Raúl Gustavo Aguirre), colec. Estudios, Monte Avila Editores, Venezuela, 1970, 104 pp.
- MICKLEM, Nathaniel, La religión (tr. Víctor Adib y M. Hdez. Barroso), 4a. reimpr., colec. Breviarios, núm. 23, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 218 pp.
- MOELLER, Charles, Sabiduría griega y paradoja cristiana (tr. Dolores Raich Ullán), Testimonios Literarios, edit. Juventud, Barcelona, 1963, 271 pp.

MONSIVAIS, Carlos, Poesía mexicana, II, 1915-1979 (introd., se-  
lec. y notas C. Monsiváis), colec. Clásicas de la Litera-  
tura Mexicana, Promexa, México, 1979, 527 pp.

\_\_\_\_\_, Poesía mexicana del siglo XXI, Empresas Editoriales, Mé-  
xico, 1966, 838 pp.

MOUNIN, Georges, Poesía y sociedad (tr. F. F. Mongardín), colec.  
Arte y ciencia de expresión, edit. Nova, Buenos Aires,  
1964, 118 pp.

NAGEL, Thomas, La muerte en cuestión. Ensayo sobre la vida huma-  
na (tr. Carlos Valdés), cole. Popular, núm. 205, Fondo de  
Cultura Económica, México, 1981, 325 pp.

NEHER, André, "La filosofía hebrea y judía en la antigüedad", en  
Brice Parain(ed.), Historia de la filosofía, vol. I. El pen-  
samiento prefilosófico y oriental (Egipto, Mesopotamia, Pa-  
lestina, India, China) (tr. Ester Benítez, S. Juliá, G. Mo-  
rán y R. Oria), 7a. edic., Siglo Veintiuno Editores, Méxi-  
co, 1981, pp. 52-77-

NICOL, Eduardo, La idea del hombre, edit. Stylo, México, 1946,  
496 pp.

\_\_\_\_\_, La vocación humana, Fondo de Cultura Económica, México,  
1953, 352 pp.

\_\_\_\_\_, Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía, Cuader-  
nos de Instituto de Investigaciones Filológicas, núm. 16,  
Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990,  
182 pp.

NYGREN, Anders, Eros y Agape. La noción cristiana del amor y sus  
transformaciones (Tr. José A. Bravo), colec. Marginales,  
edit. Sagitario, Barcelona, 1969, 225 pp.

OCAMPO DE GOMEZ, Aurora, y Ernesto Prado, Diccionario de escri-  
tores mexicanos, Coordinación de Humanidades, Centro de  
Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de Mé-  
xico, 1967, pp. 347-348.

OTTO, Rudolf, Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea  
de Dios (tr. Fernando Vela), colec. El libro de Bolsillo,  
núm. 793, Alianza Rditorial, Madrid, 1980, 232 pp.

- PACHECO, José Emilio, Poesía mexicana, I. 1810-1914 (introd., se-  
lec. y notas J. E. Pacheco), colec. Clásicos de la Litera-  
tura Mexicana, Promexa, México, 1979, 340 pp.
- PAZ, Alfredo de, La crítica social del arte (tr. Dolores y Gio-  
vanni Cantieri), colec. Punto y línea, edit. Gustava Gili,  
Barcelona, 1979, 229 pp.
- PAZ, Octavio, "Poesía en movimiento, repaso", en Poesía en mo-  
vimiento. México, 1915-1966, 3a. edic., Siglo XXI Editó-  
res, México, 1970, 476 pp.
- \_\_\_\_\_, "El camino de la pasión (Ramón López Velarde)", en Cua-  
drivio, 5a. edic., Serie del volador, edit. Joaquín Mor-  
tiz, México, 1980, pp. 67-130.
- \_\_\_\_\_, Las peras del olmo, 3a. reimpr., Biblioteca breve, edit.  
Seix Barral, México, 1987, 231 pp.
- \_\_\_\_\_, El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978,  
3a. reimpr., edit. Joaquín Mortiz, México, 1981, 348 pp.
- \_\_\_\_\_, El arco y la lira. El poema. La revelación poética. Poe-  
sía e historia, 6a. reimpr. de la 3a. edic., colec. Lengua  
y estudios literarios, Fondo de Cultura Económica, México,  
1986, 307 pp.
- \_\_\_\_\_, Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia,  
3a. reimpr., Biblioteca breve, edit. Seix Barral, México,  
1987, 240 pp.
- \_\_\_\_\_, México en la obra de Octavio Paz, vol. II. Generaciones  
y semblanzas. Escritores y letras de México (edic. de O.  
Paz y L. M. Schneider), colec. Letras mexicanas, Fondo de  
Cultura Económica, México, 1987, 693 pp.
- PFEIFFER, Johannes, La poesía. Hacia la comprensión de lo poé-  
tico (tr. Margit Frenk A.), 5a. reimpr., colec. Brevia-  
rios, núm. 41, Fondo de Cultura Económica, México, 1986,  
137 pp.
- PHILLIPS, John A., Eva. La historia de una idea (tr. Juan José  
Utrilla), colec. Breviarios, núm. 451, Fondo de Cultura  
Económica, México, 1988, 282 pp.

- FOUND, Ezra, El arte de la poesía (tr. José Vázquez Amaral), serie del volador, edit. Joaquín Mortiz, México, 1978, 131 pp.
- RENCKENS, Henricus, Así pensaba Israel (Creación, Paraíso y Pecado Original según Génesis 1-3) (tr. Mariano Herranz Marco y Alfonso de la Fuente), colec. Guadarrama crítica y ensayo, núm. 30, edit. Guadarrama, Madrid, 1960, 374 pp.
- RICCI, Clemente, El origen de la religión, Seminario realizado por el Instituto de Historia Antigua y Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y dirigida por el profesor Clemente Ricci. Curso de 1933, Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1939, 372 pp.
- ROUGEMONT, Denis, El amor y Occidente (tr. Antoni Vicens), edit. Kairós, Barcelona, 1979, 433 pp.
- SABINES, Jaime, Nuevo recuento de poemas, Biblioteca Paralela, edit. Joaquín Mortiz, México, 1980, 291 pp.
- SANTA BIBLIA, LA. ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO (Antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera), Sociedades Bíblicas Unidas, Gran Bretaña, 1960.
- SAU, Victoria, Sectas cristianas, colec. Presencia y documento, edit. Aura, Barcelona, 1972, 279 pp.
- SCHELER, Max, Muerte y supervivencia ("Ordo amoris") (tr. X. Zubiri), Revista de Occidente, Madrid, 1934, 205 pp.
- SCHMIDT, Guillermo, Dr., Manual de historia comparada de las religiones. Origen y formación de la religión. Teorías y hechos (tr. Emilio Huidobro y Edith Tech de H.), edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1932, 308 pp.
- SCIACCA, Michele Federico, Muerte e inmortalidad (tr. Adriana Malagrida), colec. Biblioteca filosófica, edit. Luis Miracle, Barcelona, 1962, 395 pp.
- VIÑAS, David, Contrapunto político en América Latina. Siglo XX, edit. Instituto de Capacitación Política, México, 1982, 460 pp.

- WELLEK, Rene, Conceptos de crítica literaria (tr. Edgar Rodríguez Leal), Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968, 299 pp.
- WELLEK, Rene y Austin Warren, Teoría literaria (tr. José María Gimeno; pról. D. Alonso), 4a. edic., Biblioteca Románica Hispánica, Gredos, Madrid, 1969, 430 pp.
- XIRAU, Ramón, Dos poetas y lo sagrado. Juan Ramón Jiménez. César Vallejo, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1980, 109 pp.
- \_\_\_\_\_, Poesía y conocimiento. Borges, Lezama Lima, Octavio Paz, Cuadernos de Joaquín Mortiz, núm. 49, México, 1978, 141 pp.
- \_\_\_\_\_, "Jaime Sabines", en Poesía iberoamericana contemporánea. Doce ensayos, SEP/Setentas, núm. 15, México, 1972, pp. 155-161.
- \_\_\_\_\_, Palabra y silencio, Siglo Veintiuno Editores, México, 1968, 122 pp.
- ZAID, Gabriel, Leer poesía, 2a. edic., Cuadernos de Joaquín Mortiz, núm. 20, México, 1976, 116 pp.
- \_\_\_\_\_, La poesía en la práctica, colec. Lecturas mexicanas, núm. 98, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, 137 pp.
- ZAMBRANO, María, El hombre y lo divino, 2a. edic., Colec. Breviarios, núm 103, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 412 pp.

#### HEMEROGRAFIA

- ARELLANO, Jesús, "Poesía mexicana en 1956" (reseña a Tarumba), en Metáfora, núm. 14, mayo-junio de 1957, México, pp. 10-16.
- ARMENGOL, Armando, "El experimento de Jaime Sabines (estudio de Tarumba)", en Plural, vol. XVII-VIII, núm. 199, abril de 1988, México, pp. 25-35.

- CAMARGO BOEÑA, Angelina, "No concibo a México sin la obra de Sabines" en La Cultura al Día, suplemento cultural de Excélsior, año LXX, tomo IV, núm. 25 261, 30 de julio de 1986, México, pp. 1 y 2.
- CARBALLIDO, Emilio, "Nuevamente Sabines" en México en la Cultura, suplemento cultural de Novedades, núm. 642, 2 de julio de 1961, p. 5.
- CARBALLO, Emmanuel, "Reseña a Horal" en Ariel, II época, núm. 1, Guadalajara, Jalisco, julio de 1951.
- \_\_\_\_\_, "Balance artístico y cultural de 1951" en Ariel, II época, núm. 7, Guadalajara, Jalisco, 1951, pp. 2-8.
- CARDONA, Rafael, "Entrevista con Jaime Sabines" en Sábado, suplemento cultural de Unomásuno, núm. 7, 31 de diciembre de 1977, México, p. 7.
- CASAHONDA CASTILLO, José, "Jaime Sabines nos habla de poesía y de poetas mexicanos" en ICACH (Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas), núm. 14, enero-junio de 1965, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, pp. 39-42.
- "Culpable la poesía de Sabines de que algunos jóvenes encontraran su vocación" en El Nacional, II sección, año LVIII, tomo III, núm. 20 641, 10 de agosto de 1986, México, p. 7.
- CHAVEZ, Elías, "Un poeta en la Cámara: Jaime Sabines presta su cara a la política" en Los escritores, CISA/Proceso, México, 1981, pp. 199-201.
- CHUNACERO, Alf, "Balance 1962: la poesía" en La Cultura en México, suplemento cultural de Novedades, núm. 46, 2 de enero de 1963, p. V.
- DABDOUB, Mary Lou, "Poesía y antipoesía de Jaime Sabines" en Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior, 23 de octubre de 1977, pp. 6-7.
- DALIAL, Alberto, "Otro libro de Jaime Sabines" en Cuadernos del Viento, revista de literatura, núm. 18, enero de 1962, pp. 274 y 287.
- ESPINOSA, Pablo, "Con los nervios saliéndome del cuerpo. Una obra de teatro alrededor de la poesía de Jaime Sabines" en La Jornada, núm. 663, 22 de julio de 1986, México, p. 26.

- GARCIA ASCOT, Jomi, "Sobre Jaime Sabines" en Revista Universidad de México, vol. XX, núm. 6, México, febrero de 1966, pp. 9-11.
- GARCIA HERNANDEZ, Arturo, "El 'arpeggio chiapaneco' habla de Sabines. Salud Jaime, hijo de doña Luz: Efraín Bartolomé" en La Jornada, núm. 674, México, 2 de agosto de 1986, p. 23.
- GARCIA PEGUERO, Raquel, "No puedo evitar sentirme como una lápida con su inscripción: Sabines" en El Día, año XXV, núm. 8 678, México, 30 de julio de 1986, p. 16.
- \_\_\_\_\_, "Sabines es capaz de revitalizar hasta la propia muerte: Hernán Lavín Cerda", en El Día, 31 de julio de 1986, p. 16.
- GARCIA PONCE, Juan, "Sabines y nuestro mundo" en Trazos, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, pp. 16-20.
- GONZALEZ, José Luis, reseña a Tarumba en México en la Cultura, suplemento de Novedades, núm. 377, México, 10 de junio de 1956, p. 2.
- GOMEZ MONTERO, Sergio, "El vacío crítico: a partir de Sabines" en Revista Mexicana de Cultura, núm. 211, México, 11 de febrero de 1973, p. 3.
- GONZALEZ MONTES, Fidencio, "Los chiapanecos en el homenaje a Sabines" en El Nacional, 2 de agosto de 1986, p. 7.
- HUERTA, David, "Hablar contra la muerte" en La Cultura en México, suplemento de Siempre, vol. II, núm. 1259, México, 1977, p. III.
- HUERTA, Efraín, "El zarco Sabines", en La Cultura en México, supl. de Siempre, vol. II, núm. 1 259, México, 1977, p. II.
- LEIVA, Raúl, "Reseña a Tarumba" en Metáfora, núm. 9, México, julio-agosto de 1956, pp. 38-40.
- LIZALDE, Eduardo "A contrapelo" en La Cultura en México, suplemento de Siempre, vol. II, núm. 1259, México, 1977, pp. II-III.
- MACEDA DIAZ, Elda, "Jaime Sabines, poeta nuestro" en El Universal y la Cultura, año LXX, tomo CCLXXVIII, núm. 25 184, México, 30 de julio de 1986, pp. 1 y 3.

- MANSOUR, Mónica, "Adán y Eva (1952): la poesía en prosa de Jaime Sabines", parte I en Sábado, supl. de Unomásuno, núm. 248, México, 7 de agosto de 1982, p. 13; "Adán y Eva" parte II, 14 de agosto de 1982; "Adán y Eva" parte III, núm. 250, 21 de agosto de 1982, p. 13; "Adán y Eva" parte IV, 28 de agosto de 1982, p. 13; "Adán y Eva" parte V, núm. 252, 4 de septiembre de 1982, p. 13.
- \_\_\_\_\_, "Jaime Sabines: malestares y desconciertos" en Plural, vol. XII-IV, núm. 136, México, enero de 1983, pp. 38-45.
- MARTINEZ, Eduardo, "Ingesta. Los amorosos andaban como locos" en La Jornada Semanal, supl. de La Jornada, año II, núm. 100, México, 17 de agosto de 1986, p. 11.
- MARTINEZ RENTERIA, Carlos, "Jaime Sabines, más público que en el fútbol" en El Universal y la Cultura, año LXX, tomo CCLXXVIII, núm. 25 188, México, 3 de agosto de 1986, p. 1; "Los chiapanecos en el homenaje a Sabines", 25 de julio de 1986, p. 2; "Habla la esposa de Sabines", 30 de julio de 1986, p. 2; "Los chiapanecos en el homenaje", 21 de julio de 1986, pp. 1 y 3; "Los chiapanecos en el homenaje", 22 de julio de 1986, pp. 1 y 2; "Los chiapanecos en el homenaje", 24 de julio de 1986, p. 2.
- MEJIA, Eduardo, "Llorando la hermosa vida" en La Onda, suplemento cultural de Novedades, núm. 209, México, 12 de junio de 1977, pp. 3 y 19.
- MOLINA, Javier, "Cada poeta es un caso especial: Lizalde. Jaime Sabines nos devuelve el instante vivido: Montes de Oca" en La Jornada, núm. 672, México, 31 de julio de 1986, p. 27; "Homenaje del INBA y la UNAM a Sabines", 30 de julio de 1986, p. 25; "Volver al rancho, olvidar todo", 30 de julio de 1986, p. 25; "Nuevo libro alrededor de Jaime Sabines. El tiempo y la sorpresa en la poesía de Jaime Sabines: Mansour", 24 de julio de 1986, p. 26; "No he querido ser un poeta maldito: alegría y dolor es mi tarea", 28 de julio de 1986, p. 31; "No vives para hacer poesía, vives porque tienes que vivir: Sabines, I" 3 de agosto de 1986, pp. 1 y 8; "Siempre he vivido con la gente de la vida real, no intelectuales: Sabines, II", 4 de agosto de 1986, p. 31; "Vivirás tu ciudad, dijo Sabines", 10 de agosto de 1986, p. 25; "Muerte y silencio, los temas de Jaime Sabines: Jordana", 10 de agosto de 1986, p. 26.

- MONTERDE, Francisco, "Reseña a Recuento de poemas", en Anuario de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1963, pp. 347-349.
- MORALES, Miguel Angel, "Cólera y lágrimas frente a la muerte", en Diorama de la Cultura, supl. de Excélsior, 17 de julio de 1977, p. 16.
- MOSCONA, Miriam, "Jaime Sabines, I", en La Jornada Semanal, núm. 48, 13 de mayo de 1990, pp. 42-43; "Jaime Sabines, II", núm. 49, 20 de mayo de 1990, pp. 44-45.
- MUCIÑO RUIZ, José Antonio, "Muerte y resurrección", en Libreta Universitaria, núm. 22, México, marzo de 1980, pp. 5-8.
- NANDINO, Elías, "Reseña a Tarumba", en Metáfora, núm. 8, México, mayo-junio de 1956, pp. 32-34.
- OCHOA SANDY, Gerardo, "Habría que bailar ese danzón que bailan en el cabaret de abajo: la poesía de Sabines", en Unomásuno, año IX, núm. 3135, México, 28 de julio de 1986, p. 23; "Sabines ha esperado lectores maduros 30 años, dice Eduardo Lizalde", en Unomásuno, 30 de julio de 1986, p. 23.
- PACHECO, José Emilio, "Nuevo recuento de poemas", en Vuelta, vol. I, núm. 9, 9 de agosto de 1977, pp. 34-36.
- REYES, Juan José, "Jaime Sabines: el canto del cuerpo", en El Semanario Cultural de Novedades, año. V, vol. V, núm. 224, México, 3 de agosto de 1986, pp. 2-3.
- RIVERA, Luis Eduardo, "Jaime Sabines: el estilo como instinto", en Revista Mexicana de Cultura, supl. de El Nacional, VI época, núm. 461, México, 4 de diciembre de 1977, pp.1-2.
- SABINES, Jaime, "Temas de la vejez y del cansancio", en Flural, núm. 213, México, junio de 1989, pp. 4-6.
- SEGOVIA, Tomás, "Recuento de Sabines", en Revista Mexicana de Literatura, núms. 9-10, México, septiembre-octubre de 1962, pp. 50-54.
- SEPTIEN, Jaime, "Solo con sus sueños", en Unomásuno, año. IX, núm. 3135, México, 28 de julio de 1986, p. 23.

VALDES MEDELLIN, Gonzalo, "Opiniones sobre Jaime Sabines", en Sábado, supl. cultural de Unomásuno, núm. 323, México, 7 de enero de 1984, pp. 3-4.

VAZQUEZ, Manuel, "Reseña de La señal", en Ariel. Cuaderno Mensual de Literatura y Artes Plásticas, II época, núm. 8, Guadalajara, Jalisco, enero de 1952, p. 8.

VARIOS, "La tradición católica y los escritores mexicanos", número especial de Vuelta, vol. 14, núm. 162, México, mayo de 1990.

WONG, Oscar, "Del 'circuito' de Huerta al 'recuento' de Sabines", en Revista Mexicana de Cultura, supl. de El Nacional, VI época, núm. 458, México, 13 de noviembre de 1977, p. 6.

\_\_\_\_\_, "La poesía de Jaime Sabines", en El Búho, supl. de Excelsior, tomo IV, núm. 25 051, México, 29 de diciembre de 1985, p. 3.